



CENTRO DE ESTUDIOS DE GÉNERO

“La forma en la que me hacía sentir mujer”:

Experiencias y significados generizados del placer sexual en un grupo de mujeres mexicanas

Tesis que presenta

Helena Villa Cardona

Para obtener el título de

Maestra en Estudios de Género

Directora

Doctora Rocío Andrea Castillo Garza

Lectoras

Doctora Itza Amanda Varela Huerta

Doctora Ana Amuchástegui

Ciudad de México

2022

AGRADECIMIENTOS

Para mi mamá, Alba Cardona Luis, mi eterna compañera en las noches sin sueño. Gracias por todo tu amor, apapachos y palabras de aliento: comparto este grado contigo.

Para mi papá, Francisco Javier Villa Vargas, por tu infinito amor y apoyo incondicional que me han hecho la persona que soy hoy.

Para la Dra. Rocío Andrea Castillo Garza, por ser mi guía a lo largo de estos dos años, por todo su acompañamiento, su paciencia y sus enseñanzas que me permitieron formarme como maestra en estudios de género.

Para mis lectoras de tesis, la Dra. Itza Varela y la Dra. Ana Amuchástegui, cuyas lecturas, críticas, comentarios y retroalimentaciones enriquecieron mis conocimientos y experiencia en la maestría.

Para todos los y las profesoras y personal administrativo del Centro de Estudios de Género del Colegio de México, que a la distancia siempre se hicieron presentes y nos hicieron sentir en casa.

Para todas las mujeres que compartieron sus historias de vida conmigo para realizar esta investigación: esta tesis es tan suya como mía.

Para Elisa Desirée Espinoza Gutiérrez, mi mejor amiga, quien se ha vuelto un pilar irremplazable en mi vida.

Para mis profesores y profesoras de la licenciatura de la Universidad Anáhuac Norte, cuyas enseñanzas cargo hasta el día de hoy.

Para la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA) y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), instituciones que a través de sus becas me han permitido llegar hasta este momento de mi vida académica y profesional.

Y, por último, pero no menos importante, para mí: me he demostrado fuerza y perseverancia a lo largo de estos dos años.

ÍNDICE DE LA TESIS

Agradecimientos	1
1. Introducción	4
2. Capítulo teórico-metodológico	10
2.1 Estado del arte.....	10
2.2 Aproximaciones conceptuales	21
2.2.1 El género y la feminidad	21
2.2.1.1 Del género como concepto y categoría de análisis.....	21
2.2.1.2 De la feminidad como práctica del género	24
2.2.1.3 El género y la experiencia	28
2.2.1.4 El género, la feminidad y la experiencia en esta investigación.....	30
2.2.2 La sexualidad y el placer sexual.....	32
2.2.2.1 La sexualidad desde las ciencias sociales.....	32
2.2.2.2 De la sexualidad al placer sexual.....	37
2.2.2.3 La sexualidad y el placer sexual en mi investigación.....	39
2.3 Apartado metodológico.....	40
2.3.1 Caracterización de los sujetos de estudio.....	40
2.3.2 Métodos y herramientas de investigación	46
2.3.3 Ejercicio de reflexividad: mi posicionamiento como investigadora	52
3. El placer sexual como experiencia generizada	55
3.1 El placer sexual como experiencia relacional.....	56
3.2 El placer sexual en relación con el género y el contexto vivido.....	61
3.3 El placer sexual: una experiencia que se transforma	69
3.4 El placer sexual y la gestión emocional.....	75

3.5 Reflexiones finales.....	83
4. El placer sexual y el mito del amor romántico	85
4.1 El placer sexual, el vínculo afectivo y el amor romántico	88
4.2. La renuncia y el placer sexual.....	92
4.3. El placer sexual, el amor romántico y la relación de poderes entre los géneros.....	99
4.4. Las producciones culturales, el amor romántico y el placer sexual.....	104
4.5 Reflexiones finales.....	108
5. El placer sexual y las negociaciones con las expectativas de género.....	110
5.1 El placer sexual y los discursos de sociales	112
5.2 La construcción de fachadas y el placer sexual	114
5.3 La fachada como herramienta de separación entre lo íntimo y lo social para la experiencia del placer sexual	128
5.4 Reflexiones finales.....	134
6. Conclusiones	136
7. Bibliografía	144

1. INTRODUCCIÓN

El siguiente documento presenta la investigación de tesis realizada para concluir el programa de la Maestría en Estudios de Género del Centro de Estudios de Género en el Colegio de México. Por lo mismo, este proyecto se construyó en un marco contextual particular: se buscaba escribir una tesis con características y limitaciones particulares para cumplir los lineamientos de la institución. No está de más especificar que este proyecto se realizó durante una pandemia sanitaria mundial cuyo desarrollo coincidió con la duración del programa académico (2020-2022) y que afectó de maneras singulares el proceso de creación de investigación.

El objetivo central del estudio es entender la manera en la que un grupo de mujeres mexicanas construyen significados y experiencias del placer sexual mientras que negocian, reproducen y cuestionan normas y expectativas de género en sus respectivos contextos socioculturales. Sin embargo, el objeto de estudio como se presenta en este texto final evolucionó significativamente a lo largo del programa de la maestría. Mis primeras aproximaciones a la literatura del tema surgieron por mi interés en investigar la pornografía como un elemento a partir del cual las y los consumidores aprendían y desarrollaban gustos propios sobre las prácticas sexuales. Esta primera revisión me condujo a investigar sobre temas como la educación sexual en México, la sexualidad femenina y, finalmente, sobre el placer sexual.

Al adentrarme en este último tema noté que muchas de las investigaciones empíricas se enfocaban en el placer como una experiencia claramente definida, desde una perspectiva androcéntrica¹, comparando la experiencia de hombres y mujeres y, sobre todo, en ciertos periodos vitales: la adolescencia y la vejez. Es decir, en muchos de los casos en los que el placer sexual era el objeto de estudio de la investigación, se le trataba como una experiencia natural y meramente física enfocada en las sensaciones y funciones de los órganos sexuales como un punto de partida desde el cuál se desplegaban otros cuestionamientos. Gracias a

¹ Es decir, que se enfoca en elementos como la penetración o la eyaculación masculina.

ello, me interesé en trabajar el placer sexual desde los estudios de género con el objetivo de desnaturalizar y complejizar la manera en la que se entiende el placer sexual según las narrativas de un grupo de personas que veía poco representado: mujeres de entre 23 y 55 años. Cabe aclarar que mi intención con este rango de edades era alejarme tanto de la adolescencia y de la vejez, entendidas más como etapas de vida que como rangos etarios rígidos. En este sentido, las mujeres que participaron en este proyecto cumplen con características de la “edad adulta” como etapa productiva y reproductiva. Esta “edad adulta” estaría marcada por la inserción en el mercado laboral, la independencia económica, la separación del primer núcleo familiar (no vivir con sus padres) y la posibilidad de formar o haber formado un núcleo familiar propio. Aunado a esto, me parece importante resaltar que inclusive si a momentos puedo hablar de “las mujeres” o de “mujeres mexicanas” para referirme al grupo de personas que colaboran con mi estudio, pretendo alejarme del error que sería generalizar a toda la población que se identifique como mujer o como mexicana al momento de hablar de los hallazgos, interpretaciones y conclusiones de mi investigación.

En el proceso de acotar el objeto de estudio fue esencial realizar una serie de entrevistas preliminares con algunas de las participantes siguiendo un guion de entrevista inicial que planteaba algunos primeros cuestionamientos sobre el placer sexual. Durante este ejercicio lo más sugerente fue la manera en la que la corporalidad y las sensaciones físicas del placer sexual no eran descritas por las entrevistadas como el elemento más “placentero” de la experiencia. Por el contrario, se enfocaban en otros aspectos como la relación con la pareja o el contexto en el que se desarrollaba el encuentro sexual. Gracias a esta información, formulé una serie de preguntas de entrevista que me permitieron ahondar en los diferentes elementos, relaciones y prácticas que influyen en la experiencia del placer sexual y que, a su vez, están influidos por el género. Entonces, como resultado del diálogo entre el estado del arte y los primeros hallazgos de la exploración de trabajo de campo, configuré la siguiente pregunta de investigación que guía esta tesis: ¿Cómo se reproducen y cuestionan normas y expectativas de género a partir de la construcción de significados del placer sexual (en sus dimensiones erótica, afectiva y social) de mujeres urbanas mexicanas adultas entre los 23 y 55 años de edad? Asimismo, las preguntas auxiliares a la principal son:

- ¿Cómo se construyen significados del placer sexual a partir de las experiencias sexuales vividas y en relación con las dimensiones sociales, afectivas y eróticas de las mujeres entrevistadas?
- ¿Cómo las expectativas de género de distintos actores y discursos sociales influyen en las significaciones del placer sexual?
- ¿Cómo estos significados y experiencias del placer sexual se construyen a la par de entendimientos y significados de la feminidad y del ser mujer?
- ¿Cómo las mujeres negocian su placer con las expectativas de género de distintos actores y discursos sociales?

Con mi investigación, espero contribuir a la discusión sobre la sexualidad y el placer sexual desde las miradas y experiencias de las mujeres y a partir de un análisis del género como categoría de análisis central. Reiterando, el objetivo principal de este proyecto es entender la manera en la cual algunas mujeres mexicanas, de origen urbano (residentes de la Ciudad de México), de estrato socioeconómico medio y medio-alto, y entre los 23 y 55 años de edad, reproducen y cuestionan expectativas de género a partir de la construcción y vivencia de significados del placer sexual. En términos prácticos, he organizado el análisis de la siguiente manera: comenzaré identificando cómo los sujetos de estudio entienden la experiencia del placer sexual en relación con las dimensiones afectivas y eróticas de su vida para así ahondar en la manera en la cual esas nociones y experiencias relacionadas al placer sexual construyen entendimientos y significados de la feminidad y del ser mujer. Posteriormente, analizaré cómo las mujeres construyen dichas experiencias de placer sexual durante la negociación con los mandatos y expectativas de género de distintos actores y discursos sociales con los que dialogan en su cotidianidad.

Personalmente, me interesa entender la manera en la cual el placer sexual se entiende y se vive por distintas mujeres entendidas como sujetos de género y cómo sus relaciones socioculturales influyen estas experiencias. Entre mis objetivos personales, pretendo evidenciar que las mujeres somos sujetos sexuales y que el placer sexual es un concepto complejo y polisémico que es constituido por espacios de vida íntimos y sociales de manera simultánea. No obstante, entiendo que parto desde una perspectiva sesgada por mi

experiencia personal y profesional de la cual hablaré a detalle más adelante. Por nombrar un ejemplo, entiendo que al trabajar con mujeres de mayor edad que yo, mencionan de etapas de vida que son ajenas a mi experiencia y viceversa. Sin embargo, he buscado aprovechar esta diversidad de perspectivas para nutrir el análisis presentado, formulando preguntas y cuestionamientos que me permitieron tomar en cuenta estos elementos en mi interpretación de los datos. Asimismo, durante los dos años de realización de este proyecto, he trabajado para acercarme a las narrativas recolectadas de manera empática y humana, valorando ante todo a las personas detrás de las voces que componen esta investigación. Por último, cabe mencionar que, si bien me interesa que este texto sea leído por mis profesoras y por mis pares en la academia, es una ilusión personal que esta investigación pueda ser leída por otras personas que encuentren en mi trabajo un texto que les interpele a su propia experiencia. En particular, tengo la intención de compartir mi trabajo con las mujeres cuyo testimonio conforma el corazón de mi investigación, sobre todo porque considero que esta tesis es tanto mía como suya.

Por otro lado, a lo largo de la maestría y gracias al apoyo de mis profesoras y comentaristas, entiendo la complejidad de los temas de la sexualidad y el placer sexual. Es relevante mencionar que se tratan de conceptos en disputa entre distintas disciplinas que se interesan tanto por su carácter biológico y material, como por la construcción de lo sexual a partir de elementos socio-culturales y por su carácter constructivista en cuanto a la identidad de las personas. En particular, me parece importante apuntar al hecho de que parto del supuesto de que “lo sexual” es un objeto de estudio equívoco y polisémico, por lo que es de mi interés explorar la manera en la cual este concepto es significado y puesto en palabras por los sujetos de estudio que participaron en mi investigación, bajo el entendido de que el objeto de estudio se convierte en un “objeto real” gracias al lenguaje, a pesar de que este sea un medio de comunicación limitado. De igual manera, no pretendo encontrar una definición clara o estable del placer sexual, por el contrario, a lo largo de este trabajo me cuestiono si es posible el poner en palabras concretas la experiencia del placer sexual y espero que mi investigación añada una perspectiva relevante al diálogo académico que discute este tema.

Asimismo, como ya he mencionado, es importante clarificar que esta investigación se enmarca en los estudios de género. Este campo académico interdisciplinario provee una perspectiva que se enfoca en la manera en la que el género como categoría construida social, histórica y culturalmente, influye en la identidad y socialización de las personas. En cuanto a las mujeres como sujetos de estudio, a lo largo de los años se ha analizado la manera en la cual, más allá de una diferencia biológica o médica, la sociedad diferencia a las mujeres de los hombres a través de la imposición de normas y expectativas que componen la categoría “mujer” a partir del binomio feminidad y masculinidad. Esta investigación se nutre de la teoría, debates y discusiones de los estudios de género, no solo por surgir de una maestría del mismo tema, sino por mis intereses personales como investigadora. Considero que los estudios de género pueden proveer una perspectiva sugerente al tema del placer sexual por la manera en la que desnaturaliza la categoría “mujer” y las experiencias que la acompañan. El estudio del placer sexual de las mujeres desde los estudios de género puede proveer nuevas reflexiones sobre la formación subjetiva por la que pasan las mujeres en la actualidad al constituirse como sujetos de género según expectativas sociales que afectan hasta el ámbito más íntimo de sus vidas. Asimismo, este tema es relevante para la investigación social porque la sexualidad femenina sigue siendo concebida desde el androcentrismo, por lo que las mujeres son vistas como objetos sexuales para consumo de la mirada masculina, pero no como sujetos sexuales. Hacer investigaciones de corte académico desde una perspectiva feminista y a partir de las narrativas personales de las mujeres cuestiona las estructuras de poder hegemónicas que a lo largo de los años han legitimado ciertos puntos de vista por sobre otros en favor del sistema heteropatriarcal y en detrimento de las personas pertenecientes a las disidencias sexo-genéricas fuera de dicha norma. Finalmente, el presente contexto social mexicano nos insta a buscar alternativas que no reproduzcan estructuras hegemónicas de poder entre los géneros en las ciencias sociales para reconocernos como productoras de conocimiento válidas y valiosas.

Esta tesis se divide en seis secciones: la introducción, el capítulo teórico-metodológico, tres capítulos analíticos y una conclusión. En el capítulo teórico-metodológico explicaré la metodología a partir de la cual se llevó a cabo esta investigación, así como las

discusiones y críticas entre las diferentes escuelas de pensamiento gracias a las cuales guie mis interpretaciones analíticas de las narrativas de las entrevistadas. En esta sección discuto los conceptos teóricos centrales para el análisis del material recopilado en el trabajo de campo, entre estos se encuentran el género, la feminidad, la experiencia, la sexualidad y el placer sexual. Después, en el primer capítulo analítico intitulado *El placer sexual como experiencia generizada*, problematizaré el complejo concepto de placer sexual como una experiencia relacional, que se transforma y que está influida por las expectativas de género con las que los sujetos de estudio negocian en sus vidas. Posteriormente, en *El placer sexual y el amor romántico*, hablaré de cómo, al ser una experiencia relacional, el placer sexual se ve influido por un modelo de sociabilización de las relaciones con la pareja sexual: el amor romántico. Así, abordaré la manera en la cual las diferentes características de este mito afectan la experiencia del placer sexual para las entrevistadas. Por último, en *El placer sexual y las negociaciones con las expectativas de género*, analizaré cómo, a través de la experiencia del placer sexual las mujeres entrevistadas entienden, cuestionan y reproducen expectativas de género de los distintos discursos sociales que las ordenan a lo largo de sus vidas, así como la manera en la que marcan una separación entre sus espacios íntimos y sociales para la vivencia de dicho placer sexual. Para concluir la tesis, se podrá leer una sección de reflexiones finales en la que recapitularé los argumentos más importantes de los capítulos analíticos, las limitaciones de la investigación y posibles caminos de estudio sobre el placer sexual que se pueden llevar a cabo más adelante.

2. CAPÍTULO TEÓRICO-METODOLÓGICO

2.1 Estado del arte

Sin el afán de ser repetitiva, me permito recordarle a mis lectores y lectoras que el tema de investigación de esta tesis es el placer sexual de las mujeres. Este objeto de estudio se puede considerar un subtema de la sexualidad, un concepto sin definición clara ni estable que, hasta la fecha se sigue discutiendo desde diversas perspectivas. Con este proyecto no pretendo solucionar este debate, por el contrario, quiero complejizar la discusión aportando otra perspectiva desde la cual el problema puede ser abordado. Por ello, con este estado del arte explicaré brevemente algunas de las maneras en las que la sexualidad ha sido estudiada desde la academia y la manera en la cual se ha analizado al placer sexual como objeto de estudio en algunas investigaciones empíricas.

Como expliqué desde las primeras páginas de esta tesis, la sexualidad es un tema de investigación popular desde varias disciplinas. De hecho, desde el siglo diecinueve la “sexología” se ha utilizado como término paraguas para designar a los estudios que toman como objeto de investigación a la sexualidad o a lo relacionado con el sexo. Desde entonces, sexólogos y sexólogas se cuestionan críticamente qué elementos deben estar relacionados con la sexualidad o “lo sexual” puesto que más allá de referirse a una actividad particular o la anatomía de las personas, también puede abarcar elementos de la experiencia humana como los deseos, las fantasías y el placer:

[La] sexualidad surge como un término que apunta tanto a fenómenos internos como externos, tanto al reino de la psique como al mundo material. Dado el significado equívoco del sexo, se podría sugerir que la sexualidad ocupa un lugar donde los cuerpos sexuados (en todas sus formas y tamaños) y los deseos (en toda su multiplicidad) se entrecruzan sólo para separarse. (Bristow, 1997, p.1)².

Asimismo, la sexualidad se puede considerar un concepto histórico y culturalmente situado. En este sentido, Jeffrey Weeks argumenta que la sexualidad es un constructo histórico, por lo que sería un error considerarla una característica natural del ser humano,

² Traducción propia del inglés al español.

atemporal y sin contexto (Weeks, 1998). De hecho, Foucault retoma esta idea y la complejiza al explicar que la sexualidad es una invención histórica como objeto de conocimiento científico y es producto de la medicalización que a su vez inventó a la sexología (Foucault, 2011). Así, la sexualidad se establece como un concepto equívoco dependiendo de la perspectiva de análisis y el contexto socio-cultural desde el que se le retome. Por estos aspectos, la sexualidad se ha convertido en un concepto en disputa.

Durante el siglo XIX la sexología se enfocó en el análisis de los diversos deseos sexuales, desarrollando una serie de vocabulario y categorías para “tipos sexuales” que permean hasta nuestros días (aunque no incuestionados): heterosexual, bisexual, homosexual, etc. Si bien la sexología fomentó el diálogo académico desde varias perspectivas, también se criticó la manera en la que reforzó los dualismos de lo normal y lo anormal, lo adecuado y lo inadecuado (perversión), categorías inevitablemente creadas a partir de la interpretación que la propia investigadora o investigador provea (Bristow, 1997). Este es un argumento que Michel Foucault retoma en el primer tomo de *Historia de la sexualidad* (2011) en donde explica que la sexología como ciencia se encargaba de analizar y establecer “la verdad del sexo” bajo una falsa neutralidad al trabajar a partir de juzgar lo sexualmente desviado: “Era, en efecto, una ciencia hecha de fintas, puesto que en la incapacidad o el rechazo a hablar del sexo se refirió sobre todo a sus aberraciones, perversiones, rarezas excepcionales, anulaciones patológicas, exasperaciones mórbidas” (Foucault, 2011, p. 51). Un ejemplo de esto se puede ver en el dualismo de lo heterosexual y lo homosexual, la categoría de los fetiches sexuales, como el sadismo y el masoquismo (entendidos como un deseo sexual “anormal”), o bien, la división entre el placer y el no-placer que encontré en mis primeras aproximaciones al trabajo de campo.

Adicionalmente, es importante señalar un campo de estudio que cambió la manera en la que se concebía la sexualidad desde las ciencias médicas y sociales del siglo XIX: el psicoanálisis. Sigmund Freud fue el precursor de este análisis y argumentó que los deseos sexuales son un fenómeno humano que iba más allá de un instinto reproductivo. Así, el psicoanálisis desarrolló modelos de análisis en los que los deseos sexuales y el placer erótico se relacionan a la infancia. En particular, Freud, y consecuentemente Lacan, analizaron la

manera en la que los deseos y placeres de los adultos podían trazarse al desarrollo de las zonas erógenas durante la infancia que dejaban una impresión psíquica en las personas. De ahí que varios psicoanalistas consideren difícil la gestión de los deseos más tempranos e inconscientes en los adultos. Como evidencia de esta idea, Freud desarrolló el complejo de Edipo, el complejo de castración y la envidia de pene; paralelamente, Lacan argumentó que la sexualidad estaba directamente relacionada con el falo, un símbolo cultural de poder y autoridad. Ambos autores son considerados como principales referentes en el discurso analítico que brinda a la centralidad del pene un carácter incuestionable (Bristow, 1997).

A causa de la centralidad que se le da al pene en el psicoanálisis, esta teoría ha sido criticada por diferentes autoras feministas, sobre todo durante la segunda ola del feminismo en donde el debate alrededor de la liberación de la mujer y su relación con la revolución sexual tomaron fuerza. Estas autoras sugieren que esta perspectiva de análisis es consecuencia de la cultura patriarcal que perpetua la inequidad de género en la mayoría de las sociedades occidentales, aspecto que los psicoanalistas clásicos, como Freud, no cuestionan en sus investigaciones. Además, se acusa al psicoanálisis de proponer narrativas y argumentos que aparentan ser ahistóricas y atemporales; también, de que la mayoría de sus argumentos se reducen a una dependencia de la anatomía humana, lo que termina reforzando una perspectiva biologicista de la sexualidad (Bristow, 1997). No obstante, el psicoanálisis ha sido retomado por autoras, como Kate Millett, quienes lo critican y reconceptualizan desde una perspectiva feminista en obras que resultaron cruciales para el Movimiento de Liberación de la Mujer como fue *Política Sexual* (1970). En esta obra, Millett utiliza ciertos argumentos del psicoanálisis para analizar la manera en la que se ha desarrollado la cultura patriarcal desde la época Victoriana hasta los años sesenta. En particular, critica la manera en la que Freud se enfoca en el complejo de castración como un miedo de las mujeres cuando en realidad no pueden sufrir de este acto, en comparación con el ser víctimas de una violación, por ejemplo. Así, argumenta que, si bien las ideas de Freud pueden ser sugerentes, el autor no logra separar la realidad de la fantasía (Millett, 1970).

Aunado a esto, debido a que abordo este proyecto parte de los estudios de género con una perspectiva feminista, es importante aclarar cómo este campo ha abordado el tema de la

sexualidad siendo parte de la sexología o criticándola. Históricamente, las investigadoras feministas han cuestionado la tradición con la que la sexología aborda la relación entre la sexualidad y las mujeres. En general, estos trabajos tienen una fuerte perspectiva política, en acorde con los objetivos históricos y socialmente situados del movimiento feminista, que es en sí un movimiento plural y dividido. Así, se critica tanto el carácter androcentrista desde el que estas investigaciones parten, como la manera en la que los estudios terminan reafirmando mandatos y expectativas de género a partir de una perspectiva biologicista que justifica ciertas actitudes y roles sociales como naturales para ciertos cuerpos con características sexuales particulares, como la maternidad para las personas gestantes, por ejemplo. En respuesta, los estudios feministas sobre la sexualidad proveen investigaciones centradas en las mujeres como sujetos de investigación y que analizan las normas y expectativas de género diversas, consecuencia de los distintos contextos socio-culturales (Bristow, 1997). También, se retoma el estudio de la orientación sexual en relación con el género. Por mencionar un ejemplo, investigadoras como Adrienne Rich analizan la heterosexualidad como una orientación sexual obligatoria puesto que se le considera la relación sexo-afectiva natural para hombres y mujeres (Rich, 1980).

Durante los años sesenta, cuando el feminismo de la época reconceptualizaba la sexualidad como una cuestión política, el placer sexual era comúnmente pensado como una manera de alcanzar la equidad y autonomía para la mujer:

La sexualidad orgásmica y el placer mutuo eran ahora actos morales de afirmación de la autonomía y la igualdad. El placer sexual se convirtió en una forma de afirmar el acceso de las mujeres a la plena igualdad con los hombres, como sujetos libres e iguales, haciendo así de la sexualidad el repositorio de una afirmación positiva e incluso moral del yo. (Illouz, 2013, p. 46)³.

No obstante, autoras como Lynne Segal critican que la sexología se haya enfocado en el placer como un mero efecto de la estimulación física cuyo único objetivo es el orgasmo, e invita a considerar el placer más allá de lo físico (Segal, 1992). Esta perspectiva es sugerente,

³ Traducción propia del inglés al español.

justamente porque uno de los objetivos principales de mi investigación es complejizar el concepto del placer sexual femenino más allá de su carácter corporal-erógeno y liberador.

De igual manera, la sexualidad es un tema popular en las investigaciones empíricas de las ciencias sociales. Hacer un recuento de la manera en la que las ciencias sociales han abordado este fenómeno recurriría un espacio más amplio del que tengo en esta tesis. Por ello, retomaré brevemente el libro *La formación de un campo de estudios. Estado del Arte sobre Sexualidad en México 1996-2008* (2012) de Rodrigo Parrini y Antonio Hernández como un referente contemporáneo a partir del cual se puede empezar a situar a la sexualidad como uno de los temas ejes de esta investigación. Parrini y Hernández explican que en México los estudios de la sexualidad están fuertemente vinculados a los estudios de género y a la salud reproductiva, aunque no se limiten ni dependan de estas dos perspectivas de análisis: “Consideramos interesante constatar una trayectoria histórica, pero también reflexiva, en la que los [estudios de la sexualidad] se independizan de las otros dos [estudios de género y sobre salud sexual]; aunque mantienen vínculos teóricos, analíticos y empíricos con ellos” (Parrini & Hernández, 2012, p. 13). También, explican que a partir de los años noventa en México hubo un avance importante y sistemático de la investigación académica que tenía como objeto central la sexualidad gracias al uso de métodos de análisis cualitativos. Este “avance en la profundidad y amplitud empírica” fue resultado del uso de herramientas de análisis pertenecientes a la etnografía que le permitieron a los investigadores abordar este tema en relación con instituciones sociales (la familia, el estado y la iglesia), el género, la diversidad cultural, la diversidad moral, las relaciones de poder entre individuos y grupos sociales (Parrini & Hernández, 2012). Es importante proveer este contexto puesto que mi tesis se inserta en esta tradición de investigación de las ciencias sociales por la manera en la que analizo la sexualidad desde los estudios de género y a partir de una serie de métodos cualitativos con el objetivo de analizar la relación entre el placer sexual de las mujeres y las normas y expectativas de género que les son impuestas por distintas instituciones sociales.

En el estado del arte los autores recopilan una serie de investigaciones cualitativas sobre la sexualidad y las clasifica según los temas recurrentes que las agrupan: la sexualidad femenina, masculinidad y sexualidad, medicalización de la sexualidad (salud sexual,

infecciones de transmisión sexual y VIH/SIDA) y homoerotismo, bisexualidad, identidades lésbicas y trans. En ese sentido, mi investigación podría insertarse en la categoría que agrupa las investigaciones que se centran en el análisis de la sexualidad femenina⁴. Parrini y Hernández explican que las investigaciones que están presentes en esta categoría tienden a analizar la manera en la que la sexualidad de las mujeres es experimentada de maneras particulares según su género y según su contexto socio-cultural. Por lo mismo, hay un enfoque particular en momentos y etapas de vida que resultan significativos para la vida sexual de los sujetos de estudio como la pérdida de la virginidad, la iniciación sexual, el matrimonio, entre otras. También, encuentran un interés particular en el análisis de la manera en la que se concibe, entiende y experimenta la sexualidad en mujeres pertenecientes a distintas generaciones. Asimismo, indican que, si bien hay un fuerte interés en grupos étnicos particulares, estas investigaciones se llevaron a cabo tanto en espacios urbanos como rurales (Parrini & Hernández, 2012).

En cuanto a los objetivos principales de las investigaciones que agrupa en la categoría sobre sexualidad femenina, retoman una síntesis de Ivonne Szasz en la que señala que este grupo de investigaciones se enfocan mayoritariamente en el análisis de la relación entre la sexualidad y la construcción social de las identidades de género de las participantes, enfatizando la manera en la que se establecen normas de género contrastantes para hombres y mujeres, lo que influye en su acceso al poder y a ciertos recursos económicos o culturales (Szasz, 1998). En este sentido, mi investigación también ahonda en la manera en la que se significa y se relaciona el placer sexual con la construcción de las identidades de género de las mujeres que participaron en mi estudio. No obstante, a diferencia de muchas de estas investigaciones, en mi análisis solo retomo la postura de un grupo de mujeres y no las comparo con la perspectiva de un grupo de hombres. Además, si bien al hablar de experiencias sexuales fue inevitable la mención de ciertos momentos de vida que influyen en la manera en la que se experimenta el placer, como la pérdida de la virginidad o el matrimonio, estos no fueron el objeto de estudio central a mi investigación.

⁴ Aunque, como explico a detalle en el marco teórico, para esta investigación me refiero a mi objeto de estudio como “placer sexual de las mujeres” en lugar de “placer sexual femenino”.

En el mismo capítulo citado por Parrini & Hernández, Ivonne Szasz explica que el concepto de sexualidad no es universal ni estable, sino histórico y socio-cultural por lo que su delimitación depende de la perspectiva teórica y disciplinaria que se utilice durante una investigación: es en esta relación que se designará en la sexualidad. La autora argumenta que en México los estudios de la sexualidad son comúnmente abordados desde una perspectiva biomédica y sociodemográfica que se centran en el análisis estadístico. No obstante, los investigadores que parten desde las ciencias sociales se enfocan en las instituciones, los actores sociales y su subjetividad para así entender la diversidad de prácticas, significados, normas, valores, ideologías, deseos y relaciones de poder que conforman la sexualidad a lo largo de sus vidas según el contexto en el que se encuentren (Szasz, 1998). Esta perspectiva con la que las ciencias sociales estudian la sexualidad es particularmente pertinente para mi investigación puesto que mi interés al estudiar el placer sexual es entender la manera en la cual un grupo de catorce mujeres significa esa experiencia a partir de sus narrativas y experiencias personales como sujetos de género en un contexto socio-cultural particular.

Así, investigaciones que parten desde los estudios de género, como la que desarrollo en esta tesis, son importantes porque, en concordancia con lo que desarrollé en el apartado anterior, los estudios de la sexualidad desde las ciencias sociales encuentran una estrecha relación entre los significados de la sexualidad en México y la construcción social de las categorías femenino y masculino. Por lo mismo, hay un contraste en la manera en la cual las mujeres son constituidas como sujetos sexuales en comparación con los hombres. En ese sentido, algunas de las características (poco coherentes entre sí) que se esperan de la sexualidad ejercida por la mujer son: el rechazo a las relaciones sexuales no procreativas, la falta de expresión del deseo sexual, el mandato de la virginidad hasta el matrimonio, la satisfacción del deseo sexual de la pareja sexual, entre otros. Para Szasz, estas concepciones implican “la presencia de relaciones desiguales, de imposiciones, de abusos y de limitaciones a la posibilidad de bienestar en la sexualidad” (Szasz, 1998, p. 15). Es decir, estudiar la sexualidad desde las ciencias sociales y desde la perspectiva de las mujeres como sujetos sexuales, también permite entender y cuestionar las expectativas y mandatos de género que generan desigualdades entre sujetos de género.

Las investigaciones empíricas de corte cualitativo contemporáneas que se han realizado en México sobre el placer sexual resaltan la dicotomía de los espacios íntimos en los que las personas se desenvuelven sexualmente y los espacios públicos-sociales cuyas normas sociales resaltan la separación entre ambas esferas (Reyes, 2017; Ponce 2019; Contreras Tinoco & Silva-Segovia, 2018). Aunado a esto, tanto en Latinoamérica como en el resto del mundo, los grupos de estudio con los que se trabaja tradicionalmente incluyen a hombres y mujeres por igual y se contrasta la diferencia de la socialización de la sexualidad según las normas de género impuestas a cada grupo. Además, como señalan Parrini y Hernández en su estado del arte, se trabaja a partir de etapas de vida consideradas como “extraordinarias” en relación con la sexualidad como la adolescencia y la vejez, esto en tanto que la sociedad actual construye a los sujetos adolescentes o viejos como sujetos asexuales o que no deberían ejercer su sexualidad. Por ello, se analiza cómo estas etapas influyen en la evolución y entendimiento de la sexualidad de los sujetos de estudio (Austin, 2016; Echeverría-Lozano, 2017). Esta recurrente selección de edades verifica la importancia que investigaciones como la mía tienen al enfocarse en la experiencia de las mujeres adultas, tomando en cuenta distintas etapas de vida que transitan durante la adultez y que las caracterizan como un momento distinto de la adolescencia y la vejez. También, desde la psicología se ha analizado la relación entre el placer sexual, el erotismo y la normatividad sexual para estudiar la manera en la que lo social influye en la identidad de las personas (Cerón, 2012). No obstante, investigadoras como Alejandra Bravo Ponce encuentran que la producción académica sobre la dimensión sociocultural del placer sexual es “insuficiente, dispersa y fragmentada” particularmente en cuanto al placer sexual de las mujeres que “parece ser marginal”, lo que espera cambiará con los estudios de género (Ponce, 2020). Esta reflexión es importante puesto que legitima proyectos como este que se centran en el placer sexual de las mujeres desde los estudios de género.

Por demás, muchas investigaciones se enfocan en el orgasmo tanto como momento culminante del placer sexual y como un objeto/momento comparable entre hombres y mujeres. Adicionalmente, en los estudios con parejas, el placer sexual se estudia como un “todo” que, si está presente, es real o es fingido. Esto último, en su mayoría por las mujeres

como práctica que les permite controlar la situación (para que el encuentro se acabe rápidamente) o para controlar la reacción de su pareja y evitar su frustración (Salisbury & Fischer, 2014; Blair et al., 2018; Chadwick et al., 2019; Opperman et al., 2014; Farnworth, 2019; Shirazi et al., 2018). Esta es una característica en particular que buscaré cuestionar con mi investigación puesto que me interesa identificar la manera en la cual los sujetos de estudio construyen la noción de placer sexual más allá del orgasmo, para alejarme de una perspectiva androcéntrica y biologicista del placer. Desde los estudios feministas contemporáneos, el placer sexual de las mujeres es frecuentemente analizado como un elemento de construcción individual y con carácter liberador para las mujeres (Herbenick et al., 2019; Fahs, 2014; Fiaveh et al. 2014). Sin embargo, en mis primeras aproximaciones al campo me encontré con una manera distinta en la que las mujeres significan el placer y en la que enfoqué mi investigación.

De igual manera, en las investigaciones sobre el placer sexual es común encontrar el tema de la pornografía desde dos perspectivas principales: la representación del placer de las mujeres y como elemento pedagógico de enseñanza sobre sexualidad (Johnson, 1993; Johnsdotter, 2011; Crutcher, 2012; Rivera et al., 2016; Ashton et al, 2019; Taormino et al., 2020). La popularidad de este tema se puede explicar una vez más por la perspectiva androcéntrica desde la cual se suele estudiar el placer sexual, ya que la pornografía está grabada en su gran mayoría por y para la mirada masculina. De hecho, los análisis que se hacen desde una perspectiva feminista explican que la frontera entre lo real y la fantasía se diluye en la pornografía, lo que inevitablemente conlleva a la normalización y banalización de la mujer como objeto sexual, de conductas machistas y de actos de violencia de género (Segal, 1992; Marzano & Rozier, 2005; Llanos, 2006; Cobo, 2018; Gallego Rodríguez & Fernández-González, 2019). Sin embargo, en mis primeras aproximaciones al campo, encontré que la pornografía no parece ser un elemento relevante en la construcción de significados del placer sexual por parte de las entrevistadas como parecen ser otras producciones de la cultura popular como las telenovelas, las novelas eróticas, series románticas, las películas *rom-com*⁵, etc. Este es un elemento que me interesó explorar puesto

⁵ Del inglés “romantic comedies” que hace referencia al género de las comedias románticas.

que, como desarrollaré más adelante, la sexualidad y el placer sexual de las mujeres entrevistadas se pueden analizar a través del amor romántico como un mito que construye significaciones del placer sexual y que está presente en muchas producciones culturales.

De hecho, el análisis de la relación entre la sexualidad de las mujeres y la cultura pop ha sido explorado en una serie de investigaciones empíricas. En su mayoría, se estudia la manera en la cual la sexualidad de las mujeres es representada en producciones de medios masivos, concluyendo que estos promueven una imagen hiper-sexualizada de la mujer como objeto sexual de consumo producida, una vez más, por y para la mirada masculina. No obstante, estas representaciones influyen en la construcción de la feminidad de las mujeres que también consumen dicho contenido (Atwood, 2006; Salazar & Sánchez, 2016).

Otra perspectiva de análisis sobre el placer sexual y sexualidad de las mujeres que vale la pena mencionar, es el estudio de la sexualidad como un *performance*. Estas investigaciones presentan la manera en la cual, tanto los actos de seducción como la creación de la identidad de las mujeres en relación con su sexualidad son procesos fuertemente ligados a las normas sociales y expectativas de los grupos culturales en los que se desarrollan y se desenvuelven. Aunado a esto, exploran la posibilidad de identidades flexibles que les permitan dialogar con la normatividad asignada a su género y a su cuerpo sexuado dependiendo del contexto en el que se encuentran. (Balbontín, 2009; Bianciotti, 2013; Pi Cholula, 2021). La óptica de estas investigaciones es relevante para mi investigación porque me llevaron a cuestionar la manera en la cual el placer sexual de las entrevistadas podía estar ligado a la manera en la que construían modelos de lo “sexual”, la seducción y el erotismo según normas y expectativas de género de discursos sociales particulares.

En cuanto a las estrategias metodológicas de las investigaciones empíricas anteriormente citadas, así como del resto de la literatura que pude revisar, se puede observar que en los últimos años se han utilizado en su mayoría métodos de investigación cualitativos en los que las herramientas más utilizadas suelen ser entrevistas, observación participante, encuestas y foros de discusión. Los distintos autores de dichas investigaciones reportan que estos métodos han sido efectivos para recolectar información de sus campos de estudio

cuando les interesa trabajar a partir de las subjetividades de los sujetos de estudio, con la anotación de que se debe generar espacios y vínculos de confianza por tratarse de un tema considerado tabú en los diferentes contextos socioculturales en los que desarrollan sus proyectos. Esta última característica resulta especialmente sugerente para esta investigación puesto que, como desarrollaré más adelante, la sexualidad y el placer sexual son temas considerados moralmente controvertidos en la sociedad mexicana por lo que fue de suma importancia utilizar métodos de recolección de datos que me permitieran generar *rappport* con los sujetos de estudio.

Por otro lado, en menor cantidad algunas investigaciones han hecho uso de herramientas de corte cuantitativo con el objetivo de tener una mayor cantidad de participantes en sus proyectos (Shirazi et al., 2018; Blair et al., 2018; Herbenick et al., 2019). En estos casos las técnicas más utilizadas han sido las encuestas y cuestionarios online con preguntas cerradas y a desarrollar. Aunque el uso de estas herramientas ha sido positivo por la cantidad de participantes que logran obtener y la eficacia que significa poder recopilar datos a distancia, los investigadores también reconocen que no ahondan en la subjetividad de los sujetos de estudio. Sin embargo, las ventajas del uso de herramientas cuantitativas no deben ser ignoradas, no sólo porque permite trabajar con un mayor número de sujetos de estudio, sino porque permiten trabajar desde la distancia cuando se tienen acceso a internet, un elemento que resulta sumamente importante en contextos como el que se está viviendo actualmente donde la pandemia sanitaria por Covid-19 limita el trabajo de campo de manera presencial. Por si fuera poco, estudios que hacen uso de técnicas estadísticas demuestran la utilidad que tiene usar softwares y bases de datos digitales creados para la investigación de las ciencias sociales, una práctica que se ha popularizado en los últimos años gracias al desarrollo de las nuevas tecnologías.

En esta breve revisión de literatura plasmé de manera acotada las discusiones teóricas y empíricas en las que me he insertado para llevar a cabo esta investigación. Entender que la sexualidad y por ende el placer sexual son conceptos en disputa, cambiantes y diversos fue clave para desarrollar el análisis que se presentará más adelante. También, trabajar en este estado del arte me permitió reafirmar la validez de analizar el placer sexual desde los estudios

de género poniendo a las mujeres al centro de la investigación y cuestionando la perspectiva androcentrista desde la cual la sexología se ha aproximado al tema. Por último, a pesar de la popularidad que la sexualidad tiene como objeto de estudio, me parece relevante seguir analizándolo a partir de métodos cualitativos que ponen en relieve la experiencia de las personas como elemento clave para entender al concepto más allá de la discusión académica que lo rodea.

2.2 Aproximaciones conceptuales

En este apartado presento la manera en la cual algunos autores definen, discuten y analizan los conceptos que serán claves para el desarrollo de mi investigación.

2.2.1 El género y la feminidad

2.2.1.1 Del género como concepto y categoría de análisis

Para empezar, esta tesis se enmarca en los estudios de género por lo que es crucial cuestionar la relevancia de la perspectiva de género dentro de las ciencias sociales. En el texto *La antropología feminista y la categoría “género”* (1986) Marta Lamas explica que la antropología feminista busca estudiar la cultura bajo la intención de desentrañar la relación naturaleza/cultura y biológico/social en relación a las categorías de lo femenino y masculino para entonces cuestionar lo que en muchas ocasiones se considera “innato” en hombres y mujeres. Para Lamas la perspectiva feminista trata de cuestionar los sesgos biologicistas, aunque insiste en que sería un error separar los dualismos completamente, ya que lo biológico es en sí una construcción social. Aunado a esto, añadiría que no se puede separar lo biológico de lo social por el simple hecho de que lo social se encarna en el cuerpo y, simultáneamente, la materialidad del cuerpo crea lo social, como ahondaré en detalle más adelante.

Si bien Lamas se centra en la antropología, su discusión puede extenderse al resto de las ciencias sociales y esta reflexión resulta sugerente para mi tesis puesto que la sexualidad es un concepto en disputa entre varias disciplinas, incluyendo las ciencias médicas y sociales. De hecho, bajo la misma lógica de pensar en dualidades, al inicio de mi investigación partía del supuesto de que el placer sexual “existía” y que, por ende, estaba presente o no en un encuentro sexual. Por ello, mis primeras preguntas de investigación se enfocaban en

averiguar cómo y bajo qué modelos las mujeres fingen un orgasmo. En cambio, hoy me pregunto si podemos definir claramente el placer sexual, cuestionamiento que no pretendo responder con mi investigación, ya que me enfoco en entender cómo las entrevistadas de estudio significan esa experiencia a través de las narrativas que decidieron compartir conmigo. Además, en mis primeros ejercicios de codificación se complejizó la idea de una dualidad entre biológico/social puesto que en las entrevistas con mis interlocutoras hay una estrecha relación entre el placer y las emociones, socialmente influidas, pero no deja de entenderse como una experiencia fuertemente ligada al cuerpo.

En cuanto al género como concepto, en el artículo *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (1996) Lamas explica que el género como categoría de análisis permite ver las diferencias entre la identidad biológica, que ella denomina el sexo, y culturalmente asignada a hombres y mujeres “no es lo mismo el sexo biológico que la identidad asignada o adquirida; si en diferentes culturas cambia lo que se considera femenino y masculino, obviamente dicha asignación es una construcción social, una interpretación social de lo biológico” (Lamas, 1986, p. 186). Por lo mismo, la autora considera que el género como categoría de análisis sirve para cuestionar los orígenes de la subordinación femenina y para entender cómo la diferencia asimilada entre lo masculino y lo femenino se traduce en desigualdad en una dimensión política y práctica de la vida. De manera similar, Joan Scott también conceptualiza al género como una categoría relevante para el análisis en las ciencias sociales. En *El género: una categoría útil para el análisis histórico* (1996), explica que el género está presente en todas las interacciones sociales por lo que debe entenderse como un concepto histórico y, por tanto, cambiante y no-universalizable. Además, argumenta que el género es una categoría útil puesto que es el campo primario dentro del cual se articula el poder entre las personas.

Por otro lado, en *Doing Gender* (1987)⁶ Candace West y Don H. Zimmerman entienden al “sexo” como un acuerdo social de la clasificación de lo femenino y masculino

⁶ Traducción propia del inglés al español.

según aspectos biológicos. Es decir, de manera similar a lo que comenta Lamas, consideran que el aspecto biológico del 'sexo' no se puede deslindar de las normas de género que se asignan socialmente. A partir de esto, entienden al género como un "logro" (*achievement*) diario de las personas que se alcanza a través del control de su conducta en contextos específicos según su categoría de género asignada socio-culturalmente: "el género, en contraste, es la actividad de gestionar la conducta situada a la luz de concepciones normativas de actitudes y actos apropiados para la categoría sexual de cada uno" (West & Zimmerman, 1987, p. 127)⁷. Con esto, rechazan la idea de que el género sea un elemento fijo construido por rasgos psicológicos, físicos o culturales y cuestionan el concepto de "roles de género" puesto que lo encuentran simplista al no considerar la manera en la que "un rol" influencia a otros, reduciéndolo a discusiones de poder y desigualdad.

Asimismo, West & Zimmerman dialogan con la teoría de Erving Goffman para plantear que el género se construye y se exhibe a través de interacciones no naturales, sino producidas como parte de un logro socialmente organizado. Entre los argumentos más sugerentes, explican que el género es la dramatización de las características y elementos que la cultura idealiza como femeninos y masculinos: "el género es una dramatización socialmente escrita de la idealización de lo femenino y masculino, actuadas por una audiencia que está bien educada en el lenguaje de la presentación" (West & Zimmerman, 1987, p. 130). Sin embargo, esta idea podría ser contrastable con la teoría de la performatividad de Butler, desarrollada en lecturas como *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"* (1995) y *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad* (1990), con la que tienen aspectos en común y otros con los que discrepan. Bajo esta teoría, se desnaturaliza el sexo ya que está compuesto a partir de la repetición de actos performativos (a diferenciar de los actos constatativos que describen una realidad) que consolidan la matriz heterosexual obligatoria a través de las acciones. Sin embargo, la autora considera que la iteración no es voluntarista, es decir los actores no tienen control sobre la representación del género como proponen West & Zimmerman y Goffman. De hecho, es por esta característica que Butler comenta que no se puede abandonar la historización de la norma

⁷ Traducción propia del inglés al español.

a pesar de que el hecho de que se repita cada vez en contextos distintos, abre la posibilidad del cambio y la resignificación. También, en contraste con la distinción que Lamas hace del sexo como identidad biológica y el género como construcción social, para Butler el sexo es una construcción social más para naturalizar el género, idea que desarrollaré más adelante cuando ahonde en el concepto de la sexualidad en mi tesis. Por su parte, West & Zimmerman proponen que las personas tienen cierto control sobre sus acciones que construyen género, una idea que parecería cierta en momentos donde las mujeres fingen el orgasmo con objetivos específicos, por ejemplo. Sin embargo, Butler argumenta que los actos performativos no son voluntaristas lo que indicaría que la manera en la que se representa el placer, inclusive si se dramatiza, es una expresión involuntaria influida por las normas de género asignadas a cada persona.

2.2.1.2 De la feminidad como práctica del género

Asimismo, vale la pena desarrollar cómo se puede distinguir, entrecruzar y complejizar la relación entre el sujeto de género “mujer” y el concepto de feminidad, sobre todo, considerando que en ocasiones se puede hablar erróneamente de ambas categorías como sinónimos. En *De la cuestión femenina al género: un recorrido antropológico* (1997) Elsa Muñiz explica que desde los años setenta los estudios de la mujer de las feministas radicales advertían en el hecho de que la feminidad es una característica del género que era construida socioculturalmente y con base en un orden patriarcal; no obstante, la feminidad fue una categoría que se relacionaba directamente a la mujer.

Asimismo, se concibe a la feminidad como un concepto que no tiene un contenido fijo ni universal pero, como el género, es profundamente relacional por lo que existe en relación con la masculinidad. En ese sentido, investigadoras como R. W. Connell (2003) argumentan que tanto la masculinidad como la feminidad describen formas en las que el género se hace reconocible, por lo que son elementos complejos de las relaciones de poder entre los géneros y sería un error entenderlos como sinónimos de hombre y de mujer respectivamente. También, insiste en que, considerando que el género es relacional, histórico, social y cultural, este es profundamente cambiante e inestable, por lo que se vuelve una categoría en crisis por las tensiones y las relaciones de género que se ven constantemente

cuestionadas. Esta crisis, por ende, afecta tanto a la masculinidad como a la feminidad “la masculinidad, como la feminidad, siempre está sujeta a contradicciones internas y rupturas históricas” (Connell, 2003, p. 112). El debate sobre la masculinidad y la feminidad es muy amplio, pero entre las reflexiones más sugerentes, recupero que estas categorías representan un sistema complejo de mandatos, de expectativas y de relaciones de poder dentro de sí, de ahí que no se pueda hablar de un solo tipo de feminidad o masculinidad. Aunado a esto, la razón por la cual la cultura preferirá la masculinidad por sobre la feminidad es porque esta significa “la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, [...] al problema de la legitimidad del patriarcado, lo que garantiza (o se considera que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell, 2003, p. 117).

Asimismo, me parece sugerente recuperar las reflexiones de Arlie Hochschild sobre el género y la feminidad. En *The managed heart: commercialization of human feeling* (2012), la autora argumenta que ciertas características asociadas a la feminidad, como la sumisión, no son innatas o naturales, sino que las mujeres realizan una gestión emocional en la que hacen un ejercicio de actuación profunda (trabajo mental indirecto que utiliza la imaginación para movilizar las emociones de la persona, inclusive sin intención) para ser deferentes ante los otros. Así, encuentra que la feminidad engloba una serie de expectativas de género asociadas al estatus de “las mujeres” quienes a lo largo de su vida y en sus distintos círculos sociales, aprenden a “actuar” gracias a la práctica de la gestión emocional para cumplir con roles de género hiper-feminizados. Dicha gestión emocional es esperada por parte de la sociedad para que las mujeres sean consideradas “buenas mujeres”, razón por la cual las expectativas de la feminidad son naturalizadas. Algo que es sugerente de esta reflexión, es que para Hochschild dichos roles y expectativas de género y de la feminidad son diversos para cada persona y poco coherentes entre sí: por ejemplo, explica que en la clase media-alta el rol de la “buena madre y esposa” debe estar acompañado del ser una “mujer exitosa profesionalmente” para que la persona sea considerada una “buena mujer”.

También. Hochschild explica que, para las mujeres, las expectativas de género y de la feminidad que deben alcanzar a través de la gestión emocional, no se limitan al espacio público, sino que se transfieren a la esfera íntima. Para ejemplificar esta idea, utiliza al

matrimonio heterosexual como una relación de poder entre los géneros en los que la “cooperación” entre el hombre y la mujer que se negocia para momentos como el tener relaciones sexuales o para tener hijos, se presta para una “subordinación disfrazada” por parte de la mujer. Esto es interesante porque Hochschild, de manera similar a autores como Goffman y West & Zimmerman, concibe el género como un fenómeno social que se construye en las interacciones y relaciones con las personas. No obstante, en concordancia con Connell, complejiza su análisis al concebir a la feminidad como la serie de expectativas de género asociadas a las mujeres, argumentando que son dichas expectativas las que son producidas y dramatizadas por las mujeres a partir de la gestión emocional.

En contraste, autoras como Marcela Lagarde han estudiado a través de su obra la manera en la que la feminidad como categoría práctica del género significa una serie de expectativas y mandatos para las mujeres como sujetos de género. En su obra, *Los cautiverios de las mujeres* (2015), argumenta que la feminidad es la distinción cultural que se le asocia a la mujer a partir de sus características genéricas y que la definen en contraste con la masculinidad del hombre: “las características que constituyen la feminidad son consideradas en las concepciones dominantes del mundo como atributos naturales: eternos y ahistóricos inherentes al género y a cada mujer particular” (Lagarde, 2015, p. 563). Entonces, bajo esta feminidad considerada innata, se encuentran una serie de cualidades y arreglos sociales y sexuales que se vuelven mandatos para las mujeres como sujetos de género por su carácter obligatorio y compulsivo. También, especifica que la feminidad es profundamente sexual porque sus atributos parten de la necesidad de crear una sexualidad definida para los géneros a partir de la feminidad y masculinidad como definiciones estereotipadas que obligan a los sujetos de género a definir su participación en la sociedad a partir de estas categorías.

Empero, si bien el trabajo de Lagarde es muy importante y sigue siendo relevante para el estudio de las sexualidades de las mujeres desde los estudios de género, considero que se le pueden hacer críticas importantes. Primero, Lagarde parte su análisis sobre la feminidad y los cautiverios a partir de un sujeto “mujer” bastante definido y estable que a momentos pareciera universal; como he presentado a lo largo de este marco teórico, esta es una manera de concebir al sujeto mujer de la cual pretendo alejarme. Por lo mismo, a lo largo

de su obra pareciera que “la mujer” no tiene capacidad de agencia en torno a su sexualidad, un pensamiento que se vislumbra en interpretaciones de la autora como su entendimiento de la sexualidad de la mujer como una sexualidad destinada para el *otro*, por ejemplo. Esta es una reflexión que cuestiono con mi propia investigación en donde, gracias al material empírico recopilado durante mi trabajo de campo, puedo constatar que las relaciones de poder entre los géneros no son unidireccionales, estables ni permanentes. Por brindar un ejemplo de esto, si bien se podría argumentar que la práctica de fingir un orgasmo es una práctica de sumisión de la mujer ante la pareja sexual, también se puede argumentar que es una práctica que les permite a las mujeres tener control sobre el encuentro sexual; esto pues en repetidas ocasiones se finge el orgasmo con el objetivo de terminar la relación sexual antes, sobre todo cuando no es placentera.

Por último, encuentro relevante mencionar la manera en la que Iris Marion Young concibe el concepto de feminidad en relación con la noción de experiencia. Como las autoras que he mencionado hasta el momento, Young concuerda con el hecho de que la feminidad es una serie de normas y expectativas sociales para las mujeres. También, coincide en que sería un error concebir a la feminidad de manera esencializadora, ahistórica y universalizable. Sin embargo, la autora argumenta que la feminidad es una serie de normativas disciplinadas que se imponen en los cuerpos feminizados por parte de un mundo masculinizado. Así, argumenta que las normas y expectativas de género son impuestas en los cuerpos generizados (Young, 2005). No obstante, a diferencia de autoras como Lagarde que discuten el género y la feminidad a partir de un sujeto “mujer” estable, con esta idea no busca generalizar la manera en la que se vive la feminidad a partir de un tipo de cuerpo generizado-universalizable. Por el contrario, argumenta que el entender la manera en la que el género y la feminidad se encarna en las personas es una invitación para analizar dicho fenómeno social a partir de la experiencia vivida de cada persona, experiencia que estará situada en un contexto particular y que, por ende, no puede ser considerada universal. Inclusive, habla de la importancia de tomar en cuenta la individualidad de cada cuerpo, explicando que sus capacidades motrices también son la manera en la que se vive y se experimenta el mundo. Este argumento me parece sugerente para mi investigación, justamente porque, si bien habla

de la feminidad como una experiencia encarnada en cuerpos sexuados y generizados, con esta teoría busca analizar las diferentes maneras en las que el género se encarna y se produce en los cuerpos, alejándose de una feminidad estable.

Sin embargo, también me parece importante cuestionar la manera en la que Young concibe la feminidad de manera constrictiva, sobre todo porque a lo largo de mis entrevistas e interpretaciones de las mismas, encuentro que varios de mis los sujetos de estudio reafirman “su feminidad” como una característica ligada al empoderamiento y a la fortaleza. En ese sentido, es sugerente la manera en la que ciertas autoras feministas conciben la feminidad, como Itziar Ziga quien habla del ejercicio de reapropiarse la feminidad “limitante” de tal manera en que se vuelva una característica que no la vuelve subyugada, sino empoderada. Esto lo hace a través de un ejercicio de “la poderosa reapropiación del insulto” (Ziga, 2009, p. 16) refiriéndose así a la feminidad “limitante” social y biológicamente impuesta, para transformarla en una feminidad anti patriarcal:

Que conste que yo no hablo de una feminidad dulce y autocomplaciente, ni mucho menos. No reivindico la feminidad de las chicas buenas, sino de las perras malas. Una feminidad extrema, radical, subversiva, espectacular, insurgente, explosiva, paródica, sucia, nunca impecable, feminista, política, precaria, combativa, incómoda, cabreada, despeinada, de rímel corrido, bastarda, desfasada, perdida, prestada, robada, extraviada, excesiva, exaltada, borde, canalla, viciosa, barriobajera, impostora... (Ziga, 2009, p. 34).

2.2.1.3 El género y la experiencia

Asimismo, para esta investigación me parece sugerente el concepto de la experiencia para el análisis del género y el placer sexual. La experiencia es un concepto recurrente en las ciencias sociales que surge por parte de la fenomenología en siglo XX como respuesta crítica a las epistemologías racionalistas y objetivantes de la época. Este es un concepto que ha sido popular entre los estudios feministas y los estudios de género por la manera en la que pone en el centro del análisis las experiencias del individuo tomando en cuenta su carácter encarnado, situado y afectivo. Por lo mismo, a lo largo de los años se ha hecho una crítica extensiva de la experiencia. Por mencionar una de estas, desde el feminismo posestructuralista y el giro discursivo, autoras como Joan Scott critican la manera en la que la experiencia era concebida como una verdad incuestionable y universalizable que “se

descubre” una vez que el individuo la pone en palabras, en lugar de entenderse como un fenómeno que se construye por el discurso. Para Scott, esto es problemático porque la experiencia no es una explicación en sí, sino aquello que se tiene que explicar y analizar (Scott, 1992).

Para mi investigación, me parecen sugerentes las interpretaciones que Sonia Kruks (2014) hace de varias autoras que han utilizado el concepto de experiencia en sus análisis sociológicos feministas. Así, retoma a Beauvoir quien argumenta que las personas construyen su identidad como seres sexuales a través de la experiencia vivida y según la afirmación o rechazo de normas y expectativas socialmente construidas de una época y contexto cultural particular. Por ello, Beauvoir entiende la sexualidad como un fenómeno tanto general (social) como particular, puesto que también depende de la manera en la que uno se constituye como mujer u hombre a partir de prácticas y valores reafirmados o rechazados:

Porque es sólo a la luz de las prácticas y valores sociales, así como de las elecciones existenciales individuales a través de las cuales estos se asumen, que la sexualidad adquiere sus significados. Cómo nos experimentamos a nosotros mismos como seres sexuales, qué valores afirmamos a través de nuestra sexualidad, será a la vez idiosincrásico y socialmente estructurado. (Kruks, 2014 p. 82)⁸.

Si bien este argumento sugiere que Beauvoir afirma que el sujeto tiene agencia, también concuerda en que esta se limita a las “condiciones de la existencia” de cada persona. En ese sentido, más allá de pensar en el contexto socio-cultural del individuo, apunta a la importancia que el cuerpo tiene en relación con la experiencia. Así, explica que para Beauvoir la conciencia y la subjetividad no pueden separarse de la materialidad, sobre todo porque el cuerpo es la situación a partir de la cual se vive en el mundo, tomando en cuenta las características que se eligen o no (aludiendo al proceso de pubertad que es involuntario) y que influyen en la manera en la que los otros te significan.

También, Kruks recupera el trabajo sobre la feminidad de Marion Iris Young para hablar de la relación entre el cuerpo y la experiencia en textos contemporáneos. Así, Kruks

⁸ Traducción propia del inglés al español.

encuentra sugerente la manera en la que Young habla del cuerpo como repositorio en el que se encarna la experiencia vivida y cómo, simultáneamente, el cuerpo sexuado influye a la experiencia en sí. En particular, el trabajo de Young se enfoca en analizar la feminidad entendida como un conjunto de normas impuestas en el cuerpo sexuado. No obstante, para evitar interpretaciones univertalizantes, Young encuentra que analizar la feminidad a través de la experiencia única de los sujetos de estudio es una manera de articular las diferencias en las que los individuos viven un fenómeno profundamente social.

En pocas palabras, retomar estos argumentos le permite a Kruks concluir que la experiencia depende del sujeto pero, como sugiere Scott, pensar en la experiencia como una verdad concreto sería un error, puesto cuando se analiza la experiencia, se analiza al sujeto y la manera en la cual este se construye como sujeto de género. Es decir, no puede pensarse como un concepto objetivo, puesto que se trata del sujeto narrándose como tal.

2.2.1.4 El género, la feminidad y la experiencia en esta investigación

A partir de las reflexiones teóricas presentadas con anterioridad, para esta investigación entiendo al género como una categoría de análisis relevante para la interpretación de los datos recopilados durante el trabajo de campo. Así, entiendo el género como fenómeno relacional que está presente en todas las interacciones sociales. Por lo mismo, entiendo que el género está en constante construcción en dichas interacciones a partir de la repetición de roles feminizados o masculinizados. También, me parece importante señalar que parto el análisis de datos bajo el entendido de que el género es un concepto histórico, cambiante y contextualmente situado, por lo que busco alejarme de interpretaciones universalizables y ahistóricas. Estos planteamientos y debates sobre el género me parecen sugerentes para mi investigación porque me interesa analizar la relación entre el placer sexual y la manera en la cual las mujeres entrevistadas se construyen como sujetos de género, partiendo del supuesto que la relación entre ambos conceptos no es unidireccional y de que se trata de un proceso construido de manera relacional y social, no individual. Además, esta categoría de análisis me invita a analizar la manera en la que mis sujetos de estudio se insertan en nuestro marco cultural y mundo simbólico, bajo el entendido de que las expresiones de género son plásticas,

se mueven, tienen agencia, son relacionales y son poco estables, todo con el objetivo de interactuar de manera más exitosa, como sugieren los autores citados con anterioridad.

Asimismo, entiendo a la feminidad (y a la masculinidad), como el conjunto de normas expectativas de género que se asignan a los hombres y a las mujeres según la identificación social que se les asigna en los cuerpos sexuados y generizados, por lo que me alejo de una concepción de la feminidad como innata. Entendiéndose como el conjunto de prácticas y características que hacen reconocible a los binarios de género mujer/hombre, la feminidad y la masculinidad no pueden concebirse como conceptos estables, ahistóricos, esencializadores ni universalizables. También, me parece sugerente la propuesta Hochschild en la que argumenta que la hiper-feminización de ciertos roles de género a través de la gestión emocional de las mujeres no se limita a los espacios públicos, sino que es una expectativa en los espacios de intimidad durante actos aparentemente “cooperativos”, como el tener relaciones sexuales con la pareja. Asimismo, si bien en muchas ocasiones se analiza la manera en la que la feminidad es una categoría de subordinación para las mujeres, pretendo que en mi investigación esta afirmación también sea cuestionada a partir de la interpretación de los datos. Esto es especialmente interesante para reflexionar sobre el placer sexual de las mujeres porque me invita a pensar en las distintas maneras en las que las expectativas de género influyen y son influidas en experiencias tan íntimas como el placer sexual.

En cuanto al concepto de experiencia en relación con el género, tomando en cuenta la interpretación que Kruks hace de este concepto, hacer un análisis de mi tema de estudio a través de la experiencia me permite analizar la manera en la que los sujetos de estudio se constituyen como sujetos de género y como sujetos sexuales. Adicionalmente, me parece sugerente la manera en la que abordar la experiencia desde esta perspectiva pone en igualdad de importancia tanto a la subjetividad como a la materialidad del cuerpo, enfatizando la manera en la que esta última es la condición a través de la cual se vive en el mundo. Esto me parece especialmente importante al momento de hacer una investigación sobre el placer sexual de las mujeres.

En breve, estas reflexiones sobre el género, la feminidad y la experiencia me permitieron hacer una relectura fina de mi material empírico en donde me cuestiono de qué

manera las prácticas y expectativas de la feminidad influyen en la experiencia del placer sexual para las mujeres entrevistadas y cómo esta experiencia me permite hacer un análisis de la manera en la que se identifican como sujetos de género y sujetos sexuales. Por si fuera poco, estas reflexiones me invitaron a ser más cautelosa al hablar de feminidad y de mujeres como si fueran sinónimos por lo que en lugar de hablar de “placer sexual femenino” como mi objeto de estudio, lo denominé “placer sexual de las mujeres”, sobre todo porque todas las mujeres que participaron en la investigación se identifican como tal.

2.2.2 La sexualidad y el placer sexual

2.2.2.1 La sexualidad desde las ciencias sociales

Mi investigación parte del interés por investigar el placer sexual, por ello, es pertinente que cuestione lo que estoy entendiendo por “sexualidad” y por “sexual”. A continuación, recupero algunos de los trabajos teóricos que me ayudaron a reflexionar sobre mi tema de estudio en particular.

En *La invención de la sexualidad* (1998), Jeffrey Weeks comenta que, a pesar de ser un tema bastante explorado en las ciencias sociales, hablar de la sexualidad sigue siendo una interrogante al momento de definir ciertas prácticas como sexuales. A lo largo de su texto, explica la manera en la cual la historia y la ciencia han abordado este tema a través de elementos como la reproducción, la biología, el erotismo, la familia, la cultura, la sociedad, las relaciones de poder, etc. Este texto muestra que la sexualidad es un concepto diverso y múltiple, afectado por otros conceptos y fenómenos, y cuyas características cambiarán según los objetivos y la perspectiva bajo los cuales se le analice. Entre las reflexiones que me ayudaron a complejizar mi proyecto encuentro importante señalar la siguiente: la sexualidad, a pesar de ser un proceso íntimo e individual que involucra al cuerpo, no se puede delimitar a procesos biológicos puesto que es un fenómeno de carácter social en constante evolución y cambio, como explica Weeks: “se configura mediante la unión de dos ejes esenciales de preocupación: nuestra subjetividad, o sea, quiénes y qué somos, y la sociedad, o sea, el crecimiento, el bienestar, la salud y la prosperidad futuras de la población en conjunto.” (Weeks, 1998, p. 23). Este argumento es comparable al concepto de “sexo” que manejan

West & Zimmerman puesto que explican que lo biológico del cuerpo no se puede deslindar de lo social (West & Zimmerman, 1987).

Por otro lado, en *Sexing de Body. Gender politics and the construction of Sexuality* (2002), Anne Fausto-Sterling cuestiona la dicotomía sexo / género, argumentando que la frontera entre ambos conceptos no es tan clara como aparenta. De hecho, señala que el cuerpo de los seres humanos es un sistema complejo por lo que los elementos que están generalmente asociados a los hombres o a las mujeres no son completamente masculinos o femeninos. Por tal razón, la autora explica que la mayoría de las características físicas que se usan para etiquetar el género de una persona son modificables y, por ende, son decisiones sociales. Así, en una línea de pensamiento similar a la de Marta Lamas en su análisis del género, Fausto-Sterling diluye las divisiones entre lo “natural/real” y lo “construido” puesto que las normas sociales terminan encarnándose en el cuerpo de las personas, fenómeno que, además, cambia según el contexto social, histórico y cultural. Bajo esta idea, argumenta que la sexualidad, o lo que se considera sexual, no está limitado a ciertos elementos físicos como los genitales, explicando que los historiadores han estudiado cómo diferentes culturas entienden y tratan la sexualidad a lo largo del tiempo. Fausto-Sterling no niega la materialidad del cuerpo, pero declara que, sin la sociabilidad, la sexualidad no se puede desarrollar: “mientras que sus cuerpos proveen de materiales en crudo, sin la sociabilidad humana la arcilla no podría ser moldeada en una forma psíquica reconocible. Sin la sociabilidad humana, la sexualidad no puede desarrollarse.” (Fausto-Sterling, 2000, p. 23)⁹. Este es un argumento muy sugerente, puesto que me ayuda a entender que el placer sexual no se puede delimitar a elementos puntales del cuerpo, como los genitales o las hormonas, ya que este se encuentra atravesado y construido a partir de factores socio-culturales que se insertan en lo material para conformar una sinergia en constante transformación y negociación. Es decir, sería un error caer en la dicotomía de tratar lo material y lo social como elementos separados puesto que ambos se constituyen mutuamente. Así, en el entendimiento de que lo sexual no se puede limitar a elementos o actividades precisas, a lo largo de mi investigación fue importante identificar las

⁹ Traducción propia del inglés al español.

prácticas que los sujetos de estudio entienden como sexuales y placenteras; será un ejercicio que ilustre la diversidad de significaciones que hay en torno al placer sexual.

Asimismo, en el artículo *Sexualidad y Género: la voluntad de saber feminista* (1998), publicado en la misma compilación de Ivonne Szasz, Marta Lamas recapitula varias escuelas de pensamiento y la manera en la que conciben el concepto de sexualidad, haciendo énfasis en separarse del pensamiento esencialista que concibe este fenómeno como natural para abrir paso a una sexualidad construida culturalmente y desde lo subjetivo. De esta manera, Lamas retoma principalmente la teoría de Foucault para así entender a la sexualidad como “una elaboración psíquica y cultural sobre los placeres de los intercambios corporales construida discursivamente y reglada mediante prohibiciones y sanciones que le dan forma y direccionalidad” (Szasz, 1998, p.17)¹⁰. Por consiguiente, recupera del mismo autor la importancia de las producciones discursivas y los efectos del poder para estudiar la lógica subyacente a la cultura que ha dado forma a las narrativas actuales de la sexualidad en las personas. También, apunta a que el género como categoría de análisis para la sexualidad es sumamente pertinente porque engendra concepciones que otorgan significados centrales a la conducta sexual humana. Además, plantea que el género estructura la percepción y la organización simbólica de la vida social según características “femeninas” o “masculinas” a cada sexo, por lo que una perspectiva feminista en esta problemática permite criticar a las prácticas, los discursos y las representaciones sociales “que discriminan, oprimen o vulneran a las personas en función de la simbolización cultural de la diferencia sexual” (Lamas, 1998, p. 65). Esta manera de conceptualizar la sexualidad en relación con el género resulta sugerente para mi investigación puesto a que me invita a entender el placer sexual como un fenómeno social y cultural que puede empezar a tomar forma gracias a las narrativas, y, por ende, a la subjetividad de las mujeres que participaron en mi proyecto. Además, al abordar este objeto de estudio a partir del género como categoría de análisis, puedo entender cómo este concepto y los diferentes elementos que lo componen, como la feminidad, estructuran la manera en la que se vive la experiencia del placer para las mujeres entrevistadas.

¹⁰ Esta cita pertenece a Szasz porque estoy citando la introducción escrita por ella donde explica el contenido del artículo de Lamas.

Retomando brevemente la teoría de Foucault, en *La Historia de la sexualidad* (1976-1984) encierra la problemática de la constitución del sujeto en la cultura occidental, al analizar el modo como el sujeto se ve afectado por múltiples discursos de poder. Entre sus reflexiones, el teórico francés concluye que la sexualidad es una de las maneras en las que el poder puede ser organizado en la cultura occidental, por lo que este concepto está atrapado en un sistema de liberación y supresión (Bristow, 1997). Así, consciente del poder estructurante de la fabricación política de discursos influyentes, examina “constantemente cómo surgió la sexualidad como categoría inteligible cuya amplia aceptación ha jugado un papel crucial en la regulación del orden social” (Bristow, 1997, p. 10)¹¹.

A lo largo de esta serie de textos, Foucault presenta varios argumentos que son importantes para el análisis de la sexualidad, no obstante, por las limitaciones de tiempo y espacio con las que trabajo, me limitaré a abordar la diferencia que encuentra entre el tabú y el escándalo. El autor considera que, en los últimos tres siglos, se ha suscitado una explosión discursiva en torno y a propósito de la sexualidad. Este fenómeno está acompañado de un estricto control del lenguaje por parte de las instituciones sociales y políticas que definen qué, cómo, cuándo, con quiénes y con qué palabras se puede y debe hablar de sexo. Entonces, si bien hay una “incitación institucional a hablar de sexo y cada vez más; obstinación de las instancias del poder en oír hablar del sexo y en hacerlo hablar acerca del modo de la articulación explícita y el detalle infinitamente acumulado” (Foucault, 2011, p. 18), al mismo tiempo hay una discreción recomendada con insistencia. Así, bajo la lógica de Foucault, no se puede hablar de la sexualidad como un tabú (entendiéndose como una prohibición) puesto que, a su manera, las distintas instituciones sociales fomentan que se habla de sexo bajo una serie de mandatos y reglas previamente establecidos; es en los momentos en los que se habla de sexualidad fuera de las normas que se establece el escándalo (Foucault, 2011). Esta reflexión es sugerente para mi investigación ya que, en un principio, pensé que sería difícil para las mujeres entrevistadas hablar de su sexualidad; sin embargo, ellas me compartieron de manera locuaz sus reflexiones del tema. Empero, en los primeros ejercicios de análisis de

¹¹ Traducción propia del inglés al español.

sus narrativas sigue habiendo una fuerte influencia de las expectativas sociales y de género que influyen en la manera en la que viven esa experiencia.

Finalmente, retomaré algunas de las reflexiones de Judith Butler en relación con la sexualidad y el género. Para Butler la relación entre el género y la sexualidad es esencial para el análisis del género como fenómeno social. En pocas palabras, argumenta que la diferencia sexual de los cuerpos generizados también está construida socialmente a partir del discurso, solo que ha sido naturalizada a través de la heterosexualidad hegemónica como norma (1990). Por lo mismo, cualquier cuerpo que salga del binario heterosexual se vuelve inteligible. De hecho, considera que la identidad de género es performativa porque constantemente se repiten las normas sociales de la matriz heterosexual para que así los cuerpos tengan sentido según la práctica obligatoria de la heterosexualidad.

Así, la coherencia o unidad interna de cualquier género, hombre o mujer, requiere una heterosexualidad estable y de oposición. Esa heterosexualidad institucional requiere y produce la univocidad de cada uno de los términos de género que constituyen el límite de las posibilidades de los géneros dentro de un sistema de géneros binario y opuesto. (Butler, 1990, p. 55)

Entonces, el género es performativo, nunca expresivo, porque es una repetición de actos corporales estilizados y puestos en obra individualmente pero que dependen de convenciones sociales. Esta manera de significar el género se acerca a la manera en la que West & Zimmerman, Goffman y Hochschild analizan al género como como un fenómeno que se construye en las interacciones sociales a partir de la dramatización de características asociadas al binario hombre/mujer. No obstante, Butler deja en claro que sería un error considerar a la performatividad de género como voluntarista, justamente porque la matriz heterosexual marca las normas coherentes, y por ende los límites, con los que las personas deben coincidir para ser inteligibles en la sociedad. Con esto, concluye que el sexo es género, por lo que no pueden considerarse como dos conceptos separados, ninguno es pre-discursivo, ni puede pensarse que uno es anterior al otro. Así, el sexo es una marca de género en el lenguaje.

2.2.2.2 De la sexualidad al placer sexual

El objeto de estudio de esta tesis es el placer sexual de las mujeres, por ello, es relevante discutir brevemente la manera en la que este tema se ha discutido desde las ciencias sociales y los estudios de género.

En su libro, *La ética del placer* (2003) Graciela Hierro explica que, en la *Historia de la Sexualidad*, Foucault se enfoca en la sexualidad, el saber y el poder pero no aborda el placer sexual como un objeto de estudio, ni reflexiona desde una mirada feminista. Así, explica que, bajo la lógica del teórico francés, el “liberar” el placer sexual de las mujeres sería una de las maneras a través de las cuales ellas pueden acceder a una plataforma ética puesto que el placer como experiencia es uno de los elementos más controlados por el discurso político, y bajo una lógica patriarcal, añade Hierro. Si bien la autora encuentra sentido en esta propuesta por el hecho de que el poder se infiltra en el cuerpo a través del placer, admite que también genera una serie de preguntas sin respuesta clara. Más adelante, Hierro desarrolla que en la moral sexual patriarcal se permite que el hombre ejerza su sexualidad en búsqueda del placer sexual, pero no la mujer porque se considera que lo “natural” para ella es ejercer su sexualidad con el objetivo de procrear, un pensamiento similar al que presenta Szasz y Lamas durante su análisis de la sexualidad y el género a través de las ciencias sociales. Por ello, Hierro concuerda en que “la condición necesaria para que las mujeres alcancemos la categoría de personas es liberarnos y tomar en nuestras manos el control de nuestro placer” (Hierro, 2003, p. 38). De hecho, más adelante en su libro presenta un capítulo intitulado Una guía para el placer sexual femenino como propuesta a través de la cual las mujeres pueden volverse sujetas de su propia liberación en el camino del descubrimiento de su propio placer sexual. No obstante, la idea del placer sexual como experiencia liberadora para la mujer será una que criticaré en mis capítulos analíticos a partir de los hallazgos de mi propia investigación.

Esta reflexión que alude al placer sexual de las mujeres como una experiencia liberadora se repite en varias obras feministas contemporáneas, como *Women, sexuality and the political power of pleasure* (2013) editado por Susie Jolly, Andrea Cornwall y Kate

Hawkins, en el que las autoras complejizan esta discusión a partir de una mirada interdisciplinaria e interseccional en la que analizan el poder del placer sexual como liberador en distintos contextos, sectores y escenarios político-culturales. Esta es una relación que yo pretendo complejizar y cuestionar con mi investigación, al preguntarme si este discurso no se vuelve normativo para las mujeres. Por brindar un ejemplo, las entrevistadas más jóvenes que comentaban identificarse con este movimiento social, explicaron que desde hace unos años la manera en la que se habla del placer sexual como liberador por parte de ciertos discursos y producciones feministas las hacía sentirse presionadas por tener placer y hasta culpables si no lograban vivir esta experiencia. De hecho, una de las entrevistadas me mandó una referencia al libro *Pucha Potens* (2020) de Diana J. Torres, un manual para lograr la eyaculación femenina, y comentó que no solo le parecía una manera muy normativa de sentir placer, sino que le parecía masculinizante, ya que refuerza la idea de que el orgasmo de las mujeres se tiene que ver como el de los hombres.

Por último, me parece sugerente mencionar el artículo *Saber o no saber sobre sexo: los dilemas de la actividad sexual femenina para jóvenes mexicanos* (1998) de Ana Amuchástegui en el que analiza los contrastantes significados de la actividad sexual, del “saber del sexo”, del deseo y del placer de un grupo de mujeres según se han sido construidos tanto por mujeres como sobre hombres. Si bien el análisis no se centra en el placer sexual, la manera en la que este es evocado en la investigación me parece sugerente. En cuanto al análisis de las mujeres como sujetos de deseo, la autora explica que hay una división en dos maneras de percibir a la mujer y a su sexualidad en relación con el hombre: “Por un lado, surge “un “tipo” de mujer que no es sujeto de deseo sexual excepto cuando su finalidad sean la reproducción y la maternidad. Esta imagen no expresa ninguna necesidad sexual ni erotismo, y sus principales atributos son la ternura, la pureza y la decencia” (Amuchástegui, 1998, p. 118). En contraste, el segundo tipo de imagen de la mujer sexual es aquella “que es en verdad sujeto de deseo, que ejerce su seducción hacia el hombre y tiene acceso al erotismo y al placer” (Amuchástegui, 1998, p. 119); sin embargo, señala que esta imagen no vuelve a la mujer un sujeto sexual autónomo, sino que se vuelve objeto de deseo del hombre. De esta interpretación, me parece sugerente como se alude al placer como un objeto estable y definido

cuya presencia define el tipo de sujeto sexual que influye en la identificación de la mujer como sujeto de género y su relación con el hombre. Aunque el análisis de Amuchástegui contrasta con el de ciertas autoras feministas que encuentran que el placer puede ser liberador, vuelve a haber un énfasis en el poder transformador del placer sexual sobre la identidad de las mujeres como sujetos de género y sujetos sexuales.

2.2.2.3 La sexualidad y el placer sexual en mi investigación

Tomando en cuenta las discusiones sobre la sexualidad anteriormente mencionadas, me parece importante señalar que para esta investigación parto del entendimiento de la sexualidad como un fenómeno social que se construye de manera íntima pero enmarcado en una serie de normas y expectativas socialmente impuestas en los cuerpos sexuados de las personas. Al estar culturalmente situado, también entiendo que “lo sexual” es una característica poco estable y en constante cambio, siendo disputada por distintos actores e instituciones sociales. Si bien me parece importante reconocer la materialidad del cuerpo que influye en el proceso de construcción de la sexualidad, pretendo alejarme de un argumento biologicista que limite a la sexualidad a partir de ciertos aspectos fisiológicos presentes o no en el cuerpo de las personas. En relación con el género, encuentro sugerente pensar en el sexo como género, siguiendo los argumentos de Butler, en los que la diferencia sexual está construida socialmente para naturalizar el binario de género y, por ende, el binario heterosexual como norma.

En cuanto al placer sexual, con mi investigación pretendo cuestionar al placer sexual como experiencia estable y definida como se le ha aludido en varias investigaciones hasta el momento. Por ello, también cuestionaré hasta qué punto el placer sexual resulta una experiencia “liberadora” o “transformadora” para las mujeres, como una serie de investigaciones proponen. Al final de cuentas, entre los objetivos principales de esta investigación se encuentra analizar las maneras en las que los propios sujetos de estudio significan a la experiencia del placer en relación con su identificación como sujetos de género y sujetos sexuales.

2.3 Apartado metodológico

Durante los meses de junio, julio y agosto del 2021 realicé el trabajo de campo de esta investigación. A causa de la pandemia por Covid-19 que empezó en el 2020, desde el inicio del programa de maestría se nos instó a pensar en métodos de recopilación de datos que se pudieran llevar a cabo desde el espacio digital, o bien, que significaran el menor riesgo de exposición tanto para los y las alumnas como para sus sujetos de estudio. Por esta razón, se desarrolla la estrategia metodológica que se presenta a continuación.

2.3.1 Caracterización de los sujetos de estudio

Considerando las limitantes temporales que enmarcaban esta investigación, decidí contactar a mujeres conocidas con el afán de que la relación previamente construida permitiera adelantar la generación de *rapport*, entendiéndose como la manera de generar un vínculo de simpatía y confianza con los sujetos de estudio (Taylor & Bogdan, 1996). Por ello, el primer contacto fue con compañeras de la universidad de entre 23 y 29 años de edad que, en su momento, mostraron interés por participar en el proyecto. Posteriormente, después de algunas entrevistas preliminares, decidí ampliar el grupo de estudio para mujeres de un rango de edad más avanzado, de entre 35 y 55 años, y que, por ende, tienen experiencias de vida distintas a las del primer grupo. Esta decisión se tomó con el objetivo de explorar cómo la experiencia y significados del placer sexual cambiaba (o no) a lo largo de distintas experiencias y etapas de vida de las participantes de estudio. Adicionalmente, se buscó la participación de mujeres que se identifican con orientaciones sexuales diversas (heterosexuales, bisexuales, lesbianas, queer, etc.) que hubieran tenido experiencias sexuales tanto con hombres como con mujeres para poder obtener experiencias distintas sobre el placer sexual. Por último, a mediados del trabajo de campo noté que todas las entrevistadas hablaban de su vida sexual como una experiencia sumamente placentera y totalmente positiva, por ello, decidí incluir en el estudio a mujeres que se expresaran de manera contraria sobre algunos de sus encuentros sexuales para contrastar sus experiencias con las reunidas hasta ese momento. Cabe aclarar, que además de la comunicación directa con las mujeres que ya conocía, el

contacto de varias participantes se consiguió a través del método de bola de nieve; es decir, gracias a las primeras mujeres que entrevisté pude comunicarme con otras personas a las que le habían comentado sobre el proyecto y quienes decidieron participar.

Para reunir la información personal de estas mujeres decidí crear un cuestionario digital a través de la plataforma de *Google* que reúne los datos escritos en un mismo documento y el cual convertí en una hoja de cálculo de Excel para mi comodidad. Dicha información incluye: nombre, apodo, orientación sexual, estado civil, último grado de estudios, ocupación, ingreso promedio mensual, zona de la Ciudad de México en la que residen, con quienes residen, si tienen hijos, si han tenido un aborto, si han pasado por algún procedimiento o incidente que cambiara su relación con su cuerpo, teléfono y correo. Esta herramienta me permitió vislumbrar características del grupo de sujetos de estudio que en un principio había ignorado. Uno de los elementos más significativos fue el nivel socioeconómico de las participantes. En el cuestionario las mujeres entrevistadas reportaron un ingreso mensual que variaba desde los 15, 000 pesos mexicanos a más de 40,000 pesos mexicanos. Si bien no fue una característica que se buscó en un principio, se discutirá su importancia en el estudio más adelante. A continuación, me permito presentar de manera breve a cada una de las catorce que participaron en esta investigación:

Trixie es una mujer de 36 años, académica de los estudios de género que está estudiando el doctorado en la Ciudad de México. Se identifica como bisexual y actualmente reside en unión libre con su novia. Realicé un total de 1 hora y 33 minutos de entrevista con ella. Un elemento que resaltó de la entrevista con Trixie, es el hecho de que utiliza muchos conceptos teóricos, tanto de los estudios de género como del feminismo, para expresarse y hablar de su experiencia. No obstante, la manera en la cual ha vivido su sexualidad ha sido fuertemente influida por mandatos y expectativas de género. De hecho, esto es algo que ella misma reconoce en múltiples ocasiones cuando repite la frase “pero bueno, de la teoría a la práctica hay un mundo de diferencia”.

Samantha es una mujer de 39 años, periodista e internacionalista, que se dedica a la docencia a nivel preparatoria y licenciatura. Se identifica como bisexual y actualmente reside

con su novio y su hermana mayor. Realicé un total de 3 horas y cuarenta minutos de entrevista con ella. Las entrevistas con Samantha tienden a ser muy extensas porque, además de hablar rápido, es muy locuaz para hablar de sexualidad, algo que atribuye a los años que vivió en Francia y a su afinidad con el feminismo. En el caso de Samantha, es muy interesante oír como justifica ciertas actitudes o prácticas que para ella “no son feministas” pero disfruta de todos modos, como el ser pasiva en la cama, por ejemplo.

Ruth es una mujer de 23 años, originaria de Morelia, que se dedica a la traducción simultánea para varias empresas en el extranjero. Se identifica como heterosexual, tiene novio y actualmente vive con una compañera de departamento. Realicé un total de 2 horas y 10 minutos de entrevista con ella. Un aspecto interesante de las entrevistas con Ruth es que ella habla de tener que aparentar ser “una niña buena” frente a su familia y frente a cierto círculo social con valores conservadores. En ese sentido, admite que poder vivir en la Ciudad de México le ha permitido fingir menos y tener amistades más sinceras que no la juzguen por su postura en temas como el feminismo y la sexualidad.

Isabel es una mujer de 51 años que se dedica a la educación especial en una escuela pública. Se identifica como heterosexual y reside con su esposo y su hijo. Realicé un total de 2 horas y 20 minutos de entrevista con ella. Un elemento interesante de su entrevista es que habla de que en su adolescencia siempre fue noviera pero que tenía que cuidar las apariencias para evitar que la gente pensara y hablara mal de ella. A su manera, me recordó a la idea de la “niña buena” de Ruth.

Cora es una mujer de 24 años que trabaja como empleada por honorarios en el sector público cultural. Se identifica como una mujer queer y actualmente vive con su novia, siendo esta la primera vez que vive lejos de su familia. Realicé un total de 2 horas y 20 minutos de entrevista con ella. Durante la entrevista, Cora me explico que ha tenido relaciones sexo-afectivas con hombres y con mujeres, por lo cual es muy interesante escuchar como contrasta esas experiencias en cuanto a las similitudes y diferencias que ella encuentra entre sus parejas.

Catalina es una mujer de 51 años que es empleada a nivel directivo en una empresa mexicana. Se identifica como una mujer heterosexual, es divorciada desde hace dos años, no sale con nadie y vive con su hija menor. Realicé un total de 2 horas y 5 minutos de entrevista con ella. Algo que llama la atención de Catalina es la manera en la que se expresa sobre su exesposo porque, si bien el matrimonio fue turbulento y el divorcio difícil (en sus palabras), siempre habla de él con mucha estima y es incapaz de dar una crítica negativa hacia su persona.

Carrie es una mujer de 51 años, abogada, empleada de gobierno y profesora universitaria. Se identifica como una mujer heterosexual, se divorció hace más de una década y actualmente vive en unión libre con su pareja. Realicé un total de 3 horas de entrevista con ella. La historia de Carrie es muy interesante: se casó y divorció muy joven (a los 27 años) y comenta que para ella fue muy importante tener “amigos con derechos” para poder disfrutar de su juventud y de su sexualidad. Además, a comparación de las demás entrevistadas, es la única persona que habló de su gusto por la pornografía como un “entretenimiento sexual”.

Teresa es una mujer de 23 años que labora como gestora cultural. Es originaria de Ciudad Juárez pero reside en la Ciudad de México. Se identifica como heterosexual y tiene una relación con su novio desde hace 3 años. Realicé un total de 2 horas y 10 minutos de entrevista con ella. Tere es una de las entrevistadas más religiosas con las que pude conversar y comenta que en la universidad se abrió a nuevas ideologías que ahora adopta muy orgullosa, como el feminismo. Durante su entrevista me platicó que para ella es muy importante mantener su dogma religioso y poder tener ciertas experiencias que no son necesariamente bien vistas para el catolicismo, como el disfrutar de su cuerpo con su pareja sentimental mientras protege su virginidad. Para ello, habló de cómo le ha sido muy importante alinearse con la filosofía de la Teología del Cuerpo, que si bien parte desde los estudios religiosos, presenta ideas “menos conservadoras” en cuando a la sexualidad.

Nacif es una mujer de 40 años labora como *General Manager* de una empresa mexicana. Se identifica como heterosexual y está casada, actualmente vive con su esposo y su único hijo. Realicé un total de 1 hora y 25 minutos de entrevista con ella. Algo que me parece muy particular de Nacif es la manera en la cual se refiere a la relación con su esposo:

admite que cuando se casó con él no sabía si lo amaba o si solamente era una persona que le iba a permitir escapar de la violencia doméstica que vivía en su casa, aunque comenta que con el tiempo entendió que era “su alma gemela”. Además, Nacif explica que para ella el sexo no es algo importante en su relación y que, si no fuera por su esposo que se lo pide explícitamente, podría pasar meses sin tener relaciones sexuales.

Ariel es una mujer de 23 años que está estudiando la licenciatura en traducción. Ella se identifica como bisexual, tiene novio y vive con sus padres y su hermana mayor. Realicé un total de 1 hora y 50 minutos de entrevista con ella. Durante su entrevista, Ariel fue muy enfática en los actores sociales que han afectado la manera en la cual vive su sexualidad de manera positiva y negativa: su familia le infundió la idea de que tenía que cuidar su virginidad, la escuela le comentó que tener relaciones era peligroso por la exposición a las enfermedades de transmisión sexual (inclusive, comenta que aún tiene pesadillas con las fotos explícitas que le mostraron), los medios de cultura pop le dieron a entender que su cuerpo no era deseable, redes sociales como *Tumblr* le ayudaron a descubrir su sexualidad, entre otros.

Pamela es una mujer de 29 años que es profesora universitaria y está realizando su doctorado. Se identifica como heterosexual y vive con su prometido, con el que se casará el próximo año. Realicé un total de 1 hora y 35 minutos de entrevista con ella. Un aspecto que me resultó interesante es el hecho de que Pamela explica que ella empezó a explorar su sexualidad desde muy joven con el objetivo de que “no se la quisieran pendejear más adelante”. De hecho, explica que, si bien no disfrutaba como tal sus primeros encuentros sexuales, le calmaba la idea de saber lo que iba a pasar cuando lo hiciera después.

Carolina es una mujer de 24 años que estudia y trabaja como bailarina profesional. Se identifica como “heterosexual, bisexual, confundida”, no tiene una relación sexo-afectiva con nadie y actualmente vive con sus padres. Realicé un total de 2 horas y 16 minutos de entrevista con ella. Durante su entrevista Carolina me platicó que ha sido muy confuso para ella explorar su sexualidad puesto que ha sido sexualizada por adultos desde que era niña a causa de profesión. Por lo mismo, reflexionó sobre las violencias sexuales que ha sufrido y la dificultad de separar su vida personal y profesional.

Kiara es una mujer de 25 años que estudia la licenciatura de traducción y trabaja de lo mismo. Ella se identifica como bisexual, actualmente no tiene una pareja y vive con sus padres y sus hermanas. Realicé un total de 1 hora y 15 minutos de entrevista con ella. Si bien Kiara no se considera una persona asexual, comenta que “no le interesa el sexo ni lo que conlleva”. Aun así, dice que para ella es importante el poder tener una pareja sentimental y entiende que, para eso, “tendrá que tener sexo, quiera o no”. Me parece sumamente interesante como habla del sexo como un mandato social.

Por último, pero no menos importante, Gardenia es una mujer de 25 años que trabaja como profesora de inglés para un colegio privado. Gardenia se identifica como heterosexual y está saliendo con un hombre desde hace algunas semanas. Realicé un total de 1 hora y 30 minutos de entrevista con ella. Algo que me pareció muy interesante de Gardenia es la manera en la cual se refiere al sexo como una herramienta para “conectar con alguien”. De hecho, explica que para ella esa conexión es lo más placentero de un encuentro y que por lo mismo no encuentra sentido en masturbarse o en usar un juguete sexual.

A continuación, presento una tabla que resume los datos principales de cada una de las participantes (todos aquellos que no vulneran su anonimidad):

Tabla de los datos de las participantes de estudio

PSEUDÓNIMO	EDAD	ORIENTACIÓN SEXUAL	ESTADO CIVIL	GÉNERO DE LA PAREJA	ÚLTIMO GRADO DE ESTUDIO	OCUPACIÓN	INGRESO PROMEDIO MENSUAL	CON QUIEN RESIDEN	HUIXS	ABORTO	PROCEDIMIENTO MÉDICO O INCIDENTE
Trixie	36 años	Bisexual	Unión Libre	Mujer	Maestría (Estudiando el Doctorado)	Académica	Entre 20,000 y 25,000 pesos	Pareja	No	No	No
Samantha	39 años	Bisexual	Soltera (con pareja)	Hombre	Doctorado	Docente	Entre 15,000 y 20,000 pesos	Hermana	No	No	No
Ruth	23 años	Heterosexual	Soltera (con pareja)	Hombre	Licenciatura	Intérprete	Entre 15,000 y 20,000 pesos	Amiga (Roomie)	No	No	No
Isabel	51 años	Heterosexual	Casada	Hombre	Licenciatura	Maestra de Educación Especial	Entre 30,000 y 40,000 pesos	Esposo e hijo	1	No	No (*Esta fue su respuesta en el cuestionario pero durante las entrevistas salió a la luz que sufrió de cáncer y la recuperación fue difícil para su cuerpo, lo que por ende afectó su vida sexual)
Cora	24 años	Queer	Soltera (con pareja)	Mujer	Licenciatura	Empleada por honorarios	Entre 10,000 y 15,000 pesos	Pareja	No	No	Si (Problemas hormonales que requirieron intervención ginecologista)
Catalina	51 años	Heterosexual	Soltera	N/A	Postgrado	Empleada a nivel directivo	Más de 40,000 pesos	Hijas	2	Si (1)	No
Carrie	51 años	Heterosexual	Unión Libre / Divorciada	Hombre	Maestría	Empleada de gobierno	Entre 30,000 y 40,000 pesos	Pareja	No	No	No
Teresa	23 años	Heterosexual	Soltera (con pareja)	Hombre	Licenciatura	Gestora cultural	Entre 10,000 y 15,000 pesos	Amiga (Roomie)	No	No	No
Nacif	40 años	Heterosexual	Casada	Hombre	Maestría	General Manager	Más de 40,000 pesos	Esposo e hijo	1	No	Histerectomía radical con radio y quimioterapia
Ariel	23 años	Bisexual	Soltera (con pareja)	Hombre	Licenciatura	Estudiante	Menos de 10,000 pesos	Padres y Hermana	No	No	No
Pamela	29 años	Heterosexual	Comprometida	Hombre	Maestría (Estudiando el Doctorado)	Maestra	Más de 40,000 pesos	Pareja	No	No	Reducción de mama en dos ocasiones
Carolina	24 años	Heterosexual/ Bisexual/ Confundida	Soltera	N/A	Licenciatura	Bailarina en una compañía de danza y artista independiente	Entre 10,000 y 15,000 pesos	Padres	No	No	Si (No comentario)
Klara	25 años	Bisexual	Soltera	N/A	Licenciatura	Estudiante	Más de 40,000 pesos	Padres y Hermana	No	No	No
Gardenia	25 años	Heterosexual	Soltera	N/A	Licenciatura (Estudiando la Maestría)	Maestra	Entre 25,000 y 30,000 pesos	Padres	No	No	No

2.3.2 Métodos y herramientas de investigación

El trabajo de campo se llevó a cabo con métodos de investigación cualitativos. Esta metodología conlleva una serie de cualidades que han estado presentes a lo largo de toda la investigación, desde la elección del objeto de estudio hasta la redacción de la tesis, bajo el entendimiento de que “investigar cualitativamente implica pensar cualitativamente, entender que el dato piensa, que el dato cambia y nunca es constante, que es parte del entorno, de la vida, del pensamiento” (Mejía, 2010 p. 246). Considero que esta metodología es adecuada

para responder mi pregunta de investigación por las siguientes características: la investigación es inductiva, es decir, parte de lo empírico; el pensamiento cualitativo es de carácter humanista y holístico, lo cual significa que reconoce el contexto y los sujetos de estudio como un todo atravesado por varios fenómenos como, por ejemplo, el género; una investigadora con pensamiento cualitativo es sensible a los efectos que ella misma causa sobre su proyecto; la metodología cualitativa es hermenéutica, es decir, se trata de comprender a las personas dentro del marco de ellas mismas (conocimiento situado); finalmente, reconoce que todas las perspectivas dentro de un campo social son valiosas y todas las personas son dignas de estudio (Álvarez-Gayou, 2003).

Como primera técnica cualitativa para responder mis preguntas de investigación, decidí hacer uso de las entrevistas semiestructuradas, entendidas como “reiterados encuentros cara a cara entre el investigador y los informantes [...] dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto a sus vidas, experiencias o situaciones, tal como las expresan en sus propias palabras” (Taylor & Bogdan, 1996, p. 101). Utilicé esta técnica bajo el entendido de que las entrevistas semiestructuradas se enfocan en una temática específica (en el caso de mi proyecto es el placer sexual y el género) y me permiten planear con anticipación las preguntas que quiera realizar a las entrevistadas, pero me brindan la flexibilidad de poder adaptar mis cuestionamientos según las respuestas que vaya obteniendo. Además, el hecho de que este tipo de entrevistas sigan el modelo de una conversación entre iguales genera un diálogo más natural, lo que me ayudó en la generación de vínculos de confianza con las mujeres que colaboraron en mi proyecto. Por si fuera poco, el uso de las entrevistas semiestructuradas para la investigación cualitativa es particularmente pertinente cuando el proyecto tiene ciertas características, entre las cuales mi estudio conlleva las siguientes: la investigadora quiere esclarecer aspectos de la experiencia subjetiva (mi proyecto busca analizar cómo las experiencias del placer sexual femenino construyen género o, viceversa, cómo el género construye estas experiencias), la investigadora tiene limitaciones de tiempo (esta investigación se enmarca en el programa de la maestría que dura dos años) y las personas no son accesibles de otro modo (la pandemia sanitaria ha limitado significativamente otras maneras de acceso a mis sujetos de estudio).

Sin embargo, esta técnica también conlleva una serie de limitaciones que tienen que ser tomadas en cuenta: cabe la posibilidad de que haya distorsiones entre lo que las entrevistadas me dicen que hacen y lo que hacen, la investigadora puede pasar por alto datos contextuales de las entrevistadas que sean de relevancia y los relatos orales están mediados por la subjetividad de la autora. Por estas razones, se reitera la importancia de llevar a cabo entrevistas a profundidad que permitan conocer a las personas más en detalle, además de que esto permite dilucidar la importancia de la subjetividad de los sujetos de estudio (Taylor & Bogdan, 1996).

De esta manera, comencé el trabajo de campo con una serie de entrevistas exploratorias que se llevaron a cabo durante el mes de diciembre del 2020. Mi primer guion de entrevista se enfocaba en identificar cómo los sujetos de estudio expresan o fingen su placer sexual, sin embargo, estas primeras entrevistas me permitieron entender que la manera en la cual estas mujeres significaban el placer sexual era mucho más compleja que la dicotomía “real o fingido” que había planteado en mi adelanto de investigación. Además, había comenzado mi exploración con el prejuicio de que, al ser un tema íntimo, no querrían compartir mucha información conmigo. Por el contrario, las entrevistadas se mostraron muy entusiastas de participar en el proyecto y compartieron sus experiencias conmigo de manera locuaz. Gracias a este ejercicio pude continuar delimitando el tema de estudio y las preguntas de investigación, además de tomar en cuenta ciertas interrogantes que había evadido en un principio. Posteriormente, el resto del trabajo de campo se realizó durante los meses de junio a agosto del 2021, periodo correspondiente al descanso de verano de la maestría. En este periodo se llevaron a cabo un total de veintidós entrevistas con catorce sujetos de estudio.

Recapitulando de manera breve la experiencia de este periodo, ahora entiendo que con las primeras entrevistas estaba muy apegada al guion de preguntas que desarrollé a lo largo de los dos semestres anteriores. A pesar de que esta estructura me brindó cierta información interesante para mi proyecto y me permitía tener un cierto control sobre la duración de las entrevistas (en promedio eran de una hora y media), durante la revisión de los audios y transcripciones pude percatarme de que ciertas respuestas parecían de orden genérico por parte de las entrevistadas, además de que, al seguir el guion, la entrevista se

acercaba más a ser estructurada en lugar de semiestructurada como pretendía. Aunado a esto, mi directora de tesis, cuyo acompañamiento durante el trabajo de campo fue esencial, me hizo notar que en varias ocasiones las entrevistadas se abrían a la oportunidad de tener un diálogo más informal al poner en la mesa sus experiencias y opiniones propias sobre el tema y que yo, sin el afán de hacerlo, las volvía a encasillar a las preguntas preparadas. Con esto en mente y considerando que el proyecto pretende conocer las significaciones del placer sexual a partir de las experiencias de las colaboradoras, comencé a escuchar con más atención a las entrevistadas para darle seguimiento a las historias que ellas quisieran compartir conmigo. Así, al alejarme del guion, pude mejorar el vínculo de confianza con las entrevistadas quienes comentaron sentirse menos “tensas” con el formato más libre y obtuve diálogos mucho más ricos en cuanto a las experiencias subjetivas de las mujeres, su sexualidad y su placer sexual; inclusive, aunque el promedio de duración de las entrevistas se extendió a dos horas, la conversación era más amena y natural.

En cuanto a las entrevistas, es relevante mencionar que por razones de la contingencia sanitaria se llevaron a cabo a través de plataformas VoIP¹² (se utilizó Zoom de manera exclusiva al ser la única plataforma que todas las entrevistadas tenían y sabían utilizar) que replican la comunicación cara a cara de manera sincrónica. A pesar de que esta manera de conducir las entrevistas surgió de la necesidad por la pandemia sanitaria, el uso de estas herramientas conlleva una serie de beneficios y obstáculos que son importantes mencionar. Para empezar, Zoom me permite tener una comunicación simultánea con video lo que me permite poner atención en el lenguaje corporal de los sujetos de estudio y no limita mi capacidad de generar *rapport*. Es una herramienta conveniente en cuanto a la eficacia del tiempo y de costo, ya que se elimina el traslado a un lugar físico por lo que es más fácil encontrar espacio para estas entrevistas en el horario general de las personas; además, las plataformas son bastante intuitivas en su uso por lo que no intimidan a personas que no tengan familiaridad con esta tecnología. Sin embargo, tuve en cuenta que al realizar las

¹² Voz sobre protocolo de internet o voz por protocolo de internet, de las siglas en inglés “Voice over IP”. Hace referencia a los programas que hacen uso de una serie de recursos que hacen posible que la voz (y recientemente el video) viajen a través del Internet y lleguen al destinatario de manera sincrónica. Se distinguen de otro tipo de mensajerías asincrónicas como el correo.

entrevistas de este modo siempre se está vulnerable a sufrir fallas técnicas a causa de la misma plataforma o por factores externos como el internet, la luz o el espacio “inadecuado” para llevar a cabo una entrevista. A pesar de esto, se ha encontrado que la experiencia de solucionar los problemas técnicos en equipo es beneficioso para el *rapport* de la entrevistada y la entrevistadora (Archibald, Ambagtsheer, Casey, & Lawless, 2019).

En general, puedo afirmar que el uso de Zoom fue satisfactorio al momento de realizar las entrevistas. Aunado a la explicación anterior, esta herramienta me permitió realizar la recolección de datos durante un periodo en el que mi movilidad se vio comprometida por una operación de columna que tuve al inicio del mes de junio del 2021; inclusive, las primeras entrevistas las pude llevar a cabo desde mi cama durante los primeros días de recuperación. Ya que el trabajo de campo tuvo lugar un año después del comienzo de la pandemia, todas las entrevistadas estaban familiarizadas con el uso de plataformas VoIP puesto que en sus respectivos trabajos y escuelas se adaptó su cotidianidad a los espacios digitales para evitar contagios de Covid-19. Todas las entrevistadas tomaron la entrevista en sus respectivas casas en un espacio aislado de las áreas comunes donde se encontraban otras personas; sin embargo, en muchas ocasiones el diálogo se interrumpía por un tercero que entraba a la recámara, por una mascota, por el timbre de la puerta u otra razón, aunque no de manera significativa para que afectara la fluidez de la discusión. En cuanto a la calidad de las llamadas, la mayoría sucedió sin percances; no obstante, hubo algunas entrevistas que tuvieron pausas largas en donde esperamos que la señal de internet se regulara o que alguna de las dos cambiara de conexión Wifi, en estas ocasiones apagamos la cámara para no sobrecargar el Zoom. Aunado a esto, hubo una llamada en particular que se tuvo que interrumpir por completo y retomar unos días después ya que la entrevistada perdió totalmente el internet porque en su fraccionamiento estaban haciendo arreglos que necesitaban que se cortara la luz, imprevisto que no había contemplado. A pesar de estos obstáculos, considero que la calidad de las entrevistas fue satisfactoria y me permitirán continuar mi investigación sin percances. Cabe aclarar que no grabé las entrevistas directamente desde las aplicaciones puesto que solo me interesó guardar los audios y trabajar con los archivos de audio/video hubiera sido muy difícil para mi computadora. Por ende,

grabé las entrevistas con una grabadora de mano *Olympus* modelo WS-801 que coloqué encima de una bocina externa a mi laptop, lo que me permitió obtener un audio claro y fuerte para el proceso de transcripción. Un elemento que ayudó para obtener un mejor audio fue que las entrevistadas utilizaran audífonos con micrófono, lo que eliminaba un poco del ruido de fondo que pudiera haber en la llamada.

Adicionalmente, durante las exploraciones del campo y reflexionando sobre técnicas de recolección creativas que me permitieran llevar a cabo mi investigación, desarrollé la idea de crear un blog. El uso de esta técnica conlleva aspectos éticos a considerar ya que la manera en la que se trate el espacio virtual tiene un peso en el material empírico recopilado (Beaulieu y Estalella, 2011). Con esta técnica, el tipo de material producido en el blog puede ser comparado al de un documento personal y trabajar con este tipo de documentos significa una constante negociación de subjetividades entre el investigador y la persona cuya narrativa se utiliza en el estudio. Es decir, el posicionamiento del investigador frente al testimonio puede influenciar su análisis y es importante tomarlo en cuenta para evitar la normalización o romantización de las narrativas. Además, en investigaciones empíricas sobre comunicación digital y género se ha encontrado que las mujeres tienen más facilidad de explayarse al escrito, sobre la comunicación oral, y cuando es de manera anónima (Adrianson, 2001).

A pesar de estos presupuestos, durante el trabajo de campo no hubo una gran cantidad de publicaciones ni interacciones (comentarios) en el blog, por lo tanto, esta herramienta no se utilizó para recopilar datos. Algo que me parece interesante es el hecho de que todas las participantes mencionaron que les entusiasmaba la creación de un espacio en el que pudieran compartir sus experiencias y reflexiones sobre su sexualidad de manera segura y sin prejuicios. De hecho, la mayoría de las participantes me escribieron de manera privada para agradecerme el permitirles escribir en la plataforma, lo hicieran o no. Muchas de las entrevistadas mencionaron que, aunque el blog les atraía bastante, sentían no tener el tiempo suficiente para participar en él, lo que explicaría porque el número de visitas y lecturas fue tan alto considerando la cantidad de participaciones. Aquí presento un ejemplo de las pocas publicaciones que se compartieron en este espacio virtual:

Sobre la sororidad

Aplaudo y agradezco la invitación a este espacio. Es muy importante que dejemos de lado la competencia, los prejuicios y los tabúes que nos ha impuesto la sociedad y que nos impide compartir entre mujeres nuestras experiencias sin juzgar ni sentirnos juzgadas. Que en este espacio sororo aprendamos a deconstruirnos y a experimentar nuestra sexualidad sin culpas ni remordimientos. Yo he transitado ya por ese camino desde la universidad y ha sido difícil, pero sobre todo muy divertido. Disfrutar de mi sexualidad me ha permitido conocerme mejor. Un abrazo a todas

2.3.3 Ejercicio de reflexividad: mi posicionamiento como investigadora

Es importante cuestionar la serie de prejuicios personales y profesionales que inevitablemente sesgaron la manera en la que se construyó mi objeto de estudio: el placer sexual. Primero, me parece importante comentar que a lo largo de los años mi manera de significar la sexualidad ha cambiado. Sería mentira negar el hecho de que por una buena parte de mi vida relacionaba el tener relaciones sexuales con tener una relación afectiva en pareja, pensando sobre todo en las características que surgen del mito del amor romántico. Con esto en mente, suponía que, si hay amor en una relación sexo-afectiva, el placer sexual siempre estaría presente durante un encuentro sexual. Esta manera de pensar en la sexualidad y el placer sexual se confirmaba por buena parte del entretenimiento que consumía (y consumo hasta el día de hoy): series, películas, libros, novelas gráficas, entre otros. De hecho, me parece que esta manera de relacionar lo sexual con lo afectivo y, específicamente, con lo romántico está presente en mi investigación, desde en algunas preguntas que conformaron mi guion de entrevista (*¿Crees que hay más placer sexual en encuentros con amor o sin amor?*) y más particularmente, en el segundo capítulo analítico: *El placer sexual y el mito del amor romántico*.

Con el paso del tiempo y al conocer a personas con experiencias y significaciones distintas del sexo y del amor, esta manera de pensar el tema cambió. En particular, el haber

estudiado en una preparatoria francesa, perteneciente a una cultura en donde el sexo es un tema poco tabú, tuvo un impacto importante en la manera en la que significaba la sexualidad. De hecho, durante esta época fue donde por primera vez conviví en un círculo social en el que las personas hablaban libremente de sexo y de experiencias sexuales fuera de la norma heterosexual monogámica: encuentros de una sola noche, tríos, encuentros con amigos con beneficios, orgías, uso de juguetes sexuales, entre otros. Lo que al principio resultó un “shock cultural” despertó mi curiosidad por entender más sobre la manera en la que diferentes personas significan y se relacionan con lo sexual.

Por lo mismo, fue interesante experimentar la manera en la que este entendimiento “no tradicional” del sexo se contrastaba con la manera en la que la universidad religiosa y conservadora en la que continué mis estudios trataba el mismo tema, habiendo clases en las que enfáticamente se desalentaba el uso de anticonceptivos, o en donde el placer sexual era mal visto por fomentar el tener relaciones sexuales fuera de su carácter reproductivo, por ejemplo. Irónicamente, fue en este contexto universitario en el que más aprendí y me acerqué al feminismo. Fue gracias a esto que mi curiosidad sobre el tema empezó a tener una perspectiva de género, cuestionando la manera en la que la sexualidad era significada de manera diferencial para mujeres y para hombres. Durante este periodo, también me acerqué a las reflexiones que veían al placer sexual de la mujer como un ejercicio de construcción de la mujer como sujeto sexual y no como objeto sexual. Sin embargo, como ya he mencionado y como desarrollaré más adelante, este entendimiento del placer sexual como experiencia liberadora se complejizó durante mi investigación.

Al final, mi manera de entender y significar el sexo, el amor y el placer sexual es resultado de todas estas experiencias, a momentos complementarias, a momentos contradictorias. Entonces, si bien aún hay parte de mi manera de entender la sexualidad que tiende a relacionar el sexo con la afectividad y el amor, también entiendo que el sexo puede ser experimentado (y disfrutado) fuera de estos modelos de relaciones. Para mí, el placer sexual no deja de ser una experiencia profundamente íntima (a pesar de su carácter relacional que discutiré más adelante) y puede que por eso haya elegido entrevistar a mujeres con las que de una manera u otra tenía una cierta relación de confianza ya construida: esto me facilitó

preguntarles sobre un tema que considero personal y privado. Por lo mismo, también estoy profundamente agradecida con todo lo que las entrevistadas compartieron conmigo, lo que me alentó a trabajar con sus relatos con sumo respeto. Si bien estos sesgos estuvieron acompañándome a lo largo de la realización de la tesis, el estar consciente de estos era un recordatorio constante de la parcialidad de la mirada con la que analizaba mis datos, alejándome así de interpretaciones simplistas y universalistas.

Esta reflexión personal sobre la manera en la que entiendo el placer sexual es importante porque la mirada con la que formulo el objeto de estudio y analizo mis datos en esta investigación no es una mirada pasiva. De hecho, está construida en un contexto histórico, político y socio-cultural particular que se estructura y reestructura de manera constante. Para autoras como Donna Haraway (1988), hacer reflexiones de esta naturaleza en las ciencias sociales con perspectiva feminista es importante para entender cómo el poder atraviesa las narrativas académicas y para no ignorar la contingencia histórica del conocimiento. Así, concluye que, irónicamente, en las investigaciones sociales debe de haber una admisión y una crítica de la mirada radicalmente contextualizada, es decir, del conocimiento situado, para que la mirada parcial sea objetiva. Entonces, admitir mi parcialidad en esta investigación me permite acercarme críticamente a una objetividad científica.

3. EL PLACER SEXUAL COMO EXPERIENCIA GENERALIZADA

Como he dejado entrever en las páginas precedentes a este capítulo, empecé esta investigación bajo la premisa de que el placer sexual era una experiencia meramente erógena. De hecho, mis primeros cuestionamientos planteados en el proyecto de investigación tendían a reducir el placer al orgasmo, centrando mis preguntas de investigación en entender la manera en la que las entrevistadas “fingían placer” al momento de fingir un orgasmo con sus parejas. A lo largo de la revisión de literatura, esta visión se fue transformando. Al comprender el placer sexual a través del orgasmo, comúnmente estudiado como epítome del placer, este se reduce a una experiencia física e individual que está o no presente durante un encuentro sexual. Por lo mismo, aunque un gran número de investigaciones empíricas utilizan el placer sexual como objeto de estudio, raramente se le cuestiona en sí. Este entendimiento simplista del concepto resultó contraproducente en las primeras entrevistas que realicé en donde al preguntar sobre placer sexual solo obtenía respuestas genéricas sin realmente ahondar en la manera en la que significaban esta experiencia.

Con el objetivo de entender de manera más compleja mi objeto de estudio, decidí cuestionar mis propias premisas, para así ahondar en uno de los elementos que resultan ejes para comprender el placer: la sexualidad. En páginas anteriores ya discutí la complejidad de hablar de la sexualidad al tratarse de un tema en disputa entre varias disciplinas científicas, debate al cual me sumo al discutir la importancia de analizar el tema a partir del placer sexual desde una perspectiva de género. Considero que este sutil pero esencial cambio de enfoque en mis entrevistas fue acertado. De esta manera, las narrativas de lo que mis interlocutoras consideraban sexual me permitieron abordar mi entendimiento y análisis crítico del placer a partir de las experiencias que las han llevado a reconocerse como sujetos sexuales y, por ende, como sujetos de placer sexual.

A partir de estas reflexiones, en este capítulo me guío por la siguiente pregunta: ¿cómo las mujeres entrevistadas significan el placer sexual según sus experiencias (sexuales) vividas? Me permito poner la palabra “sexuales” entre paréntesis puesto que, como expondré más adelante, la sexualidad es tan solo uno de los aspectos que influyen en la manera en la que estas mujeres significan el placer sexual a lo largo de sus vidas, siendo la manera en la

que construyen su identidad de género de especial interés para mi análisis. En primer lugar, explicaré cómo, según la interpretación que hago de los relatos de las participantes, el placer sexual no es una experiencia individual, sino relacional. Esto porque en ella influyen otros actores sociales, como la pareja, las diversas expectativas de género e inclusive el contexto temporal, emocional y espacial en el que se encuentran inmersas. Después, ahondaré sobre cómo el placer sexual no es una experiencia estática, sino que se transforma en las distintas etapas de vida de cada individuo, también influyendo en la importancia que tiene en sus vidas en distintos momentos. Por último, abordaré cómo hay una importante gestión emocional por parte de las mujeres como requerimiento para poder experimentar placer en sus relaciones sexuales, cuestionando la idea del placer sexual como natural.

Es importante recordarles a mis lectores que en estos capítulos presento mi interpretación de las narrativas que estas mujeres me compartieron, y no pretendo, en ningún momento, que mis reflexiones se entiendan como verdades totalizadoras, ni reductoras, sobre las significaciones del placer sexual de las mujeres. Mi objetivo es sumar una perspectiva analítica al debate académico que discute sobre el placer sexual y el género. A lo largo de las siguientes páginas haré uso de fragmentos de entrevistas que los sujetos de estudio me permitieron compartir; si he elegido algunos extractos sobre otros es porque a mi parecer exponen de manera locuaz el argumento que estaré desarrollando, pero esto no significa que el tema no se repita en otras de las entrevistas. Por último, mi intención con estos capítulos analíticos es alejarme de la esencialización del placer sexual como un objeto de estudio que puede ser “descubierto” ya que, como intentaré exponer en las siguientes páginas, esta investigación me ha permitido dilucidar el hecho de que el placer sexual es un concepto social, histórica y culturalmente construido que, por ende, no es estable, natural, ni estático.

3.1 El placer sexual como experiencia relacional

En esta sección analizaré cómo el placer sexual es significado como una experiencia que se construye de manera relacional con otros actores sociales (como la pareja sexual), las expectativas de género de las mujeres entrevistadas, e inclusive con el contexto en el que se

desenvuelven los encuentros sexuales. Es decir, busco cuestionar la idea reduccionista del placer sexual como una experiencia física, y meramente individual.

Durante mis entrevistas fue de utilidad empezar preguntándole a las interlocutoras sobre la manera en la que habían descubierto y experimentado su vida sexual para así poder hablar posteriormente del placer en particular. Una de las características que fue rápidamente cuestionada a partir de sus narrativas fue la del placer sexual como una experiencia individual. Esto no resulta sorprendente cuando se considera que la sexualidad, inclusive si es vivida de manera particular según la subjetividad de las personas, es en sí una experiencia que se construye de manera relacional y que está histórica, cultural y socialmente situada:

[...] en las sociedades occidentales modernas, se había conformado una “experiencia” por la que los individuos iban reconociéndose como sujetos de una “sexualidad”, abierta a dominios de conocimiento muy diversos y articulada con un sistema de reglas y restricciones [...] si entendemos por experiencia la correlación, dentro de una cultura, campos de saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad. (Foucault, p. 10, 2011).

Esta reflexión es sugerente para mi análisis porque, si lo sexual se construye a partir de una serie de “reglas y restricciones” sociales, entonces la manera en la que las mujeres entrevistadas significan el placer sexual puede estar influido por las diversas expectativas de género que acotan o cuestionan a lo largo de sus vidas. La idea de una sexualidad relacional estaba presente a lo largo de las entrevistas; de hecho, cuando los sujetos de estudio abordaban el tema de la sexualidad o de lo sexual, partían de hablar sobre sus parejas sexuales y románticas. Así, Isabel, una profesora de 51 años de edad, casada y con un hijo, lo plantea de este modo “De acuerdo a lo que yo entiendo que es sexual, no sé en realidad qué sea sexual, a final de cuentas, ahí creo que va a haber siempre un “¿qué es una persona sexual?”. Yo creo que son emociones y sensaciones en una relación de pareja.” (Isabel, heterosexual, 51 años, julio 2021). Esta manera de plantear la sexualidad como una experiencia que se vive en relación con otra persona es interesante porque da pie a analizar la manera en la cual el tipo de relación de pareja y las expectativas sociales de dicho modelo tienen una influencia directa en la experiencia y significación de la sexualidad y del placer. De hecho, en el siguiente capítulo abordaré en detalle cómo el mito del amor romántico –que se ha vuelto normativo en las sociedades occidentales– afecta la manera en la que se construye una

relación con la pareja sexual; fenómeno que, a su vez, influye en la manera en la que se significa el placer sexual.

De manera similar, cuando las mujeres entrevistadas hablaban del placer sexual, pocas veces se describía a éste como una experiencia meramente individual. Si bien no se negaba el carácter físico del placer como una estimulación corporal, cuando éste se llega a vivir de manera individual en prácticas como la masturbación, se le describe como una experiencia “superficial” o de “relajación” que no es tan placentera como cuando se vive acompañada de una pareja. De hecho, cuando le pregunté a Isabel si alguna vez le había preocupado no sentir placer sexual en su relación, me respondió que para ella eso ya no era un problema porque consideraba que el placer sexual estaba fuertemente ligado a su vida y relación de pareja:

No, yo creo que ahora, para mí, el placer sexual ya viene completamente asociado a una situación de pareja, definitivamente. Bueno, yo sola, suponte una masturbación: yo sé que en una masturbación voy a sentir placer porque lo voy a sentir, yo voy a ver cómo le hago. En una relación con la pareja, no me preocupa no sentir placer, [...] Cuando tenemos alguna relación, el placer no es nada más en la pura relación, así con pareja, no únicamente en la relación sexual. A veces estamos hasta acostados y sientes placer de estar con tu pareja, eso es un placer sexual. Yo creo que el placer no es nada más llegar a un orgasmo, vienen muchas cosas antes que ya son placenteras y no me preocupa en una relación, por ejemplo, ya en un acto sexual, no me preocupa no sentir placer o a veces estar cansada o simplemente no lo asocio nada más a cansada, porque hay veces que igual y la respuesta del organismo, la respuesta sexual, no te permite sentirlo, pero no, no me preocupa. Eso sí no me agobia. (Isabel, heterosexual, 51 años, julio 2021)

En este fragmento de su entrevista, Isabel enfatiza en el hecho de que para ella el placer sexual está fuertemente ligado a una relación en pareja. En este sentido, incluso al no tener una estimulación erógena, el simple hecho de estar con su esposo le resulta placentero. También, con esta cita, vale la pena mencionar que en varias ocasiones se mencionaba al placer como un sinónimo de una experiencia buena o una experiencia “placentera” afectiva o emocionalmente, más allá de la existencia de una estimulación física que llegue al orgasmo.

Asimismo, es interesante como otras entrevistadas con experiencias de vida distintas hablan de la necesidad de una “conexión” para sentir placer en un encuentro sexual. Entre ellas, se encuentra Gardenia, una profesora, soltera, heterosexual, de 25 años de edad. Ella habla de disfrutar encuentros sexuales casuales con personas con las que no pretende tener

un vínculo afectivo-romántico; sin embargo, habla de la necesidad de “conectar” con alguien para poder sentir placer, razón por la cual no ha tenido el interés de utilizar juguetes sexuales durante la masturbación:

Creo que lo más padre, para mí, es compartir con alguien. Es ir por helado con alguien que le guste tanto el helado como tú y que le guste el mismo sabor de helado que tú y se lo coma y lo compartan al mismo tiempo y volteas a ver y decir: "Güey, no mames, qué rico" y saber que la otra persona está viviendo lo mismo que tú, al mismo tiempo, algo completamente positivo y que de alguna manera tiene que ver con tu compañía y le va a meter algo con su compañía y con lo que están haciendo, lo que están compartiendo, pero es algo igual de positivo para los dos y le está pasando al mismo tiempo. A lo mejor, creo que por eso yo no soy tan fan, y creo que ni siquiera, bueno, sí una vez sí lo exploré y no me gustó, los juguetes sexuales. O sea, como un vibrador o un succionador, creo que a mí... No me molestan, lo entiendo perfecto, pues se siente algo, para eso es, pero a mí lo que me encanta, lo que a mí me hace falta es eso, que ahí sí me gusta el espejeo en otra persona. El ver a la otra persona igual de feliz, igual de que se está viniendo igual que yo, ¿entiendes? Como que me gusta el contacto humano en ese sentido. (Gardenia, 25 años, heterosexual, julio 2021).

El describir el placer como algo compartido y que es “igual de positivo para los dos y le está pasando al mismo tiempo” permite vislumbrar el carácter inherentemente social del placer: más allá de sus elementos erógenos-biológicos o del modelo de relación que se construya con la pareja sexual, lo disfrutable del encuentro sexual es el hecho de que está siendo compartido con alguien de manera sincrónica: “se está viniendo igual que yo” (Gardenia, 25 años, heterosexual, julio 2021). Esto se refuerza aún más cuando explica que los juguetes sexuales, si bien generan reacciones y sensaciones en el cuerpo, no le permiten disfrutar de “coger” como cuando conecta con otra persona. Similarmente, en el caso de Isabel, ella enfatiza la manera en la que el placer está ligado a la relación con su esposo: “sientes placer de estar con tu pareja, eso es un placer sexual” (Isabel, heterosexual, 51 años, julio 2021). Esta manera de narrar el placer sexual, me permite plantear que esta experiencia está estructurada por la dimensión afectiva.

Además, es importante mencionar que el placer se expresa como una experiencia distinta dependiendo del tipo de relación que se tiene con la pareja sexual; es decir, se plantea una diferencia entre los encuentros sexuales con parejas formales (novios, prometidos, esposos, etc.), y aquellos con parejas casuales (amigos con beneficios, *one-night stands*¹³,

¹³ Esta descripción en inglés hace referencia a los encuentros sexuales casuales de una sola noche.

etc.). Por ejemplo, Samantha es una profesora y periodista de 39 años que se considera una persona muy liberal sexualmente hablando, y expresa esta característica de la siguiente manera:

Helena: ¿Y qué te gusta más: el sexo así casual *one-night stand* o en una relación?

Samantha: Híjole, es que creo que ahorita te voy a decir que sí en una relación [ríe]. No, pero sí, es que sí tiene algo... A ver, el casual, lo que tiene chido es que sí te quitas las ganas [...] Ya pensando todo esto que dices: "Bueno, repito una vez más y ya, porque estuvo bueno y a ver si vuelve a estar bueno y ya después me buscaré otro amante" y que tienes toda esta adrenalina, pero ya el sexo en pareja, aunque a lo mejor no tenga toda esa adrenalina, sí te da la parte buena la zona de confort. Es sentir que tienes un refugio en esa persona y que eso con un extraño no lo vas a tener a menos que sea un cuate, un cuate con el cual, los dos muy abiertos, entiendas que eso es sexo casual y que tampoco puedes meterte con un cuate en sexo casual más de dos veces porque si no también empiezan ahí problemas, pero sí es difícil que una cuestión de sexo casual te pueda dar ese sentimiento de refugio. Eso es lo que sí cambia con la pareja. Eso es lo que hace diferente el amor del sexo también. Sí, pues la adrenalina es la adrenalina, pero no te va a dar refugio [ríe]. (Samantha, 39 años, bisexual, julio 2021).

La idea de un placer sexual “diferente” según el modelo de relación que se tiene con la pareja sexual es interesante porque invita a pensar el placer sexual como una experiencia que no es única ni constante a lo largo de la vida de las mujeres entrevistadas, argumento que retomaré más adelante cuando ahonde en la relación entre el placer sexual y el contexto en el que se tiene un encuentro sexual. En el caso de Samantha, como en el de otras entrevistadas, si bien hacen una distinción entre el placer sexual según el tipo de relación que tienen con su pareja sexual, no habla de que una experiencia fuera mejor que otra, inclusive si comenta que en este momento de su vida disfruta más el tipo de placer sexual que tiene con su pareja formal actual. Es decir, es importante considerar que el tipo de relación en la que las participantes se encuentran en el periodo en el que se realizó la entrevista puede influir en la manera en la que hablan y significan el placer sexual. Como se puede leer en su entrevista, hay un énfasis en la manera en la cual una pareja estable no solo brinda placer físico al encuentro sexual, sino un sentimiento de confort y de “refugio” o seguridad, lo cual vuelve a evidenciar la importancia de lo afectivo para el placer sexual. No obstante, esto se puede matizar con la manera en la que la misma entrevistada habla del disfrute de tener relaciones sexuales con una persona desconocida por la “adrenalina de la novedad”¹⁴.

¹⁴ Este argumento abre a discusión un elemento que desarrollaré más adelante en este capítulo: la significación del placer sexual no es constante, sino que se transforma.

Hasta el momento, he explicado cómo para las mujeres entrevistadas el placer sexual está directamente ligado a la pareja sexual (sin importar el tipo de relación que se mantenga) con la que se tiene un encuentro. Si bien se mencionan los elementos físicos-erógenos del placer, ciertas experiencias afectivas o de “conexión” con la pareja sexual son centrales para que un encuentro se considere placentero. Dicha conexión cambia según la experiencia y las expectativas de las mujeres entrevistadas: algunas hablan del amor que sienten con su pareja formal, el respeto por la otra persona, la amistad con una pareja casual, entre otros; es decir, en muchas ocasiones se habla del sexo como una actividad placentera porque se está viviendo sincrónicamente con otras personas. Más adelante, abordaré cómo estas emociones hacia la pareja sexual están fuertemente ligadas a la intimidad, entendiéndose para las entrevistadas como un espacio (no necesariamente físico) en el que son capaces de sentirse seguras y cómodas para vulnerarse ante la otra persona.

3.2 El placer sexual en relación con el género y el contexto vivido

Asimismo, tomando en cuenta que la significación del placer sexual no es una experiencia individual sino relacional que puede variar según el tipo de relación que se tenga con la pareja sexual, se puede argumentar que el placer sexual de las mujeres es una experiencia que está influida por ciertas normas y expectativas de género. De hecho, investigadoras como Ana Amuchástegui apuntan a que a lo largo de la historia, las distintas sociedades y culturas se han ocupado de controlar la sexualidad femenina por su capacidad reproductora y una de las formas en las que se ha logrado dicho control es a través del placer sexual: “Una de las principales estrategias para el control de la sexualidad femenina es la construcción cultural de significados relacionados con el cuerpo femenino y sus capacidades reproductivas, mediante la generación de su acceso al placer y a la actividad sexuales” (Amuchástegui, p. 323, 2001). Entonces, el placer se puede pensar como una experiencia influenciada por elementos socio-culturales y atravesada por ejercicios del poder.

Esta es una característica del placer sexual interesante, porque cuestiona la idea del placer sexual como una experiencia meramente liberadora para las personas. La segunda ola del feminismo se acompañó de una reconceptualización de lo sexual como político por lo

que los encuentros sexuales placenteros (descritos como aquellos en los que todos los participantes lograban un orgasmo) se pensaban como una práctica de autonomía e igualdad para las mujeres (Illouz, 2013). Esta es una idea que aún hoy en día tiene peso en la conceptualización del placer sexual femenino. Autoras feministas como Katherine Rowland argumentan que el placer sexual es una experiencia afectada por la desigualdad entre los géneros puesto que entre parejas heterosexuales el placer sexual de los hombres se busca por sobre el de las mujeres. En su obra, *The pleasure gap. American women and the unfinished sexual revolution* (2020), la investigadora norteamericana argumenta que el placer sexual es una experiencia poco normalizada para las mujeres pero que, cuando la obtienen, tiene un efecto liberador contra ciertas desigualdades de género tanto en sus espacios íntimos como sociales. En primer lugar, la idea del placer sexual como un objeto que se puede “obtener” contrasta con la manera en la que planteo el placer sexual como una experiencia compleja que no se puede asumir como estable o constante. Además, las conclusiones a las que he llegado con esta investigación invitan a pensar el placer sexual como una experiencia estructurada a partir de discursos sociales y expectativas de género, de ahí que no pueda pensarse simplemente como liberadora.

Asimismo, a lo largo de las entrevistas surgió el tema de cómo ciertas expectativas de género habían influenciado la manera en la que las mujeres participantes han experimentado su sexualidad a lo largo de sus vidas. En general, en todas las entrevistas se habló de la virginidad, o la pérdida de esta, como un parteaguas en la historia sexual. Así, en muchas ocasiones se alude al sentimiento de culpa en las mujeres que tuvieron relaciones sexuales extramaritales, quienes hablan de haber tenido la sensación de haber hecho algo “malo” o del miedo a la “muerte social, la muerte civil” en el caso de que otras personas se llegaran a enterar de que tenían una vida sexual activa antes de casarse (Carrie, 51 años, heterosexual, junio 2020). Esto es interesante porque, como explica Amuchástegui en su investigación *Virginidad e iniciación sexual, experiencias y significados* (2001), la virginidad es una noción cargada de moralidad que marca el acceso al placer y a las actividades sexuales para las personas, especialmente para las mujeres.

Un caso que es particularmente interesante es el de Teresa, una mujer heterosexual de 23 años de edad que labora como gestora cultural y quien es la única de las entrevistadas

que se describe como una mujer virgen. Desde el inicio de su entrevista, Teresa explicitó que la religión era muy importante para ella puesto que había crecido bajo la moral católica infundida por su familia, su educación y sus círculos sociales en general. No obstante, me explicó que cuando se mudó de Ciudad Juárez a la Ciudad de México para estudiar la licenciatura, muchas de sus ideologías se vieron cuestionadas por el distinto contexto socio-cultural de la universidad. En particular mencionó cómo acercarse a la teoría feminista la hizo cuestionarse la manera en la que se entendía como sujeto sexual. Una de las maneras con las que pudo negociar tanto sus creencias religiosas con los nuevos discursos a los que se adscribía fue a través de la Teología del Cuerpo, un estudio de las enseñanzas de Juan Pablo II en las que se aborda el amor, la relación de pareja y la sexualidad en el mundo contemporáneo, por lo que se considera más “laxa” que otras visiones católicas de la sexualidad.

El diálogo entre dos discursos con visiones contrastantes sobre la sexualidad, llevaron a Teresa a experimentar el placer sexual de manera compleja. Si bien Teresa se mantiene firme en su deseo de mantenerse virgen hasta el matrimonio, también admite que le resulta importante explorar su sexualidad y su placer sexual junto con su pareja formal. La manera en la que negoció estos deseos fue a través de la imposición de “líneas” o límites de lo que puede hacer durante un encuentro sexual. Por ejemplo, el permitir que su pareja la toque eróticamente solamente de la cintura para arriba:

La parte de la virginidad o de una entrega total, la penetración, toda esa parte para mí representa una cosa demasiado... no sagrada, porque lo sagrado no lo puedes ni tocar, pero sí especial e importante y también es como una parte esencial en mí, de mi psique, yo diría, y de mi cultura y de muchas cosas y es algo que yo he decidido conservar. Entonces, para mí es importante mantener clara la línea para no irrumpir eso. Sobre todo porque, desde mi punto de vista, pues obvio en el matrimonio la cosa se vuelve mucho más completa. Entonces está esta parte de la entrega total, al final de cuentas es una encarnación de los votos matrimoniales, para mí ese momento en específico... puta, o sea, por eso para mí es tan importante la línea. Aunque a veces se me pase la mano y diga: "Pérate". También sé que es parte del camino y parte de un poco de la lucha, hablando de mochos, como siempre retomar el camino, porque nadie es de hule. (Teresa, 23 años, heterosexual, septiembre 2021).

Con esta cita se puede vislumbrar la manera en la cual la noción de la virginidad está fuertemente ligada al concepto de matrimonio que ha aprendido a través de la moral católica, una ideología que es importante conservar para ella inclusive si la cuestiona, como se ve cuando se niega a denominarla como “sagrada”. Así, para Teresa el placer sexual es una

experiencia que tiene que mantenerse dentro de sus líneas para que realmente se considere placentera. De hecho, explicó que en una ocasión ella y su novio “cruzaron la línea” cuando la tocó debajo de la cintura pero que, inclusive si sintió placer por haber sido tocada erógenamente, no pudo disfrutar de la experiencia al sentir que “abusó del éxtasis”, lo que la hizo sentir culpable.

Helena: Entonces esas líneas tú las decides, ¿pero con base en qué?

Teresa: Yo, en mi mente, lo entiendo como entrega y así. Pues ya más "iglesiamente" hablando, de repente el solamente buscar placer eso es solamente... es como al final terminar usando a la persona para obtener el fin, que es el placer. Ahí es donde se pone *tricky* la cosa. Teóricamente ya a partir del matrimonio, cuando ya se es un poco más libre al respeto, no hay un freno de: "Ay, pues sólo placer y ya", porque ya hay una entrega completa. Entonces ya no estás usando a la persona solamente por el placer. (Teresa, 23 años, heterosexual, septiembre 2021).

En su entendimiento, el éxtasis es un punto de excitación muy alto en el que la relación afectiva con la pareja se pierde al solo haber placer “físico”. Irónicamente, para Teresa es en este punto de “éxtasis” en el que el placer sexual ya no es placentero porque se pierde la conexión con su pareja, lo cual no pasaría en una relación de matrimonio donde la entrega total hacia la otra persona evita que se le utilice para un encuentro sexual meramente físico. La entrevista de Teresa evidencia la manera en la que el placer sexual es una experiencia que no puede ser entendida como unidimensional ya que la atraviesan emociones, como la culpa o el miedo, que surgen a partir de expectativas de género de los discursos sociales con los que las mujeres negocian a lo largo de sus vidas. Es decir, el placer sexual se vive de forma compleja, atado a emociones “no placenteras”. Esto es interesante porque cuestiona el entendimiento del placer sexual como “un todo” que se pueda describir de manera clara y estable; además, nos hace pensar hasta qué punto se puede simplificar el entendimiento de ciertas experiencias como “buenas” o “malas”, “limitadoras” o “liberadoras”.

Adicionalmente, otra de las expectativas de género a las que más se hizo alusión a lo largo de las entrevistas fue a la de la maternidad. Una de las maneras en las que más se le refirió fue a través del miedo a quedar embarazadas en un momento que no consideraran oportuno en sus vidas. La relación entre el miedo al embarazo y el placer sexual fue un tema recurrente en la entrevista de Catalina, una mujer divorciada de 51 años de edad con dos hijas y que trabaja como empleada a nivel directivo. Catalina narra que para ella fue muy

importante tener sus primeros encuentros sexuales una vez que estuvo casada porque, inclusive si estuvo en una relación formal con su exesposo varios años antes de casarse (empezaron a salir desde sus quince años de edad y se casaron a sus treinta y tres años de edad), sentía mucha presión familiar por no embarazarse a una edad temprana como sus hermanas mayores, quienes fueron madres adolescentes. Para ella, el ser madre adolescente fue un obstáculo que no les permitió a sus hermanas el desarrollarse profesionalmente.

Mi idea de "sexualidad" estaba conectada...totalmente desasociada del placer y más conectada al tema del embarazo y al "ya la regaste" y el "hasta ahí, se acabó tu vida" [...] Yo tenía mucha presión social, yo no quería tener relaciones en ese momento. Yo asociaba mucho la parte de "Ah, no, si tengo relaciones me voy a embarazar". O ya me sentía como mal, como sucia, y como...mis hermanas, si te dije...en la entrevista pasada que mis hermanas, las mayores, todas, habían salido embarazadas. Entonces yo ya decía: "No, yo no le puedo hacer eso a mis papás". Entonces de alguna manera tenía como toda esta idea en la mente: " Yo tengo que hacer la diferencia" ¿No? Como que ya me dieron chance de estudiar y eso, no puedo salirles con una historia ¿no? (Catalina, 51 años, heterosexual, septiembre 2021)

De hecho, después comentó que su reticencia hacia no tener relaciones sexuales extramatrimoniales significó un obstáculo en la relación con su marido, quien, antes de casarse con ella, terminó su noviazgo y tuvo otra relación con una mujer con la que tuvo una hija. Años después Catalina comentó que, una vez casados, comenzó a explorar su sexualidad junto con su esposo quien, en sus palabras, fue quien "la guiaba" en sus primeros encuentros sexuales dado a que él tenía más experiencia. Durante la entrevista, comentó que si bien disfrutó toda la relación sexual que compartió con su marido, el periodo en el que más sintió placer fue durante el embarazo porque por primera vez en su vida ya no tenía miedo de embarazarse en una etapa de su vida no adecuada:

Nuestra sexualidad durante el embarazo fue espectacular. O sea, yo creo que mi período donde yo más me realicé fue estando embarazada. El sexo fue 'lo máximo' estando embarazada. [...] Pues porque yo me sentía muy libre, porque ya sabía, ya estaba embarazada. Entonces ya no sentía esta presión de "chin, no quiero quedar embarazada ahorita" Y ahí, ya estaba embarazada, ¿no? Y, además, te suben... este tema de las hormonas... te sube cañón. Creo que no soy la única que te podrá platicar eso. (Catalina, 51 años, heterosexual, septiembre 2021)

Si bien Catalina habla de las hormonas como un factor que influyó en el disfrute de su vida sexual durante en el embarazo, ella enfatiza en la libertad que sentía al no tener miedo de un embarazo no deseado y cómo esto le permitió tener una vida sexual sumamente placentera. En ese sentido, argumentaría que el cumplimiento de la maternidad en condiciones

socialmente aceptables (siendo adulta, estando casada, siendo económicamente independiente, entre otros) resultó en que pudiese experimentar placer sexual.

Esta es una entrevista que ilustra la manera en la que las expectativas de género no son coherentes: si bien se esperaba que en algún momento de su vida fuera madre, también necesitaba ser exitosa profesionalmente, meta que se podía ver obstaculizada por la maternidad. De hecho, Arlie Hochschild explica que para las mujeres pertenecientes a la clase socio-económica media-alta, clase a la cual Catalina pertenece, el estatus de la “buena mujer” requiere que se lleven a cabo de manera exitosa dos roles hiper-feminizados: el de la madre y esposa amorosa y el de la mujer de carrera glamurosa (Hochschild, 2012). Entonces, la mujer “idealmente femenina” de la clase media es aquella que puede cumplir con ambos roles de género, inclusive si parecen contradecirse a momentos. Estas expectativas de la feminidad influyeron en la manera en la que Catalina significaba el placer sexual en distintos momentos de su vida.

Con la entrevista de Catalina también es importante señalar que no solo las expectativas de género se relacionan con la manera en la que significó y experimentó su sexualidad y el placer sexual. En este caso, también se puede ver la relación entre el placer sexual y el contexto vivido, relación que cuestiona la idea de un carácter estático del placer sexual. Es decir, en las palabras de Catalina se puede vislumbrar que el placer sexual no solo se vio influenciado por ciertas emociones que acompañaban el cumplimiento de las expectativas de género que se generan en un contexto socio-cultural particular; además, el contexto de la etapa de vida en la que se encontraba fue clave en la experiencia del placer sexual. Como ya mencioné con anterioridad, el embarazo le dio libertad de experimentar placer sin la presión de embarazarse prematuramente, pero la etapa de vida en la que se encontraba fue esencial para que pudiera vivir dicha libertad al cumplir con una serie de criterios que facilitan la maternidad por venir: la adultez, el acompañamiento de un esposo, la independencia económica (tenía un trabajo estable) e inclusive el apoyo de sus familiares, incluyendo el de su hija adoptiva (la hija de su esposo) que fue compañera de crianza y cuidados de su hermana menor. A su manera, el cumplimiento de estas características es necesario para una “buena maternidad”, como explica Lagarde:

Las maternidades socialmente vividas encuentran sus determinaciones de acuerdo con el nivel de riqueza económica y social, con el acceso al bienestar privado y público, con el ámbito rural o urbano en que ocurren, con las clases sociales, los grupos de edad, la progenitura, la conyugalidad, la filiación, el parentesco, la relación laboral o el prestigio de quienes se ven involucrados en ella. (Lagarde, p. 144, p. 204).

Inclusive, entrevistadas como Isabel, a quien cito con anterioridad, explicaban que los encuentros más placenteros en los que podía pensar dependían de situaciones específicas. En su caso hablaba de los momentos en los que salía de vacaciones con su marido antes de que tuvieran a su hijo.

Isabel: Puede ser con mi marido, yo creo que, además, bajo ciertas circunstancias, ciertas condiciones. Eso sí pensaba también hace rato, en los viajes a Las Vegas. No sé si me cambio el *chip*. El hotel, o sea, toda la ambientación. No un hotel rojo, ¿verdad? No de cortinas rojas, pero quizás el contexto. Particularmente así siento que ha sido de gran placer. ¿Cómo fue la pregunta? ¿Lo más placentero? Pues, como que más comodidad, antes de que naciera [mi hijo] teníamos toda... Bueno, ya aun naciendo, pero ya con un hijo te recatas un poquito cuando estás en casa, no vaya a ser que por algo se despierte o se oiga. Así, situación muy muy, te puedo decir, sí, los viajes en Las Vegas.

Helena: Okay, ¿y crees que es por esto, por la idea de cambiar de contexto?

Isabel: Sí, porque creo yo que los dos vamos con ese *chip*, porque algún viaje a Las Vegas fue por aniversario, algún otro no, pero ya como que los asocio siempre, bueno, los asociaba cuando íbamos, ya fuimos varias veces, hace ratito que no, pero sí asociar con amor desenfrenado, con pasión desenfrenada. (Isabel, heterosexual, 51 años, julio 2021).

En este ejemplo, es interesante como el placer sexual se ve directamente influenciado por el contexto en el que se lleva a cabo el encuentro sexual. Para Isabel, encontrarse fuera de su rutina y en un lugar que asociaba con momentos apasionados con su pareja la hacía tener relaciones sexuales que le resultaban especialmente placenteras.

Aunado a esto, el contexto que tiene una influencia en las significaciones del placer sexual no solo es socio-cultural o temporal. En otras entrevistas se puede señalar la influencia del contexto espacial, por ejemplo. Varias entrevistadas, como Carrie, una empleada de gobierno de 51 años de edad, comentó que para ella es muy importante encontrarse en un lugar “bonito” y cómodo cuando tiene encuentros sexuales.

Carrie: Mira yo creo que me gustan... creo que tiendo a lo tradicional, sinceramente creo que yo no pudiera hacer de esas personas que tienen que éste que hacen el amor en los baños del museo, del avión, algo así ¿no? La verdad es que no sería cómodo para mí. Me gustan mucho, disfrutar la intimidad en mi casa, en un hotel en un espacio pues bonito, tranquilo, sereno. [...].

Helena: Okay, dices que te gustan estos como espacios bonitos. ¿Cómo lo describirías?

Carrie: Mira yo creo que en primera son seguros, o sea, yo desde empecé a vivir sola más o menos por ahí de los 25 años entonces, pues tenía, no tenía digamos necesidad de hacerlo en el coche, o de hacerlo en el cine o alguna situación medio físicamente incómoda. A mí me gustan las habitaciones bonitas, las camas *king size*, las sábanas suaves, la temperatura agradable, que haya musiquita de fondo, las velas, los aromas, las cremitas, ese tipo de cosas son las que me encantan y pues eso no se puede dar por ejemplo en un coche. (Carrie, 51 años, heterosexual, junio 2020).

El ejemplo de Carrie es interesante porque permite vislumbrar cómo el carácter corpóreo del placer sexual también está influenciado por situaciones particulares en las que los sentidos de las entrevistadas están fuertemente involucrados. En su caso, ella es clara en que no podría sentirse a gusto, y por ende no podría sentir placer, en un espacio que considerara incómodo. Si bien no desarrollaré más a fondo este punto en esta tesis por cuestiones de tiempo, esta última relación entre el contexto espacial y el placer sexual abre la posibilidad de analizar este tema desde otras perspectivas de investigación, como desde la sociología del cuerpo y las sensaciones.

Para resumir brevemente las ideas que he presentado hasta el momento, he argumentado que el placer sexual de las mujeres entrevistadas no se vive de manera individual sino relacional, directamente ligado a la pareja sexual. Después, argumenté que el placer sexual es relacional con las expectativas de género con las que negocian las entrevistadas, lo que apunta al hecho de que el placer no es una experiencia unidimensional. Esta idea sugiera que las relaciones de poder entre los géneros es una dinámica que también atraviesa y estructura aquello que las mujeres entrevistadas significan como placentero o no placentero. Por último, las narrativas de las entrevistadas señalan una relación importante entre el placer sexual y el contexto en el que se lleva a cabo el encuentro sexual. Dicho contexto, ya sea socio-cultural, temporal y hasta espacial, tiene una influencia en la manera en la que significa el placer sexual. Finalmente, cabe mencionar que la manera en la que se habla del placer sexual como una experiencia que cambia según distintas características del encuentro sexual, como el tipo de relación que se tenga con la pareja, el contexto, o la etapa de vida que se esté viviendo, apuntan a un argumento que desarrollaré a continuación: el placer sexual no es una experiencia estable, sino que se transforma.

3.3 El placer sexual: una experiencia que se transforma

Hasta el momento he cuestionado la idea del placer sexual como una experiencia individual al explicar las distintas maneras en las que las entrevistadas hablan del placer como un elemento relacional del encuentro sexual. Las narrativas de las mujeres entrevistadas que me ayudaron a explicar este primer argumento también cuestionan la idea del placer sexual como una experiencia unidimensional que se mantiene estable a lo largo de su vida sexual. Para el desarrollo del siguiente argumento es importante hablar de cómo influyeron las diferentes edades de las entrevistadas participantes de esta investigación y que varían de los 23 años a los 55 años. Para esta investigación en particular resultó más sugerente hablar de etapas de vida, e inclusive de momentos de inflexión, que de rangos de edad. Así, algunas entrevistadas con perfiles y edades diferentes comparten ciertas expectativas de género que acotan o cuestionan a lo largo de sus vidas.

También, es importante mencionar que durante la recuperación de información de las entrevistadas me percaté de que todas pertenecen a un estrato socio-económico similar, lo cual es interesante por la manera en la que la clase social también es un factor que influye en las expectativas de género que se les imponen. Esto puede ser una de las razones por las cuales, más allá de la edad, algunas entrevistadas comparten experiencias de vida (como el asistir a la universidad) y ciertas expectativas de género y de la feminidad (como el ser madre y ser exitosa profesionalmente). En este sentido, es importante recalcar que la feminidad, entendiéndose como el conjunto de normas y expectativas que hacen reconocible el género, no es estable, universalizable ni ahistórica (Connell, 2003). Por lo tanto, las expectativas de la feminidad que influyen y son influidas por las significaciones y experiencias del placer sexual tampoco son estables. Con esta idea, en esta sección argumentaré que el placer sexual es una experiencia que se transforma a lo largo de la vida de las mujeres a causa de una serie de elementos y momentos que acompañan las expectativas de género y de la feminidad que acotan a lo largo de sus vidas.

En primer lugar, es importante señalar cómo las distintas etapas de vida que han experimentado las entrevistadas tienen una influencia en la manera en la que se transforman los significados que dan al placer sexual. Retomando el ejemplo de Catalina, ella habla explícitamente de cómo el embarazo fue la etapa más sexualmente placentera de su relación

con su marido. De hecho, también comentó que una vez que su bebé nació, la maternidad la “completó” como persona y le brindó un placer que le hizo prescindir temporalmente del placer sexual:

Pues es que a mí la maternidad me llenó mucho, verla, contemplarla, saberla... o sea verla mi hija, ¿no? Todo lo que hacía me parecía maravilloso. Todo lo que descubría, todo lo que me enseñó. Todo lo que pude aprender de ella pues si me parecía increíble ¿no? Yo no podía creer que yo había dado vida. Y que tenía una hija. [...]Yo creo que para él también. [...] Pero si fue, yo creo que... sintiéndose después desplazado ¿no? Al principio lo entiendes porque los bebés te necesitan mucho. (Catalina, 51 años, heterosexual, septiembre 2021).

En la narrativa de Catalina se puede entender como para ella el placer sexual fue una experiencia que se fue transformando según distintas etapas de su vida. Como expliqué anteriormente, ella cuenta que durante el embarazo tuvo una vida sexual sumamente placentera al poder liberarse del miedo de tener un embarazo no deseado. En contraste, explica que una vez que nació su hija el placer sexual quedó relevado por el placer y la realización que sentía por la maternidad. De hecho, comentó que ella “desplazó” a su marido y a su vida sexual para atender a la niña. Así, retomar las relaciones sexuales seis meses después del nacimiento de su hija, no parecería haber sido una experiencia tan placentera como fue en el embarazo: a diferencia de cuando estaba embarazada, Catalina no recordaba nada relevante de su vida sexual tras el nacimiento de su hija. En sus recuerdos, el placer sexual fue una experiencia que no solo se transformó durante su embarazo, sino que el placer de la vivencia de su maternidad provocó que el placer sexual fuera una experiencia secundaria en su vida. En resumen, el caso de Catalina ilustra como ciertas etapas de vida de las mujeres, como el embarazo, la maternidad o la menopausia (mencionada por otras entrevistadas), pueden resignificar la manera en la que se vive el placer sexual, por lo que sería un error considerarlo una experiencia estable.

Además, así como las etapas de vida pueden fomentar una transformación en las significaciones del placer sexual, también lo hacen puntos de inflexión en la vida de estas mujeres. Estos eventos pueden ser de distintas naturalezas: emocionales, físicos, laborales, entre otros. Uno de los escenarios a los cuales más se aludió entre las entrevistadas fue una ruptura amorosa. Un par de casos que resulta interesante mencionar son el de Gardenia y el

de Carrie¹⁵. A pesar de tener edades y experiencias de vida distintas, ambas comentan que una ruptura amorosa las hizo cambiar la manera en la que se relacionaban con el placer sexual. Ambas plantean que la decepción amorosa les permitió explorar encuentros sexuales “sin sentimientos” y repensar lo que creían sobre el placer sexual y el amor romántico.

Gardenia comenta que antes de dicha ruptura creía que el placer sexual solo se podía experimentar en una relación amorosa. Esto cambió cuando su pareja formal –con quien tuvo sus primeros encuentros sexuales– terminó con ella. Al “tener una libido muy alta”, poco después de terminar su relación, se animó a tener encuentros casuales para satisfacer esa necesidad. Para su sorpresa, ahora piensa que puede haber más placer en encuentros sexuales “sin sentimientos” por tener menos “compromisos emocionales” con un amigo con beneficio que con una pareja formal:

Te digo que se me hizo muy curioso porque yo pensé que se iba a acrecentar después de la experiencia o, una, la primera experiencia en general o después de la primera experiencia de tener esta vida sexual sin sentimientos, yo pensé que a lo mejor ahí iba a hacer como que regresarme y decir: "Híjole, no, pero es que la justificación que tenía era que estaba bien porque ya había mucho amor, pero ahorita no hay amor, ahorita es por el mero placer" y no. La verdad es que creo que fue como a los dos meses de haber terminado mi relación que dije: "Okey, sí". Estaba en un duelo absoluto, pero la parte física de placer para mí, tengo una libido muy alto, estaba muy presente para mí y creo que eso fue lo que a mí me animó a decir: "Pues hay que encontrar otras maneras de saciarlo, aunque no vaya a estar la parte amorosa". Creo que fue así como: "¡Ahhhh!", así, esclarecedor, la primera vez que fue sin sentimientos y fue igual de placentero o hasta más, quién sabe. (Gardenia, 25 años, heterosexual, julio 2021)

De manera similar, Carrie, tras su divorcio, cambió la manera en la que se relacionó con su sexualidad y el placer sexual. Por primera vez se abrió a la posibilidad de tener un amigo con beneficios¹⁶. Algo que ella considera fue clave para este cambio fue el hecho de que se divorció muy joven (a sus 30 años después de 2 años de matrimonio) y que tuvo varias redes de apoyo, como sus amigas, compañeros de trabajo y un psicólogo. Además, la etapa de vida en la que se encontraba fue esencial para que este escenario se desarrollara, puesto que estaba en un momento de independencia tanto económica como familiar. Por primera

¹⁵ Gardenia tiene 24 años de edad, es heterosexual y es profesora universitaria; por otro lado, Carrie es una mujer de 51 años de edad, heterosexual y empleada de gobierno. Fueron presentadas anteriormente.

¹⁶ En la cultura popular, un amigo con beneficios es una persona con la que se mantienen relaciones sexuales sin que se busque una relación afectiva más allá de una amistad.

vez en su vida vivía sola y sin pareja, lo que le permitió “liberarse” para experimentar su placer sexual:

La verdad es que [tener un amigo con beneficios] fue fundamental para mí, para que me soltara y para que descubriera cosas muy padres en torno a la sexualidad. Porque... ahí sí, para que veas, fue un sexo padrísimo, pleno, satisfactorio, constante de calidad y cantidad. Ha sido... yo creo que lo mejor que me pudo haber pasado después de divorciarme. (Carrie, 51 años, heterosexual, junio 2020).

Tanto en el caso de Gardenia como en el de Carrie se habla de la manera en la cual el haber pasado por el término de una relación amorosa las llevó a cambiar su relación con la sexualidad y el placer sexual. En la entrevista de Carrie es interesante cómo, al cambiar la relación con la pareja sexual, cambia la manera en la que se refiere al placer sexual después de su divorcio, distinguiéndolo de una experiencia “amorosa” para hablar de una experiencia motivada por la “hormona”: “Me gustó muchísimo, haz de cuenta que hasta las piernitas me temblaron. No sabes diferenciar lo que es amor de lo que es hormona, y yo estaba muy tranquila en el sentido que dije: ‘Esto es pura hormona. Este hombre me encanta’.” (Carrie, 51 años, heterosexual, junio 2020). Entonces, es importante señalar que en ambos casos se podría decir que, a su manera, cuestionaron una expectativa de género: la obligación de ligar al amor con el sexo.

Aun así, ambas entrevistadas remarcan la importancia de la amistad con la pareja sexual casual como un elemento esencial que les permitió experimentar placer sexual: “Y fue mi primer [amigo con beneficio] no puedo decir que fue mi novio ni que fue una relación, [...] Andaba como ‘pues a ver que sale’. Pero más que nada fuimos increíblemente buenos amigos. Y una química sexual, impresionante. [...] Esa intimidad de amigos, me hacía sentir que contaba con él, que era mi apoyo y todo.” (Carrie, 51 años, heterosexual, junio 2020). No obstante, cabe mencionar que, inclusive si ambas hablan de haber separado el placer sexual de una posible relación amorosa, también subrayan la importancia de tener una “conexión” con la pareja sexual. Esto es interesante porque hay una fuerte relación entre el placer sexual y la afectividad en sus distintas formas. De hecho, en algunos casos, esta relación ayuda a justificar una vida sexual fuera de ciertos mandatos de género, como la virginidad y el matrimonio.

Asimismo, una experiencia que puede cambiar la significación del placer sexual para las entrevistadas es un cambio de contexto socio-cultural. Esto se puede ver en casos como

el de Teresa, quien explícitamente habla de cómo el mudarse a la Ciudad de México, para estudiar una licenciatura, le permitió cambiar la manera en la que entendía su sexualidad y su placer sexual. De manera similar, Samantha, quien se considera una mujer muy sexualmente locuaz y abierta a la experimentación, comentó que no cree que haya podido definirse como tal tan fácilmente si no hubiera tenido la oportunidad de estudiar su doctorado en el extranjero:

Yo creo que no [hubiera podido experimentar] al mismo nivel. [...] A veces tenía más, a veces tenía menos, pero [en Francia] como que podía haber estos encuentros casuales y yo me podía permitir el hacer toda esta experimentación y el aprender de mis experiencias y sin sentirme, además, tan juzgada, pero en México hubiera sido mucho más difícil. [...] Lo que te digo, incluso ya también en el rango de mi edad todos tienen pareja o están divorciados, ya tienen hijos y es complicado o son muy tradicionales. Sí lo veo como más... Algo hubiera hecho, seguramente, pero hubiera sido más difícil. [...] Es que en México todo es pareja. Todo es pareja. A los 30 ya estás en pareja y a los 40 ya estás hasta divorciado. Entonces, es como [suspira]. Cuando en Francia, no, la gente de mi edad había muchos como yo que estaban sin pareja y que no tenían hijos. Aquí sí siento, o sea, depende en este mundo machista, más que impedirme el tener placer o desarrollar mi sexualidad, sí ha sido más difícil... (Samantha, 39 años, bisexual, julio 2021).

Para Samantha, el poder experimentar su sexualidad en un contexto cultural en el que se sentía menos juzgada, le permitió explorar otro tipo de encuentros sexuales más placenteros. De hecho, considera que, inclusive con ese bagaje, al regresar a México volvió a cambiar su relación con el placer sexual al sentirse más limitada por las experiencias a las que puede acceder aquí y por las expectativas de género que se le imponen, como el tener una relación formal a su edad. Es decir, menciona la importancia del contexto socio-cultural para tener encuentros sexuales placenteros. Tanto en el caso de Teresa como en el de Samantha (y como en el de otras entrevistadas que han vivido cambios importantes en su vida), el placer sexual es una experiencia que se ha ido transformando a lo largo de sus vidas, también en relación con el contexto cultural en el que se encuentran.

Por otro lado, el placer sexual también puede transformarse según el tipo de relación que se establezca con las parejas sexuales. Como ya mencioné, Samantha habla de sentir un placer sexual “distinto” según el tipo de relación que se establezca con la pareja sexual. La manera en la que Samantha explica dicha diferencia es porque las relaciones aportan distintos elementos que resultan placenteros: para ella una relación de una noche le brinda novedad, cuando una relación formal le brinda seguridad, confort y estabilidad emocional. Si bien ella

comenta no tener una preferencia, admite que en este momento de su vida no querría perder el placer que vive en pareja formal, inclusive si en otro momento prefería tener encuentros casuales. De hecho, piensa que no extraña la novedad sexual porque la ha remplazado por novedades en otros aspectos de su vida, como en el aceptar nuevos proyectos laborales para mantenerse ocupada:

Sí, sí hay algo placentero [en la zona de confort], como sea, sí. Por eso es que también me daría miedo perder lo que con tanto trabajo he logrado, porque creo que sí es algo que quería, tener pareja, o sea, no quiero tener familia, si acaso adoptaré, ya veré, no me urge. [...] cuando ya empecé andar con este chico de "Pues sí, creo que sí quiero pareja", o sea, no me urge tampoco, prefiero estar sola que con alguien que no me satisfaga, pero sí me gustaría hacer mi vida en pareja. Entonces, finalmente llega él y hay muchas cosas de esa zona de confort que hemos ya estado... que se está estableciendo que me gusta, como la estabilidad emocional, y el hecho de que sexualmente también ya más o menos me conozca también me prende [...] Entonces, sí hay algo de la zona de confort que me gusta, por supuesto: el saber que sí hay... que sí hay una conexión más allá de lo sexual. (Samantha, 39 años, bisexual, julio 2021).

Este me parece un caso que ilustra la manera en la cual el placer sexual se transforma a lo largo de la vida a partir de elementos como el modelo de relación que se establezca con la pareja sexual. Sin embargo, también me parece importante resaltar que al final de cuentas hay un diálogo entre expectativas de género de diferentes discursos sociales que no son coherentes entre sí: Samantha se considera una mujer feminista y, por ende, muy abierta sexualmente, que disfruta la novedad de experimentar en el sexo y que está en contra de “modelos tradicionales” de la sexualidad; no obstante, al momento de la entrevista admite encontrar placer con una relación formal monógama y heterosexual, lo que ella considera “tradicional”. La manera en la que Samantha racionaliza el placer que encuentra en su relación formal “tradicional” al valorizar “una conexión más allá de lo sexual” podría considerarse una gestión emocional. Ulteriormente, analizaré la relación entre el placer sexual y la gestión emocional, un ejercicio que me permitirá seguir construyendo la complejidad de esta experiencia.

Para resumir, en este subapartado he argumentado que el placer sexual es una experiencia que no es estable, sino que se transforma a lo largo de la vida de una persona. He delineado cómo distintas etapas de vida y momentos de inflexión pueden potenciar un cambio en la manera en la que se significa y se experimenta el placer sexual. Dichas etapas de vida

están constantemente influidas por expectativas de género que atraviesan las significaciones de la sexualidad y el placer sexual para estas mujeres. Este argumento permite vislumbrar que el placer sexual es una experiencia que se vive de manera sincrónica, al estar influenciada por elementos presentes durante el encuentro sexual (como la pareja sexual o el espacio donde se desenvuelva el encuentro), y de manera diacrónica, puesto que se transforma a lo largo de la vida de las mujeres en las que sus experiencias están atravesadas por expectativas y mandatos de género diferentes. Finalmente, quiero enfatizar cómo, en muchas de las narrativas que fueron presentadas, la resignificación del placer sexual fue resultado de la experiencia vivida que pueda estar en línea con las expectativas de género que acotan o cuestionan a lo largo de su vida: por ejemplo, el que solo se pudiera sentir placer cuando se tienen encuentros sexuales en una relación amorosa, idea que se ve cuestionada cuando se tiene sexo placentero fuera de esta norma social. A continuación, analizaré cómo la manera en la cual se negocian las expectativas de género en espacios de intimidad es un fenómeno que influye directamente la experiencia del placer sexual. Estas negociaciones están atravesadas principalmente por un fuerte trabajo de gestión emocional que permite a las mujeres cumplir las expectativas impuestas a los significados del placer sexual.

3.4 El placer sexual y la gestión emocional

En esta sección abordaré la manera en la cual las mujeres entrevistadas hacen un trabajo de gestión emocional durante sus encuentros sexuales, lo cual afecta la manera en la que se experimenta y significa el placer sexual. Arlie Russell Hochschild analiza el fenómeno de la gestión emocional en su libro *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling* (2012). En este texto, Hochschild retoma el trabajo de Irwing Goffman para argumentar que todas las personas llevan a cabo dos tipos de actuación en su vida social y particular que afectan la manera en la que expresan y sienten las emociones, la actuación superficial y la actuación profunda: “Los sentimientos no brotan espontánea o automáticamente ni en la actuación profunda ni en la actuación superficial. En ambos casos, el actor ha aprendido a intervenir, ya sea creando la forma interna de un sentimiento o dando forma a la apariencia

externa de uno.” (Hochschild, 2012, capítulo 3)¹⁷. En la actuación superficial, la persona puede hacer uso de su espacio y de sus accesorios, mover el cuerpo, hacer gestos y expresiones para representar una emoción en un contexto particular. En la actuación profunda hay un trabajo mental indirecto que utiliza la imaginación para movilizar las emociones de la persona, inclusive sin intención. La autora explica que las personas hacen una actuación profunda todos los días para movilizar las emociones que corresponden al rol social que se lleva a cabo en el contexto en el que se desenvuelve: “A veces tratamos de despertar un sentimiento que desearíamos tener, y otras veces tratamos de bloquear o debilitar un sentimiento que desearíamos no tener” (Hochschild, 2012, capítulo 3)¹⁸. A este trabajo de actuación superficial y profunda que se lleva a cabo con el fin de evocar o movilizar ciertas emociones específicas durante un contexto particular es lo que la autora denomina gestión emocional.

En relación con el género, Hochschild argumenta, que la feminidad es el conjunto de expectativas de género asociadas al estatus de “mujer” y explica que, gracias a la práctica de la gestión emocional, las mujeres aprenden a “actuar” en roles de género hiper-feminizados. Dado a que una “buena mujer” es aquella que logra cumplir con sus roles de género, la gestión emocional es esperada por parte de la sociedad, razón por la cual las expectativas de la feminidad son naturalizadas. De hecho, la autora explica que, para las mujeres, una gestión emocional “exitosa” es justamente aquella que logra actuar la feminidad como si fuera innata y, por lo tanto, más valiosa. Si bien mucho del trabajo de la autora analiza la manera en la que dicha gestión emocional es comercializada por otros con el objetivo de obtener un beneficio económico, también enfatiza en el hecho de que esta práctica no es exclusiva de la esfera pública.

Hochschild argumenta que en los espacios íntimos de la mujer también hay expectativas de la feminidad y, por ende, también se lleva a cabo una gestión emocional. De manera puntual, explica que las expectativas de la feminidad para la mujer influyen en experiencias como los encuentros sexuales con su pareja. Así, explica que, en una pareja heterosexual, al momento de tener relaciones sexuales pareciera haber un acuerdo de

¹⁷ Traducción propia del inglés al español.

¹⁸ Traducción propia del inglés al español.

consentimiento y acuerdo mutuo entre los pares que aparenta una relación equitativa entre hombre y mujer. No obstante, ella considera que este tipo de relaciones obscurece la realidad sobre las relaciones de poder desiguales entre los géneros porque, bajo la ilusión de igualdad, se oculta el hecho de que en la intimidad también se espera que la mujer se comporte y mantenga un rol femenino que se asocia a expectativas como la sumisión o la deferencia. En cuanto a esta investigación, es sugerente pensar que el placer sexual es una experiencia que, al ser experimentada en el marco de una intimidad sexual influida por las expectativas de género, también es una experiencia generizada. De igual manera, es importante cuestionar hasta qué punto este argumento puede estar presente en relaciones de parejas LGBT+; es decir, hasta qué punto las expectativas de feminidad influyen en la experiencia del placer sexual de las mujeres independientemente de su orientación sexual. Más adelante abordaré este cuestionamiento.

Con esto prelude, en este segmento argumentaré que ciertas expectativas de género requieren de ciertos estados anímicos durante los encuentros sexuales para lograr que el encuentro sea placentero y que, a su manera, esos estados son esperados como una expectativa de la feminidad. Una forma en la que se puede explicar la relación entre la gestión emocional y el placer sexual, es la manera en la cual las mujeres hablaron de “ambientarse” o “ponerse a tono” para tener encuentros sexuales con su pareja. Por ejemplo, en muchas ocasiones se hizo referencia al conceso cultural de que los hombres tienen la libido muy alta en comparación con las mujeres, razón por la cual consideran que necesitan lograr satisfacer a su pareja inclusive a costa de su propio deseo. De hecho, en varios de los casos en los que las mujeres estaban en relaciones formales y a largo plazo, hablaron de momentos en los que no necesariamente tenían ganas de tener relaciones sexuales con su pareja pero que, gracias a una serie de prácticas, generan un ambiente de excitación que les permite tener encuentros sexuales placenteros. Una de las mujeres que habló de esto fue Isabel, a quien presenté al inicio de este capítulo. Ella mencionó la importancia de la seducción en su relación como una manera a través de la cuál su marido la “convence” de tener relaciones sexuales. Así, ella considera que la seducción es el inicio de un encuentro sexual y uno de los aspectos más placenteros del mismo:

En mi experiencia, ahorita, [la seducción] puede empezar desde temprano, desde que empieza a cortejar, a calentar, a insinuar y puede ser de mucho rato, en la mañana a veces yo cuando... pero eso no es propiamente el encuentro, pero sí es ir preparando la canchita, es ir preparando la canchita, de que... Si le traigo muchas ganas y sé que no va a estar [mi hijo] o lo que sea o a ver cómo le vamos a hacer... Desde que me estoy poniendo la ropa interior, así como que no queriendo me paseo con algo más *sexy* o sé que le llama la atención y desde ahí empieza. [...] La seducción sí la asocio completamente con tratar de convencer de hacer, en mi caso, ya como pareja, de hacerme saber que... de preparar la canchita para hacerme saber, invitarme, convencerme de aceptar el acercamiento, no necesariamente un acto sexual, pero de que acepte caricias, de que acepte, de que reciba, de que esté dispuesta a recibir. (Isabel, heterosexual, 51 años, julio 2021)

Se podría argumentar que la seducción es un ritual que le permite a Isabel llevar a cabo una gestión emocional para lograr un deseo sexual en situaciones en las que no necesariamente lo sentía originalmente. De hecho, ella forma parte del mismo ritual a través de lo que podría considerarse un actuar superficial al ponerse ropa sugerente para coquetear con su esposo, acción que también le permite a ella comenzar a prepararse para el encuentro puesto que la ropa la hace sentir *sexy*, poniéndola “a tono”.

Además, durante el proceso de seducción, el romance se mencionó como un elemento importante para la creación de un espacio adecuado y cómodo para tener relaciones sexuales, tanto para las entrevistadas en relaciones formales, como para las que tienen encuentros sexuales casuales. Esto se ve en entrevistas como la de Carrie, en la que habla de la esencialidad de un lugar “bonito” (con una cama bonita, en un hotel de buena calidad, con un aroma agradable, etc.) para poder tener encuentros sexuales placenteramente. De manera similar, Nacif, una mujer de 40 años, casada y heterosexual, habla de cómo el romanticismo de los encuentros sexuales es clave para poder disfrutar el encuentro, inclusive describiéndolo como el elemento más placentero para ella, sobre todo cuando admite que podría pasar meses sin tener sexo si no fuera porque su esposo lo desea:

Totalmente, yo sí lo veo así, yo, no puedo generalizar, pero te hablo por mí, yo soy como muy... Es un tema muy romántico, como que, para mí, idealizo que cuando mi esposo me traes flores y así, pero no es algo en lo que esté pensando. Si se da, está bien y está padre, pero, por ponerte un ejemplo: en las noches nos acostamos en la cama y él me abraza, pero me empieza a proponer, me toca los senos o así y yo: “No, nomás abrázame, quiero que me abracés, no toques nada, que no sea sexual. Quiero que sea romántico, abrázame nada más”. [...] Primero es el no llegar y luego luego tener relaciones, es como esa parte del intro que te decía, es como toda la experiencia. Así como una experiencia de compra, que entras a un *showroom* y huele, ponen un olor y te invitan una copa de vino, qué se yo, ¿me explico?, y se van también por lo visual. También siento que es toda esa experiencia, como una cenita,

un vinito, musiquita y toda la experiencia en sí. Una plática, una charla, besito y ya luego que poco a poco se va llevando. (Nacif, 40 años, heterosexual, junio 2021). En este sentido, la manera en la cual se habla del romanticismo como una experiencia sensorial y emotiva puede entenderse como una gestión emocional que apela a la actuación superficial que hace uso consciente del contexto espacial para generar y movilizar ciertos sentimientos y emociones, lo cual es esencial para la gestión emocional y la efectividad de la actuación profunda.

Este ejercicio no solo resulta importante para que las entrevistadas “se convenzan” de tener relaciones con sus parejas, sino que se vuelve elemental para el placer sexual de las mismas. Por ejemplo, Gardenia habla de cómo, inclusive en los encuentros sexuales de una sola noche, ella se siente atraída por personas que se tomen el tiempo de seducirla, ya que es uno de los elementos placenteros del encuentro sexual:

[Hablando sobre su primer encuentro sexual de una noche y el hombre con el que lo tuvo] Otra vez físicamente con los mismos rasgos que me gustan, aparte el hombre francés, entonces, el cliché de que era un hombre muy sexy (sí era un hombre muy sexy) y otra cosa, lo mismo, era un *love language* muy parecido, muy de contacto, muy físico, muy hablarte bonito, lo que tú quieres para una noche, este hombre lo tenía. O sea, porque justo no te hace sentir como que ya, que ibas a lo que ibas rapidísimo, como que esta parte de seducción, de cortejo, de jugar, aunque fuera por nomás una ocasión, ahí estaba. Eso es algo que a mí sí me gusta mucho. [...] Te digo, mi lenguaje es muy físico, entonces a mí me gusta mucho que haya poca proxemia, haya mucho contacto físico, como cosas sugerentes, no me gusta que sea como tan directo, eso me molesta, como que digo: "Ay, no, güey, qué hueva, qué aburrido, no tienes nada de imaginación". Eso me gusta. (Gardenia, 25 años, heterosexual, julio 2021).

De nuevo, se puede observar el valor que las entrevistadas dan al cortejo o seducción como una etapa esencial para convencerse de tener relaciones sexuales, que además les ayuda a construir la gestión emocional para tener encuentros placenteros. En ese sentido, es sugerente cuestionar hasta qué punto estas prácticas de seducción y romance que se vuelven importantes para la experiencia del placer sexual están ligadas a expectativas de género que se hacen presentes durante los encuentros de intimidad de las mujeres. Para Hochschild, si bien las relaciones sexo-afectivas entre hombre y mujeres pueden ser espacios en los que se reduce la desigualdad de género, comenta que también son espacios en los que la desigualdad se oculta. Por un lado, los ejercicios de seducción se pueden pensar como prácticas de cooperación entre las mujeres y sus parejas sexuales en los que, a través de la gestión

emocional, ellas logran estar en un estado anímico que les permita a ellas y a su pareja tener un encuentro sexual placentero. Por otro lado, se puede interpretar que los momentos de seducción que se describen como importantes para tener relaciones sexuales cuando no se deseaban en un principio, son un ejemplo de deferencia y de la “subordinación disfrazada” que las mujeres aceptan como parte de las expectativas de la feminidad presentes durante los espacios de intimidad. En todo caso, este es un ejemplo de la manera en la que las expectativas de género influyen y, simultáneamente, son influidas por las significaciones del placer sexual de las mujeres.

Por otro lado, hay otra práctica que considero parte de la actuación superficial de un encuentro sexual: fingir el orgasmo como una manera de fingir el placer. Cabe resaltar que todas las entrevistadas admitieron que habían llevado a cabo esta práctica en algún momento de sus vidas. Como explicaré en el siguiente capítulo, esta es una práctica compleja porque si bien se hace generalmente para beneficio de la otra persona, es también una herramienta que les permite a estas mujeres tener el control sobre el encuentro al ayudarles a terminarlo más rápido cuando no resulta placentero. La manera en la que se lleva a cabo esta práctica es a través de un uso consciente del cuerpo en la que se expresa al público un sentimiento o emoción que el actor no está sintiendo necesariamente: “Esto es actuación superficial: el arte de una ceja levantada aquí, un labio superior apretado allí. El actor no experimenta realmente el mundo desde un punto de vista imperial, pero trabaja para aparentarlo.” (Hochschild, 2012, capítulo 3)¹⁹. Entrevistadas como Mónica se expresan de la siguiente manera sobre el fingir un orgasmo:

Sí, también [he fingido un orgasmo], porque alguna vez que no lo estoy sintiendo y que me dice: “Ay, ándale ya, por favor”. [...] Pero sí, hay veces que me doy cuenta que se está aplicando más por mí placer que por su placer, no es cada ocho días ni es frecuente pero sí hay alguna vez que no, no, no. [...] Sí, alguna vez sí, por eso, por satisfacerlo, por darle placer.

Helena: ¿Y cómo lo fingiste?

Isabel: Pues yo creo que para una mujer no es tan complicado [...] Yo soy un poquito escandalosa, no mucho, pero a final de cuentas yo sí, si no lo hablo, o sea, no me expreso con palabras, pero sí con cierto ruido, con cierta expresión que se da cuenta, entonces, ¿cómo lo finjo? Pues con la misma expresión (Isabel, heterosexual, 51 años, julio 2021).

¹⁹ Traducción propia del inglés al español.

Es interesante que, en el caso de Isabel, como en el de otras entrevistadas, el fingir un orgasmo se entiende como una práctica de mujeres porque su orgasmo, a diferencia del masculino, no se ve más allá de las expresiones personales de cada una. Esto es sugerente al pensar en la feminidad como un conjunto de normas y expectativas que se encarnan en el cuerpo de las personas y que, al mismo tiempo, se construye por el cuerpo mismo (Young, 2005). Para las entrevistadas, el fingir un orgasmo es una práctica femenina y que reafirma su feminidad al poder realizarlo de tal manera de que su pareja no distinga entre un orgasmo real o fingido.

Por si fuera poco, en la entrevista de Isabel también se puede vislumbrar la influencia que ciertas producciones culturales tienen en el placer sexual puesto que presentan a las mujeres con modelos de lo que es placentero y cómo se puede representar.

No es que haya aprendido [cómo fingir un orgasmo], se me ocurrió un día. Eso no creo que se me haya ocurrido. A la mejor alguna vez en alguna película de alguna... No, yo creo que eso lo supe desde mucho antes, desde alguna lectura de alguna novela medio “eroticona” supe que se podía fingir. No es que me haya preparado para y que lo acostumbre a hacer a diario, pero supe por alguna información que de algún medio me llegó. Puede haber sido alguna película, no documentales, no veo documentales de educación sexual, pero en algún libro, porque también los libros dicen: “Ay, que lo fingí” y no sé qué, porque era lo que se podía hacer. No fue necesario que se me hubiera ocurrido: “Voy a decir que sí”, no, pero era algo ya aprendido de la vida. (Isabel, heterosexual, 51 años, julio 2021).

La popularidad de esta práctica también me permite cuestionar la manera en la cual el sentir placer sexual es normativo para las mujeres, al punto en el que, de no sentirlo en un encuentro, tienen la necesidad de fingirlo para que su pareja disfrute de la relación sexual y no ofenderlo o tensionar la relación. En ese sentido, Marcela Lagarde teoriza que esto se debe a que la sexualidad femenina es una sexualidad *para*, en la que el cuerpo de la mujer debe estar a disposición del placer del *otro* (2015). Si bien esta idea es sugerente, también puede criticarse la manera en la cual el entender la sexualidad femenina como tal despoja de agencia a la mujer, cuando inclusive el fingir el orgasmo se puede analizar como una práctica de control corporal y del encuentro sexual en sí. Así, el representar un sentimiento, en este caso el placer sexual, es una manera en la que ellas pueden provocar la misma reacción en su pareja.

Además, según la teoría de Hochschild, inclusive si la actuación superficial de la gestión emocional no infunde el sentimiento o emoción representados en el actor, si es una

práctica que acompaña a la actuación profunda; es decir, el contexto espacial y el control corporal son clave para exhortar los sentimientos en la actuación profunda (Hochschild, 2012). Esto se puede observar de manera más sutil en las entrevistas, por ejemplo, cuando Carrie habla de fingir el orgasmo habla de un escenario romántico “te preparó el ambiente, que preparó las velas y todo” en el que “le hecha ganas” para sentir placer puesto que el encuentro “no está tan mal”.

[He fingido un orgasmo] Porque también de repente, mira cuando no es una relación tan formal, de repente así fueron algunas que tuve, pues estás viendo que el chavo se está esforzando, te preparó la cenita, preparó el ambiente, que preparó las velas y todo, y simple y sencillamente no, no está tu cuerpo como cooperando, pero le estoy echando ganas y tampoco es desagradable tampoco es que digas "ya no". Y hay dulzura, y hay ternura y hay intención y hay como buena química y pues tampoco lo quieres hacer sentir mal... Y como tampoco era una relación formal, pues también me sentía la libertad de repente de decir "estuvo buenísimo" pero la verdad es que el problema no era tanto porque él no se hubiera esforzado sino porque pues yo no estaba enfocada en el mejor momento. Pocas veces lo he hecho, muy muy pocas. Pero sí lo he llegado a hacer. (Carrie, 51 años, heterosexual, junio 2020).

Entonces, así como es plateado por entrevistadas como Carrie, el fingir el orgasmo también es una práctica de gestión emocional que les ayuda a las entrevistadas a estar en una posición que se espera de ellas y que ellas mismas sienten la necesidad de cumplir. Es decir, no solo el que sientan placer es esperado por parte de las parejas sexuales, sino que por ellas mismas, sobre todo cuando, como comenta Carrie, el encuentro es placentero en otros aspectos como la buena química y la seducción. En ese sentido, la gestión emocional que se practica cuando se finge el orgasmo es exitosa cuando aparenta naturalidad, inclusive ante ellas mismas.

En resumen, a lo largo de esta sección he explicado la importancia de la gestión emocional para la experiencia del placer sexual de las mujeres entrevistadas. Así, argumento que estas mujeres hacen un trabajo de gestión emocional durante el proceso de seducción que lleva al encuentro sexual como un elemento que les permite “convencerse” de tener relaciones con su pareja inclusive cuando en un principio no lo deseaban. Esto es importante porque la seducción y el romanticismo son descritos como elementos placenteros del encuentro sexual. Después, analizo la manera en la cual la práctica de fingir un orgasmo forma parte de la gestión emocional que realizan para poder evocar el placer en su pareja e,

inclusive, en sí mismas cuando consideran que a pesar de la falta de un orgasmo, la relación es placentera.

3.5 Reflexiones finales

En conclusión, a lo largo de este capítulo he argumentado que el placer sexual es una experiencia compleja que es relacional, que se transforma y que no surge de manera natural. A pesar de que el placer sexual es comúnmente entendido como una experiencia individual, las narrativas de las mujeres entrevistadas permiten cuestionar esta característica. En ese sentido, el placer sexual es relacional con la pareja con la que se vive el encuentro sexual, el contexto en el que se desarrolla y las expectativas de género con los que negocian a lo largo de sus vidas. Asimismo, el placer sexual es una experiencia que se transforma a lo largo de la vida. De nuevo, el contexto del encuentro sexual que incluye las etapas de vida en la que se encuentran y el modelo de relación que construyen con las parejas sexuales, cambia las significaciones del placer sexual para las entrevistadas. Cabe resaltar que todos estos elementos están influidos por las expectativas de género y de la feminidad con los que las mujeres negocian a lo largo de sus vidas. Por lo mismo, es importante hablar de la manera en la que ellas llevan a cabo una gestión emocional durante sus encuentros sexuales en el proceso de negociar dichas expectativas. Algunos de los momentos en los que se puede argumentar el ejercicio de la gestión emocional es el momento de seducción o cortejo gracias al cual las mujeres se convencen de tener relaciones sexuales e, inclusive, la práctica de fingir el orgasmo para su pareja. Estas prácticas influyen en la experiencia del placer sexual ya que la seducción no solo ayuda a alentar el sentimiento de excitación, sino que es descrita como uno de los elementos más placenteros de la experiencia sexual. Además, el fingir el orgasmo es una manera de fingir placer en encuentros que no lo son tanto o inclusive para no tensionar la relación con la pareja cuando otros elementos del encuentro son placenteros. El conjunto de estos argumentos permite vislumbrar la complejidad de la experiencia del placer sexual de las mujeres puesto que ilustra la manera en la que este no se da naturalmente ni es meramente una reacción erógena del cuerpo: el placer sexual es una experiencia tanto

sincrónica como diacrónica que está influida por expectativas de género con las que negocian las mujeres en todas las etapas y momentos de su vida.

Aunado a esto, debo admitir que la manera en la que las entrevistadas hablaban de la afectividad y la conexión con alguien como un elemento clave para un encuentro sexual placentero me motivaba a hablar de un “placer sexual” distinto; inclusive, pensé en referirme a este tipo de placer como “placer sexo-afectivo”. No obstante, me percaté que el querer separar el concepto de “placer sexual” y “placer afectivo”, era parte de volver a separar el binario cuerpo / afecto como si se trataran de elementos opuestos de la experiencia. Al contrario, justo lo que ilustran las narrativas de las entrevistadas es la complejidad del placer sexual que se compone tanto de elementos erógenos como afectivos.

Por último, me permitiré mencionar que en el próximo capítulo analizaré la manera en la que el placer sexual, al ser relacional, se ve influido por los modelos de relación que se establecen con las parejas sexuales. Por lo mismo, vale la pena hablar de la manera en la que se ha sociabilizado la afectividad y el amor en la cultura occidental, resaltando uno de los mitos que más afecta la manera en la que las mujeres se relacionan afectivamente con sus parejas sexuales: el amor romántico.

4. EL PLACER SEXUAL Y EL MITO DEL AMOR ROMÁNTICO

En el capítulo anterior comencé a cuestionar al placer sexual como una experiencia individual y puramente física para proponer un análisis de este como una experiencia influida por expectativas de género para las mujeres. Es decir, es una experiencia relacional, que se transforma a lo largo de las etapas de vida y es influida por las expectativas de género de los distintos contextos socio-culturales en los que se desenvuelven. También, expliqué cómo las entrevistadas logran el placer sexual gracias a una gestión emocional durante los encuentros sexuales para cumplir con ciertas expectativas y roles de género en sus espacios de intimidad. En este nuevo apartado analizaré cómo el mito del amor romántico influye en la manera en la que se vive la sexualidad y, por ende, el placer sexual.

Cuando inició este proyecto, no había considerado el trabajar con el concepto del amor romántico. No obstante, la forma en que las participantes enmarcaban la narración de su experiencia sexual me llevó inevitablemente a explorar su contenido a través de este tema. Para comenzar, me permitiré brindar una breve explicación sobre cómo estoy entendiendo al “amor romántico” en este proyecto. El amor es una emoción culturalmente situada y ampliamente estudiada desde distintas disciplinas. Desde la literatura, el amor romántico es un concepto que se ha utilizado para hacer alusión a la relación sexo-afectiva exclusiva entre un hombre y una mujer; esta última especificación es importante porque el mito del amor romántico también refuerza la heterosexualidad como norma para las relaciones afectivas. El concepto fue utilizado por primera vez en la literatura francesa del siglo diecinueve para referirse al amor cortés, un tipo de relación con una serie específica de características: la elevación de la mujer por parte del caballero, el sufrimiento por la atracción hacia una persona fuera del alcance y la elevación de los amantes a un plano superior en el cual la experiencia afectiva se vive con más intensidad (Karandashev, 2017). Si bien la atracción sexual permitía diferenciar la relación de los amantes de otro tipo de relación afectiva (familiar, amical, etc.), la consumación de la misma no se realizaba para mantener la pureza de los sentimientos de

los amantes, de lo contrario su historia termina en tragedia, como se ejemplifica en la leyenda de *Tristán e Isolda*²⁰.

La influencia de este mito en la sociedad se ha estudiado desde hace años por parte de los y las investigadoras de las ciencias sociales. Gracias al diálogo de distintas disciplinas, hoy en día se caracteriza al amor romántico por los siguientes elementos: la idealización y la fascinación por la pareja, el deseo de exclusividad y reciprocidad emocional por parte de la pareja (que idealmente durará toda la vida), la dependencia emocional, la renuncia de las prioridades y deseos propios para complacerla y la “romantización” de la adversidad como un obstáculo que, si se supera, llevará a intensificar los sentimientos románticos. De nuevo, si bien lo sexual es un elemento clave del concepto, este se mantiene para distinguir a las relaciones de otro tipo de relaciones y se utiliza sobre todo para reafirmar la fuerza de la unión entre la pareja (Karandashev, 2017). Con mi proyecto, pretendo complejizar esta discusión al analizar el placer sexual femenino en relación con el amor romántico.

Desde el feminismo, se ha criticado al amor romántico por llevar a las mujeres a un contexto de desigualdad y violencia de género. Eva Illouz ha estudiado la manera en la cual este mito reproduce y promueve relaciones de poder entre los géneros en las que la mujer es la subordinada. En su obra, *Why love hurts* (2013), Illouz argumenta que la búsqueda del amor y el romance se ha vuelto normativo para las mujeres, explicando que, al nunca lograrse las expectativas impuestas por diversos actores sociales (el capitalismo, los medios de comunicación, la literatura, etc.), encontrar una pareja sexo-afectiva se acompaña de decepción y sufrimiento. Además, añade que los discursos del romanticismo se acompañan de estándares de belleza y sensualidad que se convierten en capital cultural que estratifica a la sociedad y permite a ciertas personas consideradas bellas el poder acceder al amor romántico y, por ende, al mercado del matrimonio con más facilidad. Así, el mercado de la belleza es partícipe de la hipersexualización de los cuerpos de las mujeres y sus devastadoras consecuencias, como la cosificación de las personas (Illouz, 2013).

²⁰ *Tristán e Isolda* es una leyenda del ciclo Arturiano. Tristán es un caballero que se enamora de Isolda, una princesa irlandesa. En el clímax de su historia de amor imposible, Isolda besa por primera y única vez a un Tristán herido de muerte, dándole fin a la vida de ambos. Desde sus tumbas, dos árboles crecen y se entrelazan el uno con el otro para toda la eternidad.

Cabe recalcar el carácter generizado del amor en las sociedades Occidentales. El mito del amor romántico refuerza modelos y expectativas de feminidad y masculinidad, tratándolos como características opuestas pero complementarias, que, sin embargo, refuerzan la desigualdad de género tanto en los espacios públicos como en los íntimos. Sobra mencionar que el reforzar el binario de género en las relaciones sexo-afectivas es otra manera en la que se refuerza la normatividad de la heterosexualidad en la sociedad. Dicho mito se refuerza por los discursos de los distintos actores sociales, presentes a lo largo de toda la vida, desde la infancia hasta la vejez. Carol Herrera lo explica de la siguiente manera:

Los niños aprenden a valorar y defender su libertad y su autonomía; las niñas aprenden a renunciar a ellas como prueba de amor cuando encuentran pareja. Las niñas aprenden a situar el amor en el centro de sus vidas, mientras que los niños aprenden que el amor y los afectos son “cosas de chicas”. Las niñas creen que para amar hay que sufrir, pasarlo mal, aguantar y esperar el milagro romántico; los niños, en cambio, no renuncian ni se sacrifican por amor. Las niñas aprenden a ser dulces princesas; los niños, a ser violentos. (Herrera, 2018, p. 10)

Entonces, a partir de este concepto, en este capítulo parto de la siguiente pregunta: ¿Cómo el mito del amor romántico y su generización de las relaciones afectivas influye la experiencia de sexualidad y de placer sexual para las mujeres entrevistadas? Esto para analizar la manera en que las diferentes características del amor romántico también pueden suponer una serie de expectativas de género que estructuran la vida de las mujeres hasta en los momentos más íntimos de su experiencia. En particular, hablaré sobre cómo el elemento alrededor del cual se construye la experiencia de un encuentro sexual placentero es el vínculo afectivo con la pareja. Es decir, el placer sexual comprendido por las mujeres entrevistadas solo puede sentirse en una relación “romántica” aunque esta no sea exclusiva o estable; esto alude a que el placer tiene constricciones sociales y no solo físicas para el sentir. Aunado a esto, explicaré de qué maneras el amor romántico influye en las relaciones que se tienen con las parejas sexuales. Después, explicaré cómo la renuncia, característica central del amor romántico, está presente en la significación del placer sexual: en la búsqueda del placer se privilegia el de la pareja, repitiendo performatividades normativas de género. Por último, hablaré brevemente de la influencia de las producciones culturales, que refuerzan el mito del amor romántico en la sociedad, para enseñar modelos de lo que es placentero sexualmente.

4.1 El placer sexual, el vínculo afectivo y el amor romántico

En el capítulo anterior expliqué la manera en la que el placer sexual se narraba como una experiencia relacional puesto que las relaciones placenteras eran aquellas que se vivían con la pareja sexual, más allá del tipo de relación sexo-afectiva que se mantenga con esta y quitándole protagonismo al carácter físico-erógeno del placer. En este subapartado recuperaré el mismo argumento para explicar cómo, en muchas ocasiones, la conexión relacional que se valora para la experiencia del placer sexual está influida por características y expectativas del amor romántico.

Al comenzar las entrevistas preguntando sobre su “historia sexual”, la mayoría de las entrevistadas aludían a la primera vez que tuvieron un encuentro sexual, de acuerdo con lo que cada uno conceptualizaba como tal. De manera unánime, las entrevistadas hablaron sobre cómo la virginidad influyó su acercamiento a la sexualidad, generalmente aludiendo a sentimientos de culpa por romper la castidad “Híjole, el cargo de conciencia ¿qué tal va a estar al día siguiente? ¿Cómo me voy a levantar, me voy al espejo y voy a decir: '¿Qué pedo? ¿Qué hiciste?'. Acabo de traicionar a toda China” (Gardenia, 25 años, heterosexual, julio 2021). En unos casos, mantuvieron la expectativa de ser vírgenes hasta el matrimonio bajo el entendido de que era lo correcto y esperado por sus familiares, amigos y otros círculos sociales; en otros, se negocia la noción de “virginidad” para poder explorar la sexualidad de una manera en la que no necesariamente se rompa el mandato: por ejemplo, como el caso de Teresa, analizado en el capítulo anterior, a quien su novio sólo la toca eróticamente de la cintura para arriba para mantenerse virgen. Por último, para aquellas que no cumplieron el mandato, se habla de una pareja estable con la que encontraban una conexión afectiva lo suficientemente fuerte como para tener encuentros sexuales sin culpa porque se trataba de una persona con la que tenían una relación sexo-afectiva formal y que era: “el amor de sus vidas”.

En este sentido, Gardenia, una profesora de inglés de 25 años, tiene una manera clara de expresarse sobre esa decisión:

Sí, la verdad es que creo que influyó mucho esta conexión cuerpo-mente que no había tenido con alguien antes de esa manera. Sí creas un vínculo, creo que se fortalece un vínculo en un nivel distinto, porque, por ejemplo, con otras parejas emocionales que no había tenido ese

vínculo físico, pues por eso me era más fácil desengancharme y no sentir: "Ah, aquí sí". Aquí la verdad es que fue una relación, digamos, óptima y que se sentía esta reciprocidad de hacer planes a futuro. Entonces, siento que eso sí, de alguna manera, o sea, en como yo creo ahorita e inconscientemente también me ayudó a decir: "Ah, bueno. No hay tanta bronca, porque de todas maneras a lo mejor me adelanté al cómo, pero sigue yendo como que hacia lo que yo quería", que, en el fondo, sí, te digo que eso me ayudó a no sentirme culpable. (Gardenia, 25 años, heterosexual, julio 2021).

La manera en la cual las entrevistadas justifican el inicio de su vida sexual, tanto en los casos en los que se mantuvo la virginidad hasta el matrimonio como en los casos en los que no, puede compararse a las características que conforman al amor romántico. Como se puede leer en la cita anterior, la entrevistada hace alusión a la idea de la reciprocidad emocional por parte de la pareja con la que, en ese momento, consideraba que seguiría al largo plazo "se sentía esta reciprocidad de hacer planes a futuro". Además, habla de la existencia de un "vínculo en un nivel distinto", lo que se puede comparar a la elevación de los amantes a un plano superior en donde lo afectivo se vive con más intensidad. Cabe mencionar que esto es importante no solo por la cuestión afectiva, sino porque este es el tipo de relaciones sexo-afectivas socialmente aceptables para las mujeres. De este modo, la presencia de estos elementos, componentes del mito del amor romántico, le permitieron empezar una vida sexual sin culpa y placentera.

Si bien la presencia de un vínculo afectivo-emocional sirve para mitigar la culpa de haber actuado en contra del mandato de la virginidad, es interesante que en repetidas ocasiones se hablaba de este vínculo como el elemento más placentero de un encuentro sexual. La conexión con otra persona es uno de los valores que más infunde el amor romántico, convirtiéndose en el centro alrededor del cual se desarrollan las vidas de los amantes. En cuanto a su relación con el género, autoras como Carol Herrera argumentan que el amor como una necesidad es una idea que se infunde sobre todo a las mujeres, como un mecanismo de sumisión puesto que se piensa que una mujer nunca estará "completa" sin un hombre que la complemente "Si no encontramos pareja nos vemos condenadas a la soltería y, por tanto, a la soledad" (Herrera, 2018, p. 97). Por tanto, las mujeres que no tengan una relación romántica deberían anhelar el estar en una.

En ese sentido, es interesante ver cómo entrevistadas como Cora hablan de la relación entre el amor y el placer. Cora es una mujer queer, empleada por honorarios de 24 años de edad, que actualmente vive con su pareja estable desde hace un par de años. Durante su entrevista, surgió el tema de las fantasías sexuales como escenarios fantasiosos en los que se imaginaba teniendo experiencias sexuales de mucho placer sexual aunque no llegara a tenerlas en la vida real. Curiosamente, cuando le pregunté a ella directamente si tenía fantasías sexuales explicó que no, porque estaba satisfecha con su relación en pareja y su vida sexual; sin embargo, confesó que antes de empezar a salir con su novia, una fantasía sexual recurrente para ella era tener encuentros sexuales con alguien con quien tuviera una relación de mucho amor mutuo:

La neta, hoy en día creo que no [tengo fantasías sexuales], y no es que diga "hay mi vida es perfecta y pues ya todo se cumplió" pero más bien, no lo he pensado. Tal vez hace unos años sí, y literalmente era como... es muy tonto [se tapa la cara] pero era estar con alguien de una manera muy estable y literalmente que hubiera mucho amor, para mí, te digo que soy bien cursi, para mí era eso, sentirme bien con alguien y sentir que hay mucho amor y que puedo dar a este amor y recibirlo y tal. Esa era una fantasía que decía "si quiero estar con alguien quisiera que fuera de esta manera. (Cora, 24 años, queer junio 2021).

Así, con este fragmento, podemos ver cómo, en un momento donde ella no tenía una relación de pareja, el tener una relación romántica con alguien era una fantasía sexual; es decir, el “estar con alguien de una manera muy estable y literalmente que hubiera mucho amor” se volvía un escenario imaginativo en donde había mucho placer sexual de por medio. Además, es interesante ver como el mito del amor romántico, si bien refuerza la normativa de la heterosexualidad, influye en la manera en la que personas queer, como Cora, construyen sus relaciones sexo-afectivas.

Es sugerente cómo, al hablar de la conexión emocional-afectiva con otra persona como el momento placentero de un encuentro se vuelve a encontrar una característica del amor romántico: la valoración de los sentimientos por encima de lo carnal. No obstante, la manera en la cual las mujeres entrevistadas enaltecen el placer del vínculo con la pareja puede ser cuestionado, sobre todo cuando en repetidas ocasiones también se habla del gusto por el placer sexual “físico”. Retomando la entrevista de Gardenia, por ejemplo, explica que después de terminar la relación con la persona con la que tuvo su primer encuentro sexual,

empezó a experimentar con encuentros casuales porque tiene una libido muy alta. Empero, explica que un principio le fue difícil permitirse el tener dichas experiencias porque antes pensaba que la única justificación para tener relaciones sexuales era el amor:

Yo pensé que a lo mejor ahí iba a hacer como que decir: "Híjole, no, pero es que la justificación que tenía era que estaba bien porque ya había mucho amor, pero ahorita no hay amor, ahorita es por el mero placer" y no. [...] Creo que fue así como: "¡Ahhhh!", así, esclarecedor, la primera vez que fue sin sentimientos y fue igual de placentero o hasta más, quién sabe. (Gardenia, 25 años, heterosexual, julio 2021).

Con este ejemplo, se puede ver como Gardenia pensaba en tener una vida sexual activa solamente cuando tuviera una relación romántica y estable, lo cual concuerda con las normas del amor romántico en las que lo sexual está limitado a fortalecer los sentimientos entre los amantes. Así, al momento de tener una relación sexual placentera fuera de una relación que tuviera las características del amor romántico, la significación del placer sexual se complejiza para Gardenia, ilustrando una vez más que esta experiencia es poco estable, como expliqué con anterioridad.

Sin embargo, inclusive si se reconoce y aprecia al placer sexual físico, la relación entre lo sexual y el amor parece estar presente inclusive cuando se buscan encuentros sexuales causales, "sin sentimientos". Este cuestionamiento surge de testimonios como el de Samantha, periodista y docente a nivel licenciatura, quien se considera una mujer liberal que disfruta su sexualidad. De hecho, es una de las pocas entrevistadas que habla del gusto que tiene por tener encuentros sexuales casuales de manera constante. Aun así, platica que no se permite tener más de diez encuentros sexuales casuales con una persona porque, según lo que ella ha podido platicar con sus amigas sobre el tema, después de varios encuentros se empieza a generar un vínculo afectivo y romántico con esa persona:

[Hablando sobre uno de las relaciones que tenía con alguien para tener relaciones sexuales casuales] También hubo un momento en el que dije "ya no quiero más nada" porque también estoy consciente, discutiendo con amigas y lo que veo a mi alrededor y también lo que quizás yo misma he vivido un poco, que cuando tienes más de cierto número de relaciones sexuales con una persona.... por ahí una amiga decía que estuvo estudiando cosas también del amor, que 7, que ella había leído un estudio que 7, ponle alrededor de 7 entre 5 y 10, pero si pasa cierto número de relaciones sexuales con una persona por más que no quieras, ya vas creando un vínculo. (Samantha, 39 años, bisexual, diciembre 2020).

Me parece muy sugerente cómo Samantha, describiéndose como una mujer que disfruta de su sexualidad “libremente y sin prejuicios” se ponga un límite tan marcado al momento de tener encuentros sexuales con una persona de manera casual para evitar el generar un vínculo afectivo. Es decir, su testimonio presenta la idea de que los encuentros sexuales placenteros están socialmente estructurados por elementos como el amor y la afectividad: el amor romántico también delimita las posibilidades del placer sexual.

En suma, a lo largo de este apartado he explorado la manera en la que las mujeres entrevistadas relacionan el placer sexual con el mito del amor romántico. Siendo este un discurso tan influyente en las sociedades occidentales, se puede vislumbrar la manera en la que afecta la construcción de las significaciones del placer sexual. En este apartado analicé características como la valoración de la “conexión” romántica que a momentos se vuelve normativa para el placer sexual. A continuación, analizaré puntualmente otro elemento del amor romántico presente en las narrativas de las participantes de estudio: la renuncia.

4.2. La renuncia y el placer sexual

Otra característica del amor romántico que se puede encontrar en varias de las entrevistas que realicé, es la presencia de la renuncia como un acto ejercido por las mujeres que buscan intencionadamente un vínculo afectivo, que como desarrollé anteriormente, es descrito como una de las consecuencias más placenteras de un encuentro sexual. La renuncia es un elemento que Marcela Lagarde analiza y explica que la sexualidad femenina está ligada a la ideología del amor, que provoca una situación de desigualdad, obediencia y dominación hacia los otros. Es decir, el amor, requiere renuncia por parte de la mujer:

Por el amor las mujeres disponen su vida para *los otros*. [...] La vida de la mujer está organizada en torno a la vivencia de una sexualidad destinada *para*. Como ciudadana o como fiel, como hija o como esposa, como madre o como prostituta, el poder atraviesa el cuerpo de la mujer. [...] en el lenguaje doméstico del amor y del poder se hace referencia a la fidelidad, a la castidad, la virginidad, o a la permanente disposición a la maternidad o al placer del *otro*.²¹ (Lagarde, p. 144, 2015).

²¹ Cursivas de la cita están presentes en el texto original de Lagarde.

También, como mencioné en la introducción del capítulo, la renuncia y el sacrificio ligado al amor romántico es un tópico recuperado por Eva Illouz (2013) en donde argumenta que este modelo de relación sexo-afectiva llama a las personas a movilizar la totalidad de su persona con el objetivo de alcanzar una conexión romántica con la pareja. No obstante, en la renuncia total propia, se pierden valores como la libertad, la igualdad y la autonomía.

Con esto en mente, argumentaré que la búsqueda del amor romántico fomenta renunciaciones por parte de las mujeres entrevistadas que influyen en la manera en la que significan y experimentan el placer sexual. Para ello, tener sexo también se vuelve un mandato para obtener el vínculo afectivo con su pareja. Es decir, propongo que los encuentros sexuales, inclusive en situaciones en las que no necesariamente son deseables, son entendidos como necesarios por el objetivo de tener una relación afectiva. Esta manera de significar el sexo como una necesidad, puede entenderse como una renuncia por parte de estas mujeres y fomentada tanto por el amor romántico como por la sexualidad como un elemento que estructura las relaciones sociales de las mujeres: “Las cualidades físicas de la mujer, sobre todo las sexuales, implican relaciones sociales y económicas, eróticas, procreadoras, emocionales, intelectuales y políticas de las mujeres y son obligatorias y compulsivas” (Lagarde, p. 563, 2015).

Además, el sexo como mandato no solo aplica para las mujeres como sujetos de género, sino que para todas las personas en general (salvo excepciones específicas como el clero religioso, por ejemplo). De hecho, Adrienne Rich (1980) también explora el mandato del sexo como parte de la “heterosexualidad obligatoria” para las mujeres, concepto con el que reflexiona que el entendimiento social de la sexualidad como natural para las personas es perjudicial para el desarrollo de relaciones afectivas no-sexuales y no-heterosexuales: “En ninguno de estos libros [de sexología femenina], que se ocupan de la maternidad, los roles sexuales, las relaciones y las prescripciones sociales para las mujeres, se examina la heterosexualidad obligatoria como una institución que afecta poderosamente a todos ellos” (Rich, 1980, p. 663)²².

²² Traducción propia del inglés al español.

En este sentido, algunos de los testimonios de las mujeres entrevistadas me permitieron entender algunas de las significaciones que el sexo como mandato tiene para las mujeres. Un ejemplo de esto se puede encontrar en la voz de Kiara, una traductora de 25 años, quien, si bien no se identifica como asexual, explica que la idea de tener encuentros sexuales, incluso con parejas estables, no le parece deseable. Además, menciona que la única relación sentimental que ha tenido terminó porque no fue capaz de cumplir con ciertos “requisitos” que su novia le solicitaba y que se volvieron forzados, rutinarios y poco naturales para ella (como el hablar por teléfono todos los días, organizar citas románticas periódicas y el forzado contacto físico). Es decir, el ideal de la pareja romántica que su pareja tenía provocó que Kiara se sintiera abrumada y perdiera la placentera conexión emocional que había sentido en un principio y lo que la había alentado a intentar tener una relación afectiva. De hecho, platica que su poco interés por el sexo y su poca experiencia con el amor le han hecho cuestionarse varias veces si hay algo mal con ella. Así, a lo largo de su entrevista ella enfatiza en el hecho de que, sí quiere tener una relación afectiva con alguien, sabe que tendrá que ser una relación sexual:

Helena: Y así como sientes que hay una expectativa del “qué hacer” en una relación, ¿sientes que hay una cierta expectativa en cuanto a lo físico? O sea, ¿en que haya encuentros sexuales?

Kiara: Pues sí ¿no? Porque eso es lo que va a diferenciar que tengas una pareja de un amigo simplemente ¿no? Pues sí creo que esa expectativa tiene que estar, pero yo esperaré que fuera algo natural y no una rutina o forzado. [...] Para mí es muy importante que fluya natural, pero claro que está esa expectativa. (Kiara, 25 años, bisexual, julio 2021).

Asimismo, es interesante cómo, en acuerdo con las características del amor romántico, para Kiara lo que separa una relación afectiva-amorosa con alguien de una relación afectiva familiar o amistosa es lo sexual. En el caso de Kiara, y en concordancia con las ideas que se plantearon en el apartado anterior, el elemento que le resultaba placentero de su relación era el vínculo afectivo con su pareja y entiende que para volverlo a obtener en el futuro será necesario mantener una relación sexual, como explica Illouz, en el amor romántico “Sentirse “atraído sexualmente” por alguien se convertía en una condición *sine qua non*²³ de la pareja romántica” (Illouz, 2013, p. 46)²⁴.

²³ Expresión en latín “sin la cual no”. Se aplica a una condición que necesariamente ha de cumplirse para que algo suceda.

²⁴ Traducción propia del inglés al español.

Aunado a esta idea, tener encuentros sexuales no solo es un mandato para las relaciones románticas, sino que se vuelve una manera de conseguir el afecto cuando aún no se tiene. Por ejemplo, Carolina, una bailarina de 24 años de edad, menciona que ella empezó su vida sexual a muy temprana edad y con hombres mayores que ella, lo cual la hace sentir culpable porque ella no quería tener esos encuentros sexuales, sino que lo que deseaba era tener afecto:

Yo no buscaba tener... o sea en mis hojas de prioridades yo no buscaba tener encuentros [sexuales] con ellos. Siento que yo buscaba afecto. Cierta tipo de afecto y yo no sé qué pedo con ellos. O sea, en varios casos sé que no es lo que buscaban [de mi], afecto o ser responsables con ese afecto. Yo buscaba otra cosa, ellos otra cosa y yo iba a acceder por la inexperiencia de saber de qué se trataba la cosa [de tener novios]. [Buscaba] Pues lo más romántico que nos enseñaron cuando éramos pequeñas: como a mi super príncipe azul-esposo que iba a cuidar de mí incondicionalmente. Conforme iba cambiando yo me imaginaba qué quería en una relación afectiva-amorosa y pensaba que lo iba a tener con esa persona [con la que tenía encuentros sexuales]. (Carolina, 24 años, heterosexual/bisexual/confundida²⁵, julio 2021)

El testimonio de Carolina permite ver cómo entendía el tener encuentros sexuales como el camino para obtener afectividad, siendo este, en su experiencia, el elemento deseado por sus parejas. Encima, la manera en la que describe la afectividad hace alusión a la caracterización de la pareja ideal según el amor romántico. Es decir, como desarrollaré más adelante en este capítulo, permite ver algunos de los elementos que se consideran deseables en una pareja para la mujer, como una persona que la “iba a cuidar incondicionalmente” por ejemplo. Es importante señalar que, en la conformación de esa manera de relacionarse con sus parejas sexuales ella se refuerza como sujeto de género al imaginarse como una mujer que se deja cuidar incondicionalmente por su pareja (aunque fuera sólo en la mente de Carolina quien deja en claro que “ellos buscaban otra cosa”).

Además, al referirse a las relaciones afectivas del amor romántico, la entrevistada habla de que estas ideas le fueron enseñadas desde pequeña, fenómeno con el que concuerda Adrienne Rich: “El temprano adoctrinamiento femenino en el “amor” como emoción puede ser en gran parte un concepto occidental; pero una ideología más universal se refiere a la primacía e incontrolabilidad del impulso sexual masculino” (Rich, p. 645, 1980)²⁶. Esto me

²⁵ Esta fue la manera en la que ella misma se expresó sobre su orientación sexual.

²⁶ Traducción propia del inglés al español.

lleva a preguntar ¿en qué momento o a través de qué discursos sociales aprendió que el amor estaba tan profundamente relacionado con la sexualidad? Más adelante en el capítulo plantearé una hipótesis al hablar de la influencia de ciertas producciones culturales en las significaciones de la sexualidad y el placer sexual femenino para las mujeres.

La idea del sexo como elemento inherente de una relación afectiva está presente en testimonios de mujeres que no necesariamente tienen poco interés en el sexo o que lo consideraban una manera de conseguir el afecto de alguien con el que todavía no establecía una relación romántica. En varias ocasiones mencionaron que, si bien disfrutaban tener encuentros sexuales, no tendrían dichos encuentros si no fuera porque su pareja se los pide:

Helena: En ese sentido, ¿crees que el sexo es diferente para los hombres que para las mujeres?

Nacif: Totalmente, yo sí lo veo así, yo, no puedo generalizar, pero te hablo por mí, yo soy como muy... Es un tema muy romántico, como que, para mí, idealizo que cuando mi esposo me trae flores y así, pero no es algo en lo que esté pensando. Si se da, está bien y está padre, pero, por ponerte un ejemplo: en las noches nos acostamos en la cama y él me abraza, pero me empieza a proponer, me toca los senos o así y yo: “No, nomás abrázame, quiero que me abrace, no toques nada, que no sea sexual. Quiero que sea romántico, abrázame nada más”. Entonces, sí siento que... No puedo generalizar, te digo, pero en lo que conozco, mi esposo es muy temperamental, pero sé que me ama y su forma también de demostrarme que me ama. Malo el cuento que yo no le hiciera sentir nada, como para que quisiera estar conmigo, pero yo me podría pasar meses sin tener relaciones y no pasa nada. Te digo, no sé si porque me disminuyó la libido [cuando le dio cáncer cervicouterino]. Antes, pues sí, de vez en cuando, una o dos veces a la semana, pero si no pasaba, no pasaba nada. No por eso yo iba a decir: “Es que ya no me quiere mi esposo”; sin embargo, al revés, él sí: [Si yo decía] “Es que ya no quiero”, [él decía] “Pero ¿por qué? ¿Te gusta alguien?” y yo: “No, claro que no, claro que no. Claro que no me gusta alguien más”. (Nacif, 40 años, heterosexual, junio 2021).

Nacif, es una mujer casada de 40 años que tiene una historia muy complicada con la sexualidad a causa de la violencia doméstica con la que creció y que la incomunicó con su madre para preguntarle sobre el tema. Además, hace unos años padeció de cáncer cervicouterino y los tratamientos lastimaron sus genitales lo que la alejó sexualmente de su esposo por un tiempo. No obstante, la manera en la que se expresa sobre los encuentros sexuales como poco deseables en comparación con gestos románticos puede encontrarse en otras entrevistas. Esto es interesante porque Nacif separa lo romántico de lo sexual como si fueran opuestos “No, nomás abrázame, quiero que me abrace, no toques nada, que no sea

sexual. Quiero que sea romántico” (Nacif, 40 años, heterosexual, junio 2021), lo que contrasta la manera en la que lo sexual y lo afectivo parecían indisociables en algunos de los testimonios presentados en el primer apartado de este capítulo.

El testimonio de Nacif alude al concepto del amor romántico en el que el sexo, se utiliza sobre todo para reafirmar la fuerza de la unión con la pareja para quien, el sexo (o la falta de este) le hacía cuestionar la estabilidad del vínculo afectivo. También, es importante distinguir la manera en la que Nacif, como mujer, significa el amor y el sexo como elementos distintos de su relación, valorando el amor por sobre el sexo, en contraste con lo que comenta de su marido. Esta distinción ilustra la manera en la cual el amor también está generizado. Esto último resuena con el argumento de Rich que hace un paralelo entre la “incontrolabilidad” sexual innata infundida en los hombres con el adoctrinamiento del amor para las mujeres (Rich, 1980). Entonces, la manera en la cual mujeres como Nacif se expresan sobre los encuentros sexuales con su pareja vuelve a poner en el centro del placer sexual el vínculo afectivo y el romance como los elementos más disfrutados y anhelados de su matrimonio o relación.

Asimismo, la renuncia se encuentra presente en otro elemento de los encuentros sexuales: el orgasmo. Si bien he argumentado que uno de los elementos más placentero de las relaciones sexuales es el vínculo afectivo con la pareja, me parece interesante que al momento de hablar del placer “corporal” que se expresa con experiencias como el orgasmo, todas las entrevistadas hablaron de haberlo fingido a lo largo de sus vidas. En algunos casos, el fingir el orgasmo es una manera de controlar el encuentro sexual, sobre todo cuando no es placentero haciendo que se acabe más rápido, como explica Ruth, una traductora de 23 años de edad: “Con él pocas veces lo disfruté [...] en mi mente estaba decir ‘Okay si él siente que yo lo estoy disfrutando él lo va a disfrutar más y ya se va a venir y esto se acaba’” (Ruth, 23 años, heterosexual, diciembre 2020). No obstante, una de las razones más comunes por las que se habló de esta práctica fue por el hecho de proteger la sensibilidad de la pareja (ya sea que se trataran de hombres o mujeres), como expresa Cora al explicar que lo hizo “más pensando en la otra persona que en ti misma”:

[Fingí el orgasmo] porque por el momento... igual creo que por la pena de "ay esta persona ya terminó y yo no". Más que nada por eso de "no me quiero quedar atrás, entonces mejor le hago saber que si disfruté y la neta estuvo bien aburrido" pero es más pensando en la otra persona que en ti misma. (Cora, 24 años, queer junio 2021)

Inclusive en situaciones en las que el encuentro sexual no es “aburrido”, hay situaciones en las que se prefiere renunciar al orgasmo para no tensionar el momento con la pareja sexual:

Carrie: [Fingí un orgasmo] Porque también de repente, mira cuando no es una relación tan formal, de repente así fueron algunas que tuve, pues estás viendo que el chavo se está esforzando, te preparó la cenita, preparó el ambiente, que preparó las velas y todo, y simple y sencillamente no, no está tu cuerpo como cooperando, pero le estoy echando ganas y tampoco es desagradable tampoco es que digas "ya no". Y hay dulzura, y hay ternura y hay intención y hay como buena química y pues tampoco lo quieres hacer sentir mal... (Carrie, 51 años, heterosexual, junio 2020).

En las palabras de Carrie también se ve reflejado el valor del romanticismo de su pareja (expresado a través de una cena y el ambiente romántico, la dulzura y la ternura) que, para agradecerle finge el orgasmo para complacerlo y satisfacerlo.

La frecuencia con la que se habló de la práctica de fingir un orgasmo es contradictoria con la manera en la que la mayoría de las entrevistadas hablaban de su pareja (sobre todo si se trataba de su pareja actual) puesto que siempre se habló de la experiencia sexual como positiva, algo que relaciono con la incapacidad de criticar a la pareja. En todo caso, la popularidad de esta práctica hace referencia a la renuncia del deseo y placer propio para satisfacer a la pareja, una norma del amor romántico que insinúa que se tiene que sacrificar todo por el amante: “El amor es un motivo que busca el placer de una pareja. El deseo es una emoción auto dirigida, mientras que el amor es una emoción dirigida a otros. El amor antepone el bien del amado al propio.” (Karandashev, 2017, p. 9)²⁷. No obstante, también se podría argumentar que el fingir un orgasmo es una práctica que permite a las entrevistadas tener control sobre el encuentro sexual, lo que alude al hecho de que las dinámicas de poder entre los géneros son complejas.

En suma, en este apartado analicé la relación entre la renuncia y el placer sexual femenino. Por un lado, entiendo el tener encuentros sexuales en situaciones en las que el acto no era deseado como una renuncia por parte de estas mujeres para obtener o mantener un

²⁷ Traducción propia del inglés al español.

vínculo romántico-afectivo con la pareja sexual. Además, en este apartado se presenta el hecho de que lo sexual y lo romántico se entienden prácticamente como opuestos. No obstante, la presencia de lo sexual permite mantener al romanticismo que, como en el caso de la afectividad, se narra como el elemento placentero de un encuentro sexual. Por otro lado, la renuncia también está presente en la recurrente práctica de fingir el orgasmo (y, por ende, fingir el placer) con el objetivo de satisfacer o proteger emocionalmente a la pareja sexual.

4.3. El placer sexual, el amor romántico y la relación de poderes entre los géneros

El amor romántico no solo provee características para una relación sexo-afectiva, sino que representa los elementos deseables para una pareja. Si bien he explicado que la feminidad y la masculinidad son conceptos poco estables, relacionales y cultural e históricamente situados, como ya he enfatizado a lo largo de esta tesis, el amor romántico refuerza estereotipos de género basados en la feminidad y masculinidad hegemónica y en concordancia con la heterosexualidad obligatoria. Autoras como Eva Illouz (2013) explican que para los discursos de las instituciones que promueven el amor romántico, la feminidad está claramente definida a partir de la dependencia a la masculinidad y los deseos de esta última. También, alude a que estas características están presentes en la sexualidad y el erotismo como fenómenos sociales en los que se refleja la desigualdad de poder entre los géneros con el fin de mantener, incluso en los espacios más íntimos, la jerarquía masculina. Por lo mismo, alude a que la equidad de género necesita una redefinición del erotismo y del amor romántico que aún no se cumple en las sociedades actuales. De manera similar, Carol Herrera se expresa sobre el amor romántico y la manera en la que influye en las relaciones de poder entre los géneros: “En estas condiciones es imposible construir una relación basada en el respeto mutuo, el buen trato y la igualdad. Es imposible gozar del amor en una estructura de relación basada en la dominación y la sumisión, y en las luchas de poder” (Herrera, 2018, p. 11).

Con esto en mente, desde el capítulo pasado he argumentado que el placer sexual es una experiencia poco individual, influida por mandatos de género y distintos discursos sociales. En este apartado presentaré un análisis sobre cómo el amor romántico influye en la

manera en la que se elige a la pareja sexo-afectiva y cómo esto, a su vez, influye en la experiencia del placer sexual. Para ello, también argumentaré que la manera en la que se relacionan los sujetos de género influye en las características que se consideran deseables en la pareja.

Como intenté explicar en mi capítulo metodológico, el perfil de las mujeres que participaron en esta investigación es muy diverso, por lo que los aspectos que encuentran deseables en una pareja son distintos. No obstante, más allá de sus diferencias, hay puntos en común entre las caracterizaciones que las entrevistadas hacen de sus parejas que se pueden analizar según las expectativas del amor romántico. Hablar de la caracterización de la pareja sexual es importante porque es una condicionante para que la relación afectiva como el encuentro sexual sean placenteros para estas mujeres. Por ejemplo, Teresa, una mujer heterosexual de 24 años de edad, considera que ha crecido como “hija del patriarcado” por su educación tradicional y religiosa. Por ello, explica que desde pequeña se le ha infundido la idea de que una buena pareja es aquel hombre proveedor, protector, católico y profesionalmente exitoso; en pocas palabras, explica que su familia siempre le ha explicado que una buena pareja es un hombre “caballeroso”:

Esto sí viene mucho muy del patriarcado [ríe], qué mi mamá me inculcó muchísimo, que fuera caballeroso, que me pusiera primero, que fuera como muy protector [...] que no me deje estar del lado de la calle... Mi mamá siempre ha sido muy intensa con que pague él todo, que sea como proveedor. Que sea caballeroso es que vea por mí, que me ponga primero, esta parte del proveedor ¿no? que él pague, de que él ofrezca y que sea atento, que sea detallista, que me abra la puerta, que se baje a tocar el puto timbre mi casa, o sea; ese tipo de cosas. [...] Que venga por mí [...] porque entonces demuestra interés y demuestra qué no me va poner en riesgo haciéndome subir a un Uber cuando él puede venir, ¿sabes?, como ese tipo de acciones. (Teresa, 23 años, heterosexual, octubre 2021).

En contraste, Trixie, una estudiante de doctorado y activista feminista de 36 años, comparte que su familia siempre fue muy abierta con el tema de la sexualidad; al punto de que a ella y a su hermano siendo adolescentes les compraron revistas eróticas cuando mostraron curiosidad por el tema y no tuvo la necesidad de salir de closet al ser una mujer bisexual. En cuanto a aquello que busca en una pareja, repitió la necesidad de estar con alguien cuidador o cuidadora y enfatizó en que “el factor de admiración es importante”,

refiriéndose a que se siente atraída por alguien a quien pueda admirar y del cual pueda aprender.

Considerarlo/la inteligente, cuidador o cuidadora (no necesariamente de mí, sino de alguien más o de sí mismos o mismas), que tuvieran o que tengan sentido del humor, poder pasar y estar el tiempo con estas personas, sentirme cómoda, como te digo, en la adolescencia. [...] Es como el hecho de que yo me pueda sentir con confianza y cómoda de estar con alguien, pues tarda tiempo. Entonces, yo creo que son varios filtros. Creo que les tengo que admirar, si no es como... Soy bien mamona y es como “están pendejos”. Creo que sí, el factor de admiración es importante. (Trixie, 36 años, bisexual, julio 2021).

Por otro lado, un elemento sugerente de las entrevistas es la manera en la que las mujeres hablaban de la primera pareja sexual o sobre la pareja actual (en caso de tenerla) como una persona que les enseñó sobre su sexualidad, siendo ellas las aprendices. En esos casos, se valoraba la paciencia y el cuidado por parte de la pareja como una manera placentera y deseada de ser tratadas durante sus primeras exploraciones sexuales. Así, recuperando el testimonio de Nacif, ella lo explica de la siguiente manera:

Prácticamente él [su esposo] fue el que me fue llevando de la mano en todo ese tema sexual. Siempre ha sido muy paciente, muy comprensivo, entonces, al principio te puedo decir que no teníamos una vida sexual tan activa y como que él me fue llevando. O sea, yo creo que ahora no me da pena hablar del tema. Siento ya que aprendí incluso hasta disfrutarlo, que te decía que antes era así como “meh”, aunque, a fin de cuentas, te puedo decir que podría vivir sin sexo [ríe]. [...] Entonces, así fue en el noviazgo con él y estuvo padre, porque me cuidó mucho, ahí yo sí descubrí la verdadera sexualidad. Bueno, o sea, ahí sí sentí lo que era un orgasmo, ahí sí me trató muy muy bien, entonces, pues, me gustó. (Nacif, 40 años, heterosexual, junio 2021).

Para Nacif, su esposo no fue solo una figura similar a la de un maestro que la “fue llevando en todo ese tema sexual” sino que, aunque él no fue su primera pareja sexual, fue el que le enseñó sobre “la verdadera sexualidad”, refiriéndose a una sexualidad placentera. Es decir, la figura del o la maestra en la pareja no es simplemente aquella persona con la se tuvo el primer encuentro sexual, sino aquella que enseñó a estas mujeres sobre el placer sexual.

Sin embargo, estas caracterizaciones no marcan de manera definitiva la estructura de poder entre la pareja. Un ejemplo de esto se advierte en la experiencia de Gardenia puesto que, a pesar de que se sabía “inexperta” en cuanto a sus primeros sexuales con su ex novio

quien describe como paciente, ella tenía la decisión sobre si el encuentro sexual se llevaba a cabo o no, lo que es un indicador de poder y control sobre la relación sexual:

Creo que eso fue muy importante, que había la confianza de decirle: "Ey, eres la primera vez y quiero que sea [así]... de que tenlo muy en mente". La verdad es que, hójole, megatipazazazo, porque yo creo que lo intentamos como un mes, porque yo era de que todo super bien, el *foreplay* super bien y todo lo que tenía que pasar pasaba, de lubricación y demás, pero el miedo es paralizante y te cierras, entonces, apenas (perdón, voy a ser muy gráfica [ríe]), apenas y sentía el... apenas la puntita y yo era un: "No, no, no, ya. Ahí muere porque me va a doler. No quiero" y este güey, te digo, de verdad un santo, porque era un: "Órale, va" y ahí muere y así fue, yo creo que fácil un mes de intentarlo cada semana mínimo una o dos veces para que yo me fuera sintiendo cómoda. (Gardenia, 25 años, heterosexual, junio 2021)

Por otro lado, durante las entrevistas les pedí a las entrevistadas que compartieran conmigo su encuentro sexual más placentero. Fue en pregunta donde varias entrevistadas compartieron el placer que les ocasionaba tener una actitud sumisa durante un encuentro sexual con su pareja. Curiosamente, la mayoría de ellas justificaba este deseo explicando que en su día a día tenían que tomar una actitud "dominante". Por ejemplo, Pamela, una profesora universitaria de 29 años que actualmente está terminando su doctorado y quien se casará el próximo año, explica lo siguiente:

Pamela: Pues normalmente a mí me gusta... Te digo, espero, pero también porque es lo que me gusta, que ellos tomen la iniciativa, por ejemplo. Yo puedo tomar la iniciativa en iniciar la situación, pero normalmente son ellos los que toman la batuta, por ejemplo. Aunque yo en algún momento pueda tomar el rol como... Es que no es dominante, o sea, yo te puedo decir qué hacer o qué no hacer, pero normalmente son ellos los que... no sé cómo explicarlo, como los más dominantes, eso, por ejemplo, a mí me gusta. Sé que la gran mayoría de los hombres o mínimo con los que he estado son así. Ellos también están de cierta manera, no quiero decir condicionados, pero creo que instintivamente es lo que se hace. Entonces, es muy fácil, ya que se empieza el asunto, es muy fácil dejarte ir. [...] Soy una persona muy controladora. Entonces, en todo: en lo que hago de trabajo, en lo que tengo de amistades, con mi pareja. [...] Me gusta mantener el control de todo lo que me involucra. [...]

Helena: Es curioso, porque dices que justo sexualmente lo que te gusta es que sean muy dominantes contigo.

Pamela: Exacto, porque es un momento en el que uno puede soltar el control. Ahí no necesito yo controlar la situación. Sí [ríe]. (Pamela, 29 años, heterosexual, 2021).

En mi opinión, la entrevista de Pamela permite ver la complejidad de las relaciones de poder entre los géneros. En parte, ella se considera una mujer empoderada, exitosa personal y profesionalmente. que ejerce control en la mayoría de las esferas sociales de su vida,

rompiendo el estereotipo de la feminidad relacionada con la deferencia. No obstante, durante los encuentros sexuales con su prometido encuentra placer en “soltar el control” y, de alguna manera, reestablecer una dinámica normativa de dominación masculina y sumisión femenina.

Aún así, en el ejemplo de Pamela hay que considerar hasta qué punto el que ella tenga un control o “dominación” fuera de los encuentros sexuales es un elemento que cuestiona las relaciones hegemónicas de poder entre los géneros: al final, ella está en control de los “cuidados” o de los aspectos domésticos de su relación. En ese sentido, es sugerente pensar en la manera en la que Hochschild habla de la “subordinación disfrazada” en el matrimonio heterosexual. Para la autora, el hecho de que en una relación sexo-afectiva haya momentos de equidad entre la pareja o, inclusive, momentos en los que la mujer tenga el control de ciertas decisiones (sobre todo si tienen que ver con los cuidados), es una manera de esconder la desigualdad entre los géneros que está presente tanto en el espacio íntimo como en el espacio público (Hochschild, 2012). En ese sentido, es interesante pensar hasta qué punto el mito del amor romántico influye en la manera en la que se construye la relación sexo-afectiva cuando refuerza estereotipos de feminidad y masculinidad y cómo, por ende, esto influye en las significaciones del placer sexual para las mujeres entrevistadas.

En resumen, en este apartado argumenté que las relaciones entre los géneros influyen en los aspectos que se consideran deseables en una pareja sexo-afectiva para las mujeres entrevistadas. Notoriamente, se habla de la pareja como un “maestro” sexual que no solo guía a las mujeres como sus aprendices durante sus primeras experiencias sexuales, sino que les permite aprender sobre el placer sexual. Además, la autoridad de la pareja como relación de poder se traslada a otras características que se narran como placenteras, como una actitud dominante, por ejemplo. Sin embargo, la actitud de la mujer como sumisa contrasta en muchas ocasiones con la actitud que toman en otros espacios sociales en los que la pareja, sea hombre o mujer, es la dominadora.

4.4. Las producciones culturales, el amor romántico y el placer sexual

Como expliqué al inicio de esta tesis, mi interés por trabajar con la sexualidad y el placer sexual comenzó con la exploración de la pornografía como una producción que tenía un carácter pedagógico más allá de ser un entretenimiento para sus consumidores. La pornografía y su influencia en la sexualidad ha sido un tema ampliamente estudiado por las ciencias sociales y criticado desde una perspectiva feminista que argumenta que el porno genera imágenes sexuales perjudiciales para la mujer, sin mencionar la falsa imagen que presentan de un encuentro sexual. Investigaciones empíricas establecen que la pornografía está hecha y pensada para ser consumida sobre todo por la mirada masculina, razón por la cual ciertas activistas feministas explican que el factor de excitación al que aluden es la dominación masculina sobre la sexualidad femenina, volviéndose una producción que promueve la desigualdad e, inclusive, la violencia de género. (Prada, 2010). En cuanto al placer sexual femenino, se considera que la manera en la cual el porno representa el placer, a través de la exageración del orgasmo, gemidos y gritos, resulta perjudicial para las mujeres cuya experiencia choca con lo que el porno promueve, sobre todo considerando que sus parejas esperan una reacción similar a la que ven en la pornografía. De hecho, algunos investigadores consideran que esta es una de las razones por la cual la práctica de fingir el orgasmo y fingir el placer sexual es tan popular (Ashton, McDonald & Kirkman, 2019).

Durante mis entrevistas pregunté a las entrevistadas si veían pornografía, práctica que todas, salvo una, negaron hacer. Algunas de las principales razones por las cuales explicaban su reticencia a ver porno son: no es un entretenimiento socialmente bien visto para las mujeres (esta razón se compartía sobre todo con las mujeres de mayor edad), lo encuentran grotesco, no hay una “historia” y parece violento hacia la mujer. En contraste, se habló extensamente de otro tipo de producciones culturales que, a través de historias de amor en las que se perpetúa el mito del amor romántico, pudieron acercarse tanto a la sexualidad como al placer sexual.

En ese sentido, es interesante como Catalina, una empleada a nivel directivo, divorciada de 51 años, habla de novelas de Ángeles Mastretta como libros que la han ayudado a explorar temas como el placer sexual y las razones por las que rechaza el porno:

Bueno todos los libros de Rosa Montero, o sea todos los libros de Rosa Montero, escribe precioso. Ángeles Mastretta, o sea *Mujeres de ojos grandes*, si lo leo con la óptica de que hoy tengo está plagado de... ese me encanta, amo el libro de *Mujeres de ojos grandes*, lo amo. [...] A Ángeles la disfruto mucho. O *Arráncame la vida*, a mi bueno, ahí sí dime ¡cuándo no! Ahí si te puedo hablar de todos los encuentros que tenía esta niña para engañar al marido con el capataz, es precioso, *Arráncame la vida* es un libro totalmente erótico, bonito, sensual y del placer que ella tenía o sea cuando está escribiendo esos encuentros que tenía en el campo abierto, que les valía *wilson*²⁸ el mundo... [...]

Helena: Y, por otro lado ¿has visto porno? ¿O te gusta ver porno?

Catalina: No, y no me llama la atención. Si me parece que eso es... porque no, porque no me interesa porque no es algo que yo diga...no, no, no me interesa, no me causa placer. Me divierte más un diálogo de Mauricio Garcés de "ahhhh" porque eso sin ver toda esa esa sensualidad, todo ese coqueteo, ese perreo me puede provocar más porque me divierte además porque creo que debe de estar asociado también a la diversión, que una película porno no, no lo encuentro ningún sentido, no hay una trama, no hay nada. (Catalina, 51 años, heterosexual, septiembre 2021).

De manera similar, Teresa de 23 años, también enfatizó la manera en la que libros románticos para adolescentes formaron su ideal de cómo tenía que ser una relación sexo-afectiva, dándole expectativas que por mucho tiempo buscó en sus pretendientes, inclusive si años después entiende que presentaban un ideal difícil, si no es que imposible, de alcanzar:

Todas las niñas de mi generación nos rolamos esos libros, ¡puta! hasta parecía "crack" [ríe], [...] en esa novela está muy romantizado el asunto [de tener novio], entonces sí, yo quería algo así, como algo fácil y mágico y precioso y ya sabes, de encontrarte en el aeropuerto y decir como "¡no te vayas!". Como que era muy ideal, entonces, yo ya viéndolo hacia atrás sí, de repente digo: "¡verde güey!, con razón me costó tanto puto trabajo [conseguir novio] porque, o sea eran demasiados requisitos [ríe]. (Teresa, 23 años, heterosexual, octubre 2021).

Estos extractos permiten ver que las entrevistadas también construyen significados del amor, el deseo, la sexualidad y el placer sexual a través del contenido de telenovelas, películas de comedia romántica (*romcoms*), novelas románticas, entre otros. Es interesante como ciertas producciones que podrían considerarse *soft porn*²⁹ son descritas como un entretenimiento "sexual" socialmente aceptable para ser consumido por la mujer. Sin embargo, el hecho de que sean producciones más "femeninas" no significa que no sigan perpetuando estereotipos de género, lo que las termina uniendo con la pornografía producida

²⁸ Expresión coloquial que funciona como eufemismo para la expresión "valer madres".

²⁹ Género pornográfico en el que no se muestran imágenes sexualmente explícitas sino eróticas.

para la mirada masculina y que perpetúa estereotipos negativos del placer de la mujer como explica Adrienne Rich:

La función de la pornografía como influencia en la conciencia es un tema público importante de nuestro tiempo, cuando una industria multimillonaria tiene el poder de difundir imágenes visuales cada vez más sádicas y degradantes para las mujeres. Pero incluso la llamada pornografía blanda [*soft porn*] y la publicidad representan a las mujeres como objetos de apetito sexual desprovistos de contexto emocional, sin significado individual o personalidad: esencialmente como una mercancía sexual para ser consumida por los hombres.[...] El mensaje más pernicioso que transmite la pornografía es que las mujeres son presas sexuales naturales de los hombres y las aman; que la sexualidad y la violencia son congruentes; y que para las mujeres el sexo es esencialmente masoquista, la humillación placentera, el abuso físico erótico. (Rich, 1980, p. 641)³⁰.

Si bien no se menciona en el ejemplo de Catalina, me parece importante hacer una breve mención sobre una de las novelas (y película) a la que más se hizo referencia durante el trabajo de campo: *50 sombras de Grey* (2011). Esta novela de la autora británica E.L. James fue mencionada en repetidas ocasiones como una historia erótica popular entre las entrevistadas. En su momento se publicitó como una historia que rompía con los cánones del amor romántico por ser sexualmente explícita y enaltecer a una mujer como sujeto sexual que explora prácticas sexuales “no convencionales” que le resultan placenteras. No obstante, si se analiza más a detalle resulta ser una historia de amor “tradicional” que replica las estructuras de poder del género a través de sus protagonistas por la caracterización del personaje principal como sumisa, inclusive aludiendo a “la humillación placentera” a la que habla Rich:

La trilogía de las 50 Sombras de Grey es la historia de la conversión de un hombre que solo puede mantener relaciones de dominación con unas sumisas que obedecen a unos mismos cánones estéticos (delgadas y castañas), y que gracias al poder del amor, un amor romántico que conoce y experimenta gracias a Anastasia [la personaje principal], se convierte en el esposo ideal. (Enguix y Núñez, 2015, p. 51).

Entonces, inclusive si este entretenimiento es promocionado como poco tradicional y sexualmente liberador para las mujeres, sigue reflejando el mito del amor romántico a través de una historia más sexualmente explícita pero igual de hegemónica que afectan directamente las significaciones del amor y del placer sexual de su audiencia.

³⁰ Traducción propia del inglés al español.

Por otro lado, es importante enfatizar que no todas las entrevistadas tuvieron la misma experiencia en cuanto a lo aprendido de las producciones culturales. Un elemento en común que varias entrevistadas tuvieron, sobre todo aquellas que son parte de la comunidad LGBTQ+, es el hecho de que ciertas producciones les permitieron conocer y aprender sobre relaciones sexo-afectivas no hegemónicas. En general, puedo pensar en tres testimonios que me parecen importantes recuperar: por su parte, Kiara habló del impacto que la serie de televisión *La leyenda de Korra* (2012-2014) tuvo en ella, puesto que el personaje principal es una mujer bisexual y físicamente fuerte como ella. Ariel, una estudiante de licenciatura de 23 años que se identifica como bisexual, me platicó de la importancia que *Tumblr* (una red social de micro-blogueo³¹) tuvo para entender su propia orientación sexual ya que en este espacio se comparte y difunde mucho contenido audiovisual queer (aunque reconoce que a su manera seguían siendo modelos estereotipados y problemáticos de la comunidad LGBTQ+). Por último, Cora, una mujer queer, explica que su acercamiento al manga japonés la llevó a conocer subgéneros de historias de amor homosexuales y lésbicas, historias que prefiere sobre las tradicionales porque no necesariamente se muestra a las mujeres como “tontas, débiles e inocentes”.

En ese sentido, si bien las mujeres entrevistadas no aludieron directamente al placer sexual, considero que vale la pena mencionar la importancia de que los medios de comunicación tienen para representar identidades de género y orientaciones sexuales no normativas. Justamente, en su investigación, *Consuming the Romantic Utopia. Love and the cultural contradictions of capitalism* (1997), Eva Illouz habla de la centralidad que la cultura popular, influida por intereses capitalistas, tiene para promover e instaurar el amor romántico como único modelo de relación sexo-afectiva aceptable. Así, la autora argumenta que el amor es una emoción condicionada por el contexto socio-cultural en el que se desenvuelve y explica que el “amor romántico” como tal se construye a partir de las narrativas que se consumen en el cine, la televisión, la literatura, la publicidad, entre otros (Illouz, 1997). Esta idea es sugerente porque puede verse representada en las entrevistas presentadas, puesto que

³¹ Servicio que permite a sus usuarios compartir textos, videos e imágenes sin tener que crear una página de internet personal.

las participantes de estudio hablan de la influencia que ciertas producciones culturales tuvieron para moldar sus entendimientos del amor y la sexualidad.

En resumen, con este apartado he intentado plasmar la manera en la cual cierto contenido literario o audiovisual influyó la manera en la cual las mujeres entrevistadas construyeron los significados de la sexualidad y el placer sexual. Más allá de la pornografía, este tipo de contenido parece ser a través del cual las mujeres pueden acceder y disfrutar de un entretenimiento sexual. Así, a través de estas producciones, aunado a otras experiencias y discursos sociales con los que las mujeres entrevistadas dialogan a lo largo de sus vidas, aprenden modelos de lo que es deseable y placentero, en muchas ocasiones en concordancia a historias que reproducen características del amor romántico y prejuicios negativos sobre el placer (como el placer de la humillación y el sufrimiento, por ejemplo). Por tanto, analizar el impacto de producciones culturales en la sociedad es importante porque “aunque los mensajes emitidos a través de los medios de comunicación no determinan totalmente las prácticas y relaciones sociales, sí constituyen un marco de referencia para la creación de universos de sentido” (Ramírez Salgado, p. 95, 2012).

4.5 Reflexiones finales

En conclusión, a lo largo de este capítulo he argumentado que las experiencias de placer sexual están estructuradas por un modelo de sociabilidad de las relaciones sexo-afectivas: el mito del amor romántico. Esta relación se puede observar a través de una serie de características presentes en los testimonios de las mujeres que participaron en esta investigación. Para empezar, al centro de la experiencia del placer sexual se pone la creación de una conexión romántica con la pareja sexual. De hecho, en algunos casos, se justifica el encuentro sexual como una experiencia que sirve ya sea para conseguir o para mantener dicha conexión. Aun así, esta idea puede ser matizada por testimonios que, al estar conscientes del poder de un encuentro sexual para crear un vínculo afectivo, se limita el número de encuentros para evitar la creación de una relación romántica de manera involuntaria. Además, tanto las normas del amor romántico como las relaciones de poder entre los géneros predisponen la manera en la cual las mujeres entrevistadas se relacionan con su pareja sexo-

afectiva. Un elemento que vale la pena resaltar es que dichas mujeres hablan del placer que encuentran en tener una pareja dominante durante los encuentros sexuales, aunque en otras prácticas ellas retomen esa actitud.

Adicionalmente, la búsqueda de la conexión romántica con su pareja fomenta renuncias por parte de las mujeres. En ese sentido, se vislumbra la configuración del sexo como un mandato necesario para distinguir la relación de una amistad o bien, para mantener el vínculo afectivo. Encima, en varias ocasiones se puede encontrar la renuncia de una parte del placer sexual, a través de la práctica de fingir el orgasmo, para no tensionar la relación con la pareja sexual (inclusive si para muchas el fingir el orgasmo les permite mantener otros elementos placenteros, como el vínculo afectivo con la pareja). Por último, vale la pena resaltar que muchas de estas prácticas y significaciones del placer sexual pueden ser aprendidas a través de producciones culturales como las novelas románticas, las telenovelas, las series de comedia romántica, u otras, siendo estas creaciones un entretenimiento sexual femenino que replica características del amor romántico y prejuicios de la sexualidad femenina a través de sus historias.

Gracias a esta serie de argumentos y análisis del material empírico pretendo reforzar la invitación a pensar el placer sexual como una experiencia social, en lugar de una meramente individual y física, dando cuenta de la complejidad con la que armamos nuestra realidad como sujetos de género. En el próximo capítulo analizaré la manera en la cual las mujeres entrevistadas negocian, contradicen y reproducen las expectativas de género de los diferentes discursos sociales con los que conviven en sus distintos espacios sociales y su relación con placer sexual.

5. EL PLACER SEXUAL Y LAS NEGOCIACIONES CON LAS EXPECTATIVAS DE GÉNERO

En los capítulos precedentes he argumentado que las narrativas de las mujeres entrevistadas permiten cuestionar el placer sexual como una experiencia individual que depende solamente de sensaciones físicas. En cambio, se puede entender como una experiencia social que se construye en relación con la pareja, el contexto sociocultural, los mandatos de género, y que se transforma a lo largo de la vida. Asimismo, argumento que, por su carácter relacional, el placer sexual está estructurado por el amor romántico como un modelo de sociabilidad de las relaciones sexo-afectivas de las mujeres entrevistadas. De esta manera, hasta el momento pretendo invitar a mis lectores a pensar el placer sexual como una experiencia íntima influida por lo social que ilustra la complejidad con la que armamos nuestras experiencias de vida como sujetos de género. A continuación, seguiré desarrollando esta idea al explicar la manera en la cual las mujeres entrevistadas construyen experiencias de placer sexual negociando expectativas de género, cambiantes y no necesariamente coherentes entre sí, para así pensar en su papel durante la construcción de la identidad de género.

Tomando esto en consideración, es importante que empiece este capítulo con una breve explicación de lo que entiendo como “expectativas de género”, concepto que está fuertemente ligado a la feminidad. Por ello, retomare algunas de las ideas principales que explico a profundidad en mi marco teórico. El estudio de la feminidad tiene una larga historia en los estudios de género por lo que no puede entenderse como un concepto universal ni estático. Para empezar, es importante distinguir el hecho de que el sujeto de género “mujer” y la feminidad no son sinónimos, aunque este último concepto es comúnmente asociado al primero puesto que la feminidad y la masculinidad son formas y prácticas a través de las cuales el género se hace reconocible. Por lo mismo, la feminidad es un concepto relacional ya que se construye a partir de la configuración de su opuesto: la masculinidad. Estas categorías representan un sistema complejo de mandatos, de expectativas y de relaciones de poder que no son estables y, en ocasiones, ni coherentes entre sí. Considerando que no se trata de conceptos fijos, sino histórica y socioculturalmente situados, estos están en constante

transformación, lo que lleva a tensiones y contradicciones dentro de la misma categoría (Connell, 2003). Por ende, en este capítulo entiendo como expectativas de género, a las características y prácticas genéricas de la feminidad que se asocian a las mujeres como sujetos de género en las distintas etapas de sus vidas.

Sin embargo, como ya mencioné, sería un error pensar que las interpretaciones presentes a lo largo de esta investigación pueden ser universalizantes para definir la feminidad o a las mujeres porque las mujeres entrevistadas tienen perfiles únicos, distintos y, a momentos, hasta contrastantes. Aún así, es importante mencionar que varias de ellas comparten un contexto socio-cultural similar. Para empezar, todas las participantes de estudio son mexicanas y han vivido en grandes ciudades urbanas del país, la mayoría siendo de la capital. Además, inclusive si no fue un parámetro buscado adrede en los perfiles de las entrevistadas, todas ellas pertenecen a una clase social media y media-alta, por lo cual comparten ciertas experiencias de vida como el estudiar en educación superior y posgrado, el apoyo financiero de sus familias cuando es necesario, la posibilidad de estudiar o vivir en otros países por algún periodo de sus vidas y la posibilidad de tener una independencia económica. Es importante reconocer estas características porque estas influyen en los discursos sociales y, por ende, en las expectativas de género y de la feminidad que se les imponen a lo largo de sus vidas.

A continuación, me guiaré de la siguiente pregunta para desarrollar este capítulo analítico: ¿cómo las mujeres entrevistadas construyen y experimentan el placer sexual a la par de las negociaciones con las diversas expectativas de género que acatan o cuestionan a lo largo de sus vidas? En el proceso de responder a este cuestionamiento, ahondaré en la manera en la cual los discursos sociales en los que los sujetos de estudio se encuentran inmersos influyen en el cómo, cuándo, dónde y con quién se habla y experimenta la vida sexual y, por ende, el placer sexual. Después, argumentaré que, dado a que las expectativas de los discursos pueden llegar a ser contradictorias, las entrevistadas hacen un ejercicio de construcción de “fachadas” a partir de las cuales pueden vivir la sexualidad cumpliendo con dichas expectativas de género. Por último, explicaré que, la creación de estas “fachadas” es una herramienta que les permite a las mujeres entrevistadas marcar una separación entre el

espacio íntimo y el espacio público, a pesar de que estos están fuertemente ligados y se influyen mutuamente. Así, este ejercicio se vuelve una de las maneras en las que el placer sexual está presente en la constante construcción, reproducción y cuestionamiento de sus identidades de género.

5.1 El placer sexual y los discursos de sociales

Ya desde 1976 en el primer tomo de su célebre obra *Historia de la Sexualidad*, Michel Foucault apuntaba al hecho de que la sexualidad no puede pensarse como un tabú, sino como una incitación institucional para hablar del sexo: “se ha convertido [...] en algo que debe ser dicho y dicho exhaustivamente según dispositivos discursivos diversos pero todos, cada uno a su manera, coactivos” (Foucault, 2011, p.33). De hecho, Foucault habla de la importancia de la confesión en las sociedades occidentales (en las esferas legales, religiosas y morales) como uno de los dispositivos discursivos privilegiados de incitación a hablar de la sexualidad de manera controlada y que permite establecer la verdad sobre el sexo. En ese sentido, es interesante pensar en cómo las entrevistas que se llevan a cabo por parte de investigaciones cualitativas como la presente pueden pensarse como una confesión en las que las entrevistadas hablan sobre temas privados, como lo es su vida sexual, de manera guiada por los cuestionamientos del entrevistador cuyo objetivo es complejizar su entendimiento de lo sexual a través de sus narraciones. A propósito del placer, Foucault comenta que los placeres individuales son un tema central para ser discutidos y escuchados por el otro a través de la confesión como una manera de recorrer el dominio de la sexualidad (Foucault, 2011).

Con este argumento, el filósofo francés apunta a que las distintas instituciones sociales no prohíben el discurso sobre la sexualidad, sino que, a través de una “policía del sexo”, controlan el cómo, cuándo y con quiénes hablarlo: “es decir, no el rigor de una prohibición, sino la necesidad de reglamentar el sexo mediante discursos útiles y públicos” (Foucault, 2011, p. 25). De esta manera, las instituciones instauran su poder inclusive en los ámbitos más íntimos de la vida de las personas y establecen discursos de lo lícito o normal (socialmente aceptable) y lo perverso (lo socialmente desviado). A esta idea es importante añadir que los discursos de la sexualidad por parte de las instituciones son diversos y en

ocasiones contradictorios, de ahí que se trate de un tema en disputa entre varias disciplinas científicas, por ejemplo. Al respecto Ana Amuchástegui explica que “la sexualidad es un campo en disputa donde esas fuerzas políticas, a menudo opuestas, compiten a fin de lograr que sus respectivos discursos queden como la definición dominante o, al menos, logren el respeto para la diversidad y la autodeterminación” (Amuchástegui, 2001, p. 97). Es decir, si bien en la sociedad existen discursos aparentemente dominantes sobre la sexualidad, como los impuestos por la religión católica, estos están constantemente disputando su dominio sobre los significados de la sexualidad para los individuos.

Amuchástegui (2001) explica que algunos de los discursos dominantes sobre la sexualidad en el México contemporáneo son la educación formal y la ciencia de la escuela, la Iglesia Católica y el gobierno por sus políticas de salud y de población; no obstante, matiza sobre el hecho de que estas instituciones compiten por el dominio del discurso sexual con otros actores sociales con expectativas sociales contrastantes, como el feminismo, el activismo LGBT+, entre otros. Asimismo, es importante señalar que los discursos de cada institución o actor social no son estables puesto que están histórico-culturalmente situados y pueden adaptarse con el tiempo con el objetivo de seguir siendo pertinentes para más personas. Por lo mismo, sería un error considerar que cada institución tiene un único discurso; por ejemplo, al hablar de la Iglesia, la autora plantea que “sería erróneo considerar como monolítico el discurso de la Iglesia, ya que implica contradicciones, luchas y negociaciones entre diferentes grupos dentro de la misma institución” (Amuchástegui, 2001, p. 88). Esto es relevante para mi análisis porque, como argumentaré a lo largo de las siguientes páginas, la lucha de poder entre estos actores, sus discursos y sus respectivas expectativas de género influyen en la manera en la cual las mujeres entrevistadas viven su sexualidad y experimentan el placer sexual.

Para resumir, los discursos en los que estén inmersas las participantes de esta investigación son relevantes para comprender cómo las entrevistadas viven su sexualidad y su placer sexual. Además, una persona no está en diálogo con un solo discurso y las expectativas de estos pueden ser contradictorias entre sí. Así, a partir de lo interpretado en sus narrativas, argumentaré que en el intento por cumplir ciertas expectativas de género

resultado de los discursos sobre la sexualidad con los que conviven, las entrevistadas construyen fachadas (tanto para el otro como para ellas) que se vuelven esenciales para la experiencia del placer sexual en sus encuentros sexuales.

5.2 La construcción de fachadas y el placer sexual

Con anterioridad argumenté que el placer sexual es una experiencia relacional que, entre otros elementos, se ve influida por expectativas de género y las emociones que estas pueden generar, por lo que no es una experiencia “pura” ni unidimensional. Por brindar un ejemplo, la virginidad comúnmente generó culpa en aquellas mujeres entrevistadas que tuvieron sus primeros encuentros sexuales fuera del matrimonio, inclusive si se trató de encuentros consensuados, deseados y descritos como placenteros. De hecho, Ariel, estudiante de licenciatura de 24 años, comenta que cuando tuvo relaciones sexuales por primera vez a sus 17 años no sintió culpa hasta que su mamá se enteró y le dijo que aún era muy joven para tener sexo. Esto provocó una culpa tal que empezó a desear no tener vagina por ser un elemento de su cuerpo sexuado que la ponía en tensión con su familia: “Sí sentí culpa, pero una culpa muy intensa de que casi dije: ni debería tener vagina ¿para qué la quiero? ¿Para qué la quiero si solo me está trayendo problemas con mi familia?” (Ariel, 23 años, bisexual, julio 2021). Justamente, para Ariel la culpa surgía de haber roto la expectativa que su madre tenía de ella “Pero más que nada que... pues como que esta imagen que tenían de su hija, perfecta o su hija, inocente y maravillosa, se había roto” (Ariel, 23 años, bisexual, julio 2021). En este caso, el no lograr mantener la imagen que su familia tenía de ella ocasionó que, inclusive teniendo relaciones placenteras, el placer se viera influido por las expectativas sociales, al punto de tener lo que ella describió como “orgasmos culpables”. Es decir, si bien en el momento del encuentro sentía placer, cuando posteriormente reflexionaba sobre la relación sexual sentía culpa al pensar que había hecho algo “malo” lo que transformaba el significado del orgasmo.

En contraste, varias entrevistadas hablaron del miedo de que su vida sexual influya en la imagen que otras personas tienen de ellas, desde familiares hasta colegas de trabajo. Por ejemplo, Carrie de 51 años habla del miedo que sintió en su juventud a “la muerte social”

o “la muerte civil” (Carrie, 51 años, heterosexual, junio 2020). Esta “muerte” estaba relacionada a que otras personas se enteraran de que estaba teniendo relaciones sexuales extramaritales y explica que ese miedo era su motivante para mantenerse virgen hasta el matrimonio.

Tomando en cuenta testimonios similares, argumento que para poder explorar su vida sexual de manera placentera varias de las entrevistadas han creado fachadas para mantener ciertas apariencias frente al otro, apariencias que por lo general están ligadas a las expectativas de género que esos círculos sociales esperan de ellas. Así, entiendo la creación de fachadas como un ejercicio que les permite a las participantes hacer una cierta separación entre sus espacios íntimos y las expectativas de la feminidad de los discursos sociales con los que negocian a lo largo de sus vidas, lo cual les permite cuestionar o reafirmar su identidad de género. Irónicamente, el hecho de que se busquen mecanismos para la separación de lo público y lo privado, alude a que lo social influye hasta en los momentos más íntimos de sus vidas. Propongo la palabra “fachada” como una manera de aludir a la “cara exterior” o lo que “da hacia fuera”, bajo el entendido de que esta parte de la identidad también es inherente de la persona.

La manera en la cual las mujeres entrevistadas cuestionan o reafirman su identidad de género a partir de momentos de intimidad como lo hacen en ciertos encuentros sexuales, es una práctica que me gustaría analizar a través de la teoría de Judith Butler. Cabe mencionar que Butler analiza, sobre todo, cómo el deseo produce sujetos de sexo-género; no obstante, algunas de sus reflexiones me parecen sugerentes para mi investigación. En su obra, *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity* (1999), Butler argumenta que las identidades de género, en específico el binario mujer y hombre (y las categorías femenino y masculino respectivamente), están estructuradas a través de la matriz heterosexual, entendida como la categoría de la diferencia sexual que determina los criterios de inteligibilidad de los individuos en el campo social. Es decir, la matriz heterosexual organiza las identidades de género a partir del significado específico que socio-culturalmente se asocia a los cuerpos sexuados. En ese sentido, la heterosexualidad es un discurso hegemónico con categorías normativas, relacionales y excluyentes a través de la cuales se establece la identidad de

género según el supuesto de la estabilidad del binario femenino/masculino. De esta manera, explica que la “máscara de la feminidad” es una herramienta con la que las mujeres se alejan de la masculinidad y, por ende, a la atracción sexual de lo femenino que se asocia a esta, reafirmando su identidad de género como mujeres y cumpliendo la norma de la matriz heterosexual. También, explica que la identidad de género no es estable por lo que está en un constante proceso de repetición e imitación de prácticas a través de las cuales afirma la matriz heterosexual como discurso dominante de la identidad de las personas (Butler, 1999).

La manera en la que Butler habla de máscaras de la feminidad o masculinidad puede ser comparable a la manera en la cual argumento que las entrevistadas construyen fachadas para separar su intimidad de lo social, como una manera de poder cuestionar o reproducir elementos de la feminidad que, a su vez, les permite desarrollar su identidad de género a través de la experimentación del placer sexual. Si bien no sugiero que el placer sexual tiene el mismo papel que la identidad sexual en la estructura de la identidad de género, esta manera de analizar el placer sexual puede indicar que esta experiencia es una parte distinta del mismo proceso. Los distintos momentos en los que se construye y significa el placer sexual, son parte de esa “repetición” a la que alude Butler, en los que la identidad de género se reafirma o se cuestiona. Es decir, las mujeres entrevistadas también desarrollan su identidad de género a lo largo de la experiencia del placer sexual que, como ya he explicado, es una experiencia compleja, relacional y poco estable.

Asimismo, me parece sugerente recuperar la manera en la que Hochschild (2012) habla de la feminidad como una práctica de género que se “actúa” a través de la gestión emocional. Para esta autora, dado que la feminidad no es innata, las mujeres tienen que actuar un rol hiper-femenino ante la sociedad lo que genera una separación entre el “yo real” y un “yo extraño” o un “yo del escenario”, siendo este último el que acota las expectativas de la feminidad. Para Hochschild, esta separación del yo es una manera en la que se protege una parte íntima del ser ante las expectativas sociales que no les permiten explorar sus propios deseos o necesidades: “Hacen el papel de la ultrafemenina, de alguien que se interesa por los demás, y no tienen la oportunidad de explorar los otros lados de su carácter y descubrir sus

propias necesidades, sexuales o de otro tipo.” (Hochschild, 2012, capítulo 8.)³². No obstante, la investigadora reconoce que, si bien esta separación se hace para proteger una parte íntima y real del “yo”, también es un ejercicio problemático porque impide que las personas tengan un sentimiento de integridad a lo largo de su vida. De hecho, ella llega a esta conclusión después de analizar la manera en la que un grupo de azafatas, quienes considera representan el ideal de la mujer hiper-femenina, sufren de una incapacidad de sentir placer en sus relaciones sexuales: “Sus problemas sexuales podrían considerarse una forma pre-política de protesta contra el uso excesivo de su feminidad tradicional. Esta forma de protesta, este aferrarse a algo tan íntimo como ‘mío’, sugiere que vastos territorios del yo pueden haber sido abandonados como ‘no míos’” (Hochschild, 2012, capítulo 8). Los argumentos de Hochschild me parecen interesantes por la forma en la que sugiere que la identidad de género se acota o cuestiona a partir de ejercicios la separación del yo en un ser íntimo y uno social. A su manera, yo propongo algo similar al hablar de la creación de fachadas como un ejercicio que influye tanto en la construcción de significados del placer sexual como en la construcción de la identidad de género. No obstante, no me parece adecuada la manera en la autora que se refiere al yo “íntimo” como el “yo real” en contraste con el “yo del escenario”, ya que considero que ambas categorías son igual de reales y tienen la misma influencia en la manera en la que se constituye la identidad de género de las personas.

Con estas discusiones teóricas en mente, me permitiré presentar y analizar algunos extractos de entrevistas que me parecen relevantes mencionar. Una de las participantes que hizo énfasis en este ejercicio de las fachadas es Ruth, una mujer de 23 años que trabaja como intérprete. La historia de Ruth es particularmente interesante porque a través de su narración se puede analizar la manera en la cual los discursos sobre sexualidad con los que convive no son únicos ni estables a lo largo de su vida. Ruth es originaria de Morelia y explica que sus círculos sociales están altamente influenciados por la moral católica por lo que la sexualidad siempre fue un tema del que no se hablaba ni siquiera en familia porque: “las niñas buenas no cogen, se dan a respetar” (Ruth, 23 años, heterosexual, septiembre 2021). De hecho, explica que, cuando fue adolescente, la educación sexual que recibió de la escuela solo se

³² Traducción propia del inglés al español.

relacionó con la reproducción y su mamá lo único que le dijo fue que “se cuidara” sin hablar específicamente de métodos anticonceptivos. Por lo mismo, comenta que durante toda su adolescencia tenía una mirada muy “tradicional” hacia el sexo al pensarlo como un acto reservado para tener hijos después del matrimonio. No obstante, ella explica que tuvo dos momentos en su vida que sacudieron estas creencias: el viajar de intercambio estudiantil a Holanda y mudarse a la Ciudad de México para estudiar la licenciatura.

Ruth comenta que su viaje a Holanda fue un verdadero “choque cultural” en cuanto a lo sexual, sobre todo porque, a diferencia de México, en ese país todo el mundo era extremadamente abierto y casual para hablar de sexo: “Cuando me fui a Holanda, que también fue un shock muy grande como: güey a cada esquina ver un museo del sexo y de que haya sexo en vivo y mil cosas.” (Ruth, 23 años, heterosexual, septiembre 2021). Una de las maneras en las cuales Ruth sobrellevó ese choque cultural fue a través de la construcción de una fachada en la que, ante el otro, ella era igual de abierta con lo sexual y, sobre todo, que tenía tanta experiencia como sus pares.

Este ejercicio de la creación de la fachada se puede ver en una experiencia particular que compartió. Ruth explica que, durante su intercambio, su novio fue a visitarla a Holanda y en un momento de intimidad empezaron a besarse y él tuvo una eyaculación. Ella admite que no sabía qué estaba pasando, pero fingió lo contrario “por la presión social”, para poder cumplir con las expectativas que tenía en ese contexto en particular:

Vi a mi ex allá y empezamos a fajar y, en el faje, él se vino. Pero yo no sabía que eso pasaba. O sea, de repente se quitó y me dijo "no mames, pasó". Y yo -ya sabes-, me hice la experta, dije: "ah sí...". No tenía ni idea de lo que estaba pasando. O sea, en ese momento yo no sabía que el hombre se venía, ni qué le salía, ni por dónde le salía, o sea, no sabía nada y tenía 17 años y estaba en Holanda. (Ruth, 23 años, heterosexual, septiembre 2021).

Entonces, en contraste con las expectativas a las que se acataba en Morelia en donde “la niña bien” no debe tener relaciones sexuales y ni siquiera hablar de ello, en Holanda se esperaba que ella como adolescente tuviera mucha más experiencia sobre el tema, cuando en realidad ni siquiera tenía conocimiento de cómo ocurría la eyaculación masculina “Y entonces te digo que me acuerdo muy bien, que a pesar de que había mucha información en Holanda y todo, yo seguía sin saber bien y me di cuenta de que yo seguía sin saber bien” (Ruth, 23 años,

heterosexual, septiembre 2021). Sin embargo, una vez que regresó a México volvió a cambiar la manera en la que se presentaba hacia el otro, pues si bien había aprendido mucho en su intercambio, tenía que volver a ser “una niña bien”.

Los discursos sociales a los que se adscribía volvieron a cambiar cuando se mudó a la Ciudad de México para estudiar en la universidad. Ruth comenta que, ese espacio académico le permitió convivir con ideologías contrastantes con la suya: “Pero en mi caso, yo lo que me ayudó y que definitivamente que surgió de la universidad, es cuestionarme todo. Y todo lo que me habían enseñado, decir, güey, no porque me lo hayan enseñado quiere decir que está bien.” (Ruth, 23 años, heterosexual, septiembre 2021). Así, ella considera que gracias a este periodo y a su viaje a Holanda ha podido disfrutar su sexualidad y llegar a tener encuentros sexuales placenteros con su pareja: “Si yo me hubiera quedado en Morelia, güey, no mames, lo mal que me hubiera caído. Qué hueva de persona. Te lo juro la Ruth sin haberse salido a Holanda y a México, y así. Qué hueva.” (Ruth, 23 años, heterosexual, septiembre 2021). Sin embargo, Ruth explicita que tiene que tener mucho cuidado de no dar a conocer esta manera de pensar con ciertas personas, sobre todo aquellas de su ciudad natal, para así mantener su fachada de “la niña bien” aunque ella no se considere como tal. Es decir, una condicionante para que pueda experimentar relaciones sexuales placenteras es el poder mantener su estatus social a través de fachadas que le permiten cumplir las expectativas de género que tiene a lo largo de su vida.

El concepto de niña bien. Yo creo que está directa y completamente relacionado con que tantos niños te has besado o cogido, si has cogido, y ya. [...] Y me puse a analizarlo y la niña bien es simple y sencillamente, la niña, la mejor niña, es la que no se besa con tantos niños, la que no ha tenido tanto contacto con tantos niños, la que no ha tenido tantos novios, y la que es virgen. [...] [En] Morelia me tienen en concepto como "niña bien" porque, pues, solamente he tenido novios, rara vez he estado soltera. mi repertorio de niños que he besado en Morelia, fueron 3. [...] Eso es lo que guía el concepto de "niña bien" y por eso a mí me tienen como niña bien y yo... bien... bien cogida [se ríe]. (Ruth, 23 años, heterosexual, septiembre 2021).

La entrevista de Ruth es interesante porque, en primer lugar, ilustra la manera en la cual las expectativas de género para las mujeres están culturalmente situadas y pueden ser contrastantes unas con otras. De hecho, se puede distinguir cómo en los tres momentos que ella marca como esenciales para el desarrollo de su relación con lo sexual (el crecer en

Morelia, su viaje a Holanda y estudiar en la capital del país) tiene expectativas sociales distintas sobre cómo se debe comportar, pensar y disfrutar del sexo. Por lo tanto, una manera a través de la cual Ruth encontró la posibilidad de cumplir con estas diversas expectativas, fue a través de la creación de fachadas en las que el otro mira lo que espera de ella. Además, el cumplir con estas expectativas sociales es una manera en la que ella se siente segura en su intimidad para experimentar encuentros sexuales placenteros, inclusive si está consciente de que en ciertos espacios sociales se le juzgaría. Como explicaría Hochschild, el actuar con éxito el rol femenino que se le impone, le permite explorar ciertas necesidades y deseos de su “yo íntimo” (Hochschild, 2012). Así como las expectativas, las fachadas no son estables y se van configurando dependiendo del contexto en el que se encuentra: aunque actualmente, en la Ciudad de México, se considera una mujer sexualmente abierta y sin tapujos, mantiene su fachada de “niña bien” ante la gente que la conecta con los círculos sociales más tradicionales de su ciudad natal. Como lo plantea Amuchástegui, “[...] la experiencia [sexual] del individuo es erigida como una interacción con los discursos dominantes de la sexualidad dentro de las posibilidades de interpretación que las culturas locales proveen” (Amuchástegui, 2001, p. 148).

Asimismo, me permitiré aludir a la experiencia de otra participante en donde el ejercicio de la creación de la fachada me parece importante. En el caso de Ruth se puede ver cómo la fachada que crea es para cumplir las expectativas de género que un discurso “tradicional” religioso le impone —a pesar de su deseo de tener una vida sexual activa con su pareja formal. Su viaje a Holanda deja entrever que las expectativas de género, al estar culturalmente situadas, pueden ser contrastantes ya que allá se esperaba que como mujer adolescente fuera una persona con mucho bagaje y experiencia del tema. Sin embargo, el caso de Samantha es interesante porque deja entre ver como los discursos de sexualidad en México y sus respectivas expectativas no son sólo “tradicionales”, es decir, no son unidireccionales, como explica Amuchástegui al aludir al hecho que las grandes instituciones en el país compiten con otros actores sociales por el dominio de los discursos de la sexualidad.

Recapitulando el perfil de Samantha de manera breve, ella es una mujer de 39 años, bisexual y periodista. En general, ella se considera una mujer feminista que es “sumamente locuaz para hablar de sexo”; es decir, muy abierta al tema y a tener experiencias sexuales “no tradicionales” puesto que es un aspecto de su vida que vive “libremente y sin prejuicios”. De manera similar a la de Ruth, Samantha enfatiza que estudiar en el extranjero en un país donde el sexo está más normalizado que en México le ayudó a quitarse “el miedo a muchas cosas, entre ellas el sexo [ríe]. No le perdí el respeto, pero sí el miedo” (Samantha, 39 años, bisexual, diciembre 2020). De hecho, ella también alude al concepto de la “buena niña” (comparable a “la niña bien”) pero, a diferencia de Ruth, rechaza esta manera de identificarse y la señala como machista: “una buena niña, no puede andar acostándose con todo mundo porque si no eres una puta”, ¿ya sabes no? muchas cosas machistas” (Samantha, 39 años, bisexual, diciembre 2020). Sin embargo, inclusive si a lo largo de la entrevista se asume como alguien que disfruta de una vida sexual “no tradicional”, al hablar de placer sexual comenta que en algunos sentidos disfruta de experiencias que se podrían entender como “tradicionales”, como el tener una relación monógama y heterosexual con su pareja actual, a pesar de ser un modelo de relación que años antes le parecía incompatible con su personalidad: “Pues ahorita [...] la familiaridad también la estoy agradeciendo mucho. Justo sí sentir que tengo a alguien en quien emocionalmente, además de también todo lo sexual, apoyarme. Sí lo estoy disfrutando bastante más de lo que creía” (Samantha, 39 años, bisexual, diciembre 2020). Notoriamente, habla del placer que la sumisión le brinda en los encuentros sexuales:

Me he dado cuenta, también ya con el tiempo, que soy también un poco más... no quiero decir... pero "tradicional" quizás no es la mejor palabra, de lo que yo pensaba porque, aunque estoy muy abierta a muchas experiencias diferentes que mucha gente no ve "normal" o "convencionales", pues al mismo tiempo como que sí me he dado cuenta que me gusta ser sumisa en la cama. [...] Entonces comprarme ese "yo social" se fue haciendo más fuerte, más evidente y más seguro. Me he dado cuenta que en la cama lo que menos quieres es pensar ¿sabes? [ríe] O sea como el "¿Sabes qué? Haz lo que quieras, yo soy tu muñeca, aquí sí soy sumisa, afuera no me quieras someter con tu machismo, pero aquí sí hazme lo que quieras" a eso me refiero un poco con sumisión. (Samantha, 39 años, bisexual, diciembre 2020).

En este extracto es interesante la manera en la cual Samantha separa su “yo social” de los espacios de intimidad con sus parejas sexuales, aspecto que es una de las razones por las cuales se hace el ejercicio de la creación de fachadas. Así, es interesante ver como ante el otro, Samantha trabaja en una fachada a través de la cual se presenta como una mujer “fuerte”

y “empoderada sexualmente” al punto de que ha experimentado con encuentros sexuales “no tradicionales” como los tríos, por ejemplo. Sin embargo, en sus momentos de intimidad habla de cómo su placer sexual también se ve relacionado con prácticas ligadas a un concepto de “feminidad tradicional”. Es decir, aunque ante el otro es vista como una “*femme fatale*”³³ y varias de sus acciones motivan esa fachada, está consciente de que en muchos aspectos de su vida sexual e íntima se despega de esa imagen: “Soy *femme fatale*, sí pero también me han bateado. *Femme fatale* en la forma de arreglarme y mi seguridad, pero no es de ‘a ese seguro me lo hecho, o a esa’ no soy tan poco tan aventada” (Samantha, 39 años, bisexual, diciembre 2020). De hecho, más adelante reflexiona sobre cómo este concepto ha influido en la manera de identificarse como mujer y, cómo, a pesar de que reconoce algunas prácticas como normativas, es capaz de disfrutarlas sin sentirse menos feminista: “O sea, está bien, eso no te hace menos feminista o más sumisa, simplemente es el adaptar esas cosas de la feminidad impuesta a ti, lo que te guste para sentirte bien” (Samantha, 39 años, bisexual, julio 2021).

Con este extracto de entrevista me parece importante recalcar la manera en la que Samantha habla de la feminidad como algo que se le “impone”, razón por la cual hace una separación del “yo social” como una fachada (o una máscara, como argumentaría Butler) para cumplir con esas expectativas mientras experimenta con prácticas sexuales placenteras que no se acoplan a la “feminidad feminista” con la que se identifica. Esta idea cuestiona la manera en la que Hochschild encuentra que el acotar el yo hiper-feminizado del “ser del escenario” les impide a las mujeres explorar deseos y placeres propios o fuera de la norma; por el contrario, esta separación de lo íntimo y lo social es justamente una manera en la que se exploran dichas experiencias. Además, vale la pena remarcar como el hecho de poder vivir el placer sexual con experiencias “tradicionalmente femeninas” como la sumisión, es una manera en la que Samantha cuestiona significados de la feminidad y se apropia de aquellos que la “hacen sentirse bien”. Esta manera de pensar la relación con su feminidad es importante porque apunta al hecho de que el placer sexual es una experiencia que también influye en la construcción de la identidad de género, como ahondaré más adelante en el

³³ Personaje canónico de la literatura en la que una mujer, generalmente la villana de la historia, usa su sexualidad para cumplir sus objetivos en detrimento de los otros.

capítulo. Por último, es relevante hacer énfasis en la manera en la cual esta entrevistada no entiende a la feminidad solamente como un conjunto de normas y expectativas limitantes para la mujer y, por el contrario, encuentra que ciertos aspectos de la misma la empoderan. Esta manera de pensar la feminidad cuestiona la manera en la que varias autoras hablan de este fenómeno y se asimila a la manera en la que autoras feministas como Itziar Ziga hablan de la posibilidad de construir una feminidad fuera de la norma patriarcal y machista que “pervierte los códigos de la buena chica” (Ziga, 2009, p. 56).

Por otro lado, es importante señalar que las expectativas de género para estas mujeres son poco estables y pueden cambiar a lo largo de su vida. Para este argumento me permitiré recuperar la voz de Carrie. Ella es una mujer de 51 años que trabaja como empleada de gobierno, es heterosexual, vive en unión libre con su pareja actual y se divorció a sus 28 años. De manera similar a Ruth y a Samantha, Carrie habla del peso que la imagen de “la buena niña” tuvo en su relación con el sexo “si eras una buena niña, o una niña de casa, no pensabas en sexo, no hablabas de sexo. No sentías deseo, te aguantabas hasta que te casaras” (Carrie, 51 años, heterosexual, junio 2020). De hecho, como mencioné al inicio de este capítulo, habla del miedo a la “muerte social” que podía ocurrir en los casos de las mujeres que la gente sospechaba tenían relaciones fuera del matrimonio, lo cual era una motivación para mantenerse virgen hasta ese momento y para casarse joven, como fue su caso, al casarse a los 23 años: “También finalmente nos casábamos más jóvenes... porque casarte era la única manera –socialmente aceptada– de tener sexo” (Carrie, 51 años, heterosexual, junio 2020). En ese sentido, como Ruth, menciona la centralidad de la virginidad para las mujeres no casadas. Algo interesante de su entrevista es que también alude a cómo, una vez casada, las expectativas de género que se le imponían le exigían tener relaciones sexuales como un acto de procreación: “Estábamos muy convencidas [sus amigas], bueno, yo no tanto eh...de que, en el matrimonio, pues ya mucho [de las relaciones sexuales] era pues... para tener hijos” (Carrie, 51 años, heterosexual, julio 2021). En este sentido, es interesante cómo Carrie habla de la manera en la que las expectativas de género cambian con el tiempo y en distintas etapas de vida: la virginidad de la niña buena (antes del matrimonio) y el ser madres (después del matrimonio). Sin embargo, Carrie explica que ella consideraba que era muy joven para tener

hijos cuando recién contrajo matrimonio e, inclusive, se cuestionaba si de verdad deseaba ser madre. De hecho, explica que el estar casada le permitió explorar su vida sexual sin miedo a ser criticada socialmente pero que, esta curiosidad estaba ligada a disfrutar de su placer sexual sin tener que volverse madre:

Porque yo si creía... por decirlo de una manera idealista... en el derecho que tiene una mujer a sentir placer físico, sin que ello vaya acompañado de la concepción. Porque también pues eventualmente, yo no quería tener hijos luego luego que me casara. Era un poco lo que yo observaba en mi familia y en las familias que me rodeaban. Una mujer se casaba, y si a los 3 meses no estaba embarazada... algo malo estaba pasando. Porque qué ibas a estar pensando en métodos anticonceptivos... finalmente de familias muy católicas...y muy conservadoras...pues ya... si te casabas es porque ya... ibas... o sea si ya podías tener sexo, pero ese sexo era para tener hijos y yo decía: "pero es que estoy muy chica para tener hijos. Yo todavía no me sé ni cuidar sola ¿cómo voy a cuidar a alguien? (Carrie, 51 años, heterosexual, julio 2021).

Para Carrie el estar casada le ayudaba a mantener su fachada de “niña buena” frente a sus círculos cercanos sociales y poder explorar su placer sexual junto con su esposo sin miedo a “la muerte social”. No obstante, la expectativa de ser madre se articulaba (y contrastaba) con otra expectativa de género que para ella era importante cumplir: el ser exitosa económica y profesionalmente. Estas expectativas pueden atarse a la clase social a la que Carrie pertenece. Como lo mencioné anteriormente al hablar de Catalina, Hochschild argumenta que la clase social influencia las expectativas de la feminidad y menciona que en la clase media-alta, para que una mujer se le considere “buena mujer” necesita cumplir con dos roles de manera simultánea: la madre y esposa amorosa y la mujer profesionalmente exitosa y glamurosa “[Estos roles] Hacen el trabajo de simbolizar la transferencia de la feminidad casera al mercado impersonal, anunciando, en efecto, ’trabajo a la vista del público, pero sigo siendo una mujer de corazón” (Hochschild, 2012, capítulo 8)³⁴. Esto ilustra la manera en la que los discursos sociales que imponen expectativas de género son diversos y poco coherentes entre sí. En el caso de Carrie, la manera en la cual argumentó el cumplir con una expectativa por sobre de otra fue razonar que, por haberse casado tan joven, tenía tiempo para decidir si convertirse en madre o no: “Si me casé a los 23, pues tengo

³⁴ Traducción propia del inglés al español.

tranquilamente unos 7 u 8 años para tener bebés, que a mí los niños nunca me han encantado. Pero dije: bueno, si es que me animo, tengo tiempo, entonces yo no estaba muy convencida.” (Carrie, 51 años, heterosexual, julio 2021).

Años después, su esposo y ella se separaron y terminaron su relación cuando Carrie tenía 28 años de edad. Así, las expectativas de género que se le imponían volvieron a cambiar. Primero, comenta que, si bien su exesposo y ella estuvieron separados por un par de años antes de divorciarse legalmente, ella no se sentía cómoda de salir con otros hombres porque, aunque lo deseaba, no estaba bien visto que lo hiciera estando legalmente casada y porque consideraba que varios hombres solo la buscaban para relaciones de una noche, idea que no le daba ni curiosidad ni le parecía placentera: “yo no me sentía cómoda de buscar una pareja sexual, y tampoco quise decirle a nadie de mi entorno. Porque me había tocado ver que muchos hombres buscan a las mujeres separadas... pues para tener relaciones sexuales.” (Carrie, 51 años, heterosexual, julio 2021). No obstante, esto cambió cuando firmó el divorcio formalmente. Por ser una mujer divorciada joven que, además, era económicamente independiente y exitosa en su trabajo, muchas amigas del trabajo y familiares buscaban presentarle a una pareja potencial: ser soltera contradecía las expectativas de género en ese momento de su vida. Al mismo tiempo, ella comenta que disfrutó mucho ese periodo de su vida porque ya no se esperaba que fuera virgen y ahora tenía experiencia sobre el terreno sexual, lo cual la alentó a tener una serie de relaciones casuales con amigos para seguir explorando su placer sexual sin la formalidad de una relación. A continuación, Carrie explica la lógica que la llevó a coquetear con su primer amigo con beneficios:

Pero cuando firmo el divorcio digo, pues ahora sí. Hasta les dije a algunas amigas: preséntenme a alguien. Fíjate que curioso, yo me iba divorciando cuando mis amigas se iban casando, entonces me hago de un nuevo grupo de amigas, solteras. Un poquito más jóvenes que yo que también eran...pues conservadoras, tranquilas y todo, y de mi trabajo. Y una de ellas me presenta a un amigo suyo... me acuerdo que lo conocí en su fiesta de cumpleaños. Y me encantó desde que lo vi. [...] No sabes diferenciar lo que es amor de lo que es hormona, y yo estaba muy tranquila en el sentido que dije: "Esto es pura hormona. Este hombre me encanta". Yo también le gusté a él, pero él se hizo un poco más del rogar. Entonces ahí descubrí todas las armas que puedes tener como mujer con la coquetería, y pues ¿Ya qué? Ya sé cómo cuidarme, vivo sola, me mantengo sola. Soy una mujer de 30 años. Ya no le tengo

que pedir permiso a nadie. Entonces, literal, le tiré los canes.³⁵ (Carrie, 51 años, heterosexual, julio 2021).

En este extracto, es interesante cómo Carrie habla de la manera en la que las características que buscaba en una pareja cambiaron en el momento en el que se volvió una divorciada joven. A diferencia de cómo años antes se había casado con un hombre del que comentó haber estado muy enamorada para poder disfrutar de una vida sexual de manera socialmente aceptable, en esta nueva etapa de vida se sentía cómoda buscando amigos con beneficios. Además, estaba incitada por sus pares que también consideraban que en esa etapa de su vida debía salir con otras personas, aunque manteniendo, hasta cierto punto, la fachada conservadora que había tenido toda su juventud. Resumiendo el argumento hasta el momento, la experiencia de Carrie permite argumentar que las expectativas de género con las que las mujeres negocian no son estables ni constantes; de hecho, estas cambian a lo largo de las etapas de vida por lo que las fachadas también se adaptan a estos cambios.

Curiosamente, si bien Carrie se consideraba una mujer “abierta al sexo” y buscaba encontrar placer sexual a través de encuentros casuales, al mismo tiempo se seguía describiendo como una mujer “conservadora” en cuanto al tema, imagen que buscaba mantener ante sus círculos sociales. Esto, permite abordar otro elemento del ejercicio de la creación de fachadas: puesto que la sexualidad es íntima pero relacional, la creación de estas fachadas también influye en otros elementos del encuentro sexual, como la pareja sexual. Por ejemplo, si bien Carrie comenta que después de su divorcio se sentía cómoda al tener relaciones sexuales casuales, en varias ocasiones recalca que seleccionaba a estos hombres gracias a su discreción para no disrupir la fachada que tenía en ciertos círculos sociales como mujer conservadora. Así, al hablar del primer hombre con el que tuvo una relación casual, admite que se animó a acercársele y aceptar su propuesta de tener sexo sin compromisos porque:

[Mi amiga] me dice: "Lánzate Carrie, es un tipazo" dice, mira: fue muy honesto contigo, es discreto, mi amiga se llevaba súper bien con todos los hombres de la oficina. [...] Porque

³⁵ Carrie hace referencia a la expresión coloquial “tirar los perros” que significa coquetear o seducir a alguien. Esta es una expresión que esta entrevistada utiliza mucho a lo largo de su entrevista como eufemismo.

toda la bola de hombres que ves aquí en la oficina, te va a lanzar el *can*³⁶, nada más para acostarse contigo, y al rato contárselo a los demás. Y cuentan detalles muy específicos de cómo es tu cuerpo, de cómo lo hicieron, de si les gustó, o no les gustó y luego hasta se andan como que dando *tips*, mal plan, un ambiente machista como ha sido siempre el financiero. En cambio, a él no le sacan la sopa de nada [...] además él sí mide su distancia entre el trabajo y la relación personal, es discreto. (Carrie, 51 años, heterosexual, julio 2021).

La discreción fue una característica que Carrie buscó con todas las parejas sexuales que ha llegado a tener, relacionando la discreción con la idea del caballerismo: “Los caballeros no tienen memoria, las damas tampoco. No quiero alguien que vaya a regar por ahí en la forma en la cual tuvimos ese encuentro o mi desempeño, alguna cuestión por el estilo. Sobre todo, por ejemplo, soy muy cuidadosa con el trabajo” (Carrie, 51 años, heterosexual, julio 2021). Es decir, para Carrie, para que los encuentros sexuales casuales fueran placenteros, tenía que elegir una pareja que, entre otras cosas, no pusiera en duda su fachada como mujer conservadora en espacios sociales como su oficina.

De manera similar, mujeres que negocian con expectativas de género distintas a las de Carrie aluden al hecho de que la pareja sexual tiene que cumplir con ciertos atributos que les ayudan a mantener las fachadas con las que cumplen ciertas expectativas. Por ejemplo, Samantha habla de la atracción que siente por hombres que no esperan una vida “tradicional” de ella, algo por lo que ha terminado algunas de sus relaciones: “mientras yo me la estaba pasando bomba [en Europa] él [su expareja] quería ya casarse, tener hijos, hacerme los hijos y tenerme, no de no de ama de casa, pero sí yo que cuidar a los hijos y la familia feliz y los domingos con la mamá y el perro y los viajes... yo me asfixio en eso.” (Samantha, 39 años, bisexual, julio 2021). En contraste, cuando habla de uno de los encuentros sexuales casuales más placenteros en los que podía pensar, habla de cómo esa pareja le gustaba porque sus personalidades habían conectado y explica que le daba placer como él la hacía sentir como la mujer feminista como la que se identificaba, en contraste con su expareja quien la hacía sentir una mujer “tradicional”:

Estaba sintiendo mucho placer, era la forma en la que también me besaba, la forma en la que le bailé, hacía danza árabe yo también, entonces le bailé y pues obviamente estaba así extasiado. La forma en la que en la que me hacía sentir mujer, no solamente quizás pareja” ¿no? Que es lo que me había pasado con este cuate si me hubiera casado con él, me habría

³⁶ Carrie hace referencia a la expresión coloquial “tirar los perros” que significa coquetear o seducir a alguien. Esta es una expresión que esta entrevistada utiliza mucho a lo largo de su entrevista como eufemismo

convertido sólo en la madre de sus hijos y yo me doy un tiro ¿sabes? (Samantha, 39 años, bisexual, diciembre 2020)

Esta cita es sumamente sugerente, porque alude al hecho de que el placer sexual es una experiencia que también influye en la construcción de la identidad de género: la manera en la que se ordena el contexto permitía significar el encuentro como placentero y parte del placer es también la afirmación de la identidad de género. Es decir, esta última no es necesariamente resultado del placer, sino que es en sí un elemento del placer sexual.

En resumen, en este apartado he argumentado que el placer sexual es una experiencia relacional que se ve influida por las expectativas de género de los distintos discursos sociales con las que dialogan las mujeres entrevistadas. Dichas expectativas están culturalmente situadas por lo que no son estables, ni coherentes, ni estáticas y pueden cambiar dependiendo del contexto en el que se encuentren e, inclusive, según la etapa de vida que están viviendo. Así, una de las maneras a través de la cual exploran su vida sexual de manera placentera es a través del ejercicio de la creación de fachadas para mantener cierta imagen frente a ciertos círculos sociales. Entonces, la fachada es una herramienta para cumplir las expectativas de género contradictorias que influyen directamente en el cómo se vive placer y cómo se logra crear espacios en donde se pueda experimentar el mismo. Con la serie de entrevistas que presenté, pretendo que se entienda a la creación de fachadas como un ejercicio plural, cambiante y adaptable a las expectativas de género diversas que las entrevistadas obedecen a lo largo de sus vidas. A continuación, argumentaré que, adicionalmente, el ejercicio de creación de fachadas se vuelve esencial para la separación del espacio íntimo y social. Las entrevistadas señalan esta separación como importante ya que les permite delimitar un espacio en donde se sienten seguras como para experimentar una vida sexual que puede llevar a cuestionar o reproducir características de su identidad de género: la intimidad.

5.3 La fachada como herramienta de separación entre lo íntimo y lo social para la experiencia del placer sexual

Hasta el momento he presentado la manera en la cual las entrevistadas hacen un ejercicio de creación de fachadas como una manera de acotar las expectativas de género socialmente

impuestas en relación con la sexualidad en sus espacios de intimidad. Este ejercicio se vuelve importante para el proceso del placer sexual porque permite a las entrevistadas explorar su vida sexual sin dejar de cumplir con las expectativas sociales que se esperan de ellas. Aunado a esto, a continuación argumentaré que la creación de fachadas es importante para el placer sexual porque les permite remarcar la separación entre los espacios sociales e íntimos.

Para desarrollar este argumento, me permitiré hablar del concepto de intimidad como lo he entendido a partir de las entrevistas con las mujeres que participaron en esta investigación. En muchas ocasiones se hizo alusión a la importancia que la intimidad o tener un espacio íntimo tenía para tener un encuentro sexual placentero. Este concepto es tanto espacial, emocional, relacional y contextual. Es decir, si bien en muchas ocasiones se hablaba la importancia de que el encuentro se desarrollara en un espacio “bonito” según los estándares y expectativas de cada una, se hablaba de que ese espacio tenía que hacerlas sentir cómodas y seguras para vulnerarse ante la pareja sexual y así poder sentir placer sexual. Carrie, por ejemplo, es muy locuaz al describir su espacio de intimidad como “un espacio pues bonito, tranquilo, sereno” y explica que para ella es imposible sentir placer sexual en un lugar que la haga sentir incómoda o insegura; por ello, insiste en la importancia de los espacios íntimos bonitos, ligando su descripción con la calidad del encuentro sexual que tenga:

Mira yo creo que en primera son [espacios] seguros, o sea, yo desde empecé a vivir sola más o menos por ahí de los 25 años entonces no tenía digamos necesidad de hacerlo en el coche, o de hacerlo en el cine o alguna situación medio físicamente incómoda. A mí me gustan las habitaciones bonitas, las camas *king size*, las sábanas suaves, la temperatura agradable, que haya musiquita de fondo, las velas, los aromas, las cremitas, ese tipo de cosas son las que me encantan y pues eso no se puede dar por ejemplo en un coche. [...] Es mi espacio, es mi tiempo, es mi calidad de relación [sexual]. (Carrie, 51 años, heterosexual, julio 2021).

De hecho, Carrie comenta que desde niña entendió la importancia de los espacios íntimos para la vida sexual, puesto que su mamá era muy clara en no permitirles entrar a su habitación, y sobre todo a su cama, a ella y a su hermana al considerársele un espacio íntimo: “a nosotras jamás nos dejaron meternos a la cama cuando estaban mis papás porque ese era su espacio de intimidad, su espacio físico y también su espacio sexual” (Carrie, 51 años, heterosexual, julio 2021). No obstante, me parece importante señalar que la intimidad no se limita a un espacio físico en particular, sino que en muchas ocasiones se le habla como el

contexto en general; es decir, si bien en muchas ocasiones se hace referencia a su recámara, la intimidad puede estar presente en otros espacios siempre y cuando cumpla con ciertas características que fomenten en cada una un sentimiento de seguridad y comodidad.

La importancia del espacio íntimo como espacio personal y sexual está presente en otras entrevistas. Una que me parece sugerente mencionar es la de Gardenia, porque ella también ilustra que lo íntimo no solo se encuentra en un espacio físico estático, sino hasta en ciertas prácticas. Gardenia, profesora de 25 años, de manera similar a la de otras entrevistadas describe la intimidad como el “mostrarte vulnerable y sentirte en un espacio seguro para hacerlo” y comenta que, si bien disfruta de tener encuentros sexuales con amigos con beneficios, para poder hacerlo necesita sentir una conexión con esa persona para lograr la intimidad para sentir placer sexual³⁷: “Creo que eso es lo más valioso que te puede pasar con alguien, por eso creo que la amistad es tan preciada para mí, porque es un momento de absoluta intimidad” (Gardenia, 25 años, heterosexual, junio 2021). No obstante, su intimidad es suya y tiene límites para el otro por más conexión que sienta con esa persona. Por mencionar un ejemplo, uno de sus límites es que no duerme con esas personas “tendría yo que estar así, en tachas y en hongos y éxtasis, todo simultáneamente para quedarme a dormir con una persona después de eso. Eso lo siento super íntimo.” (Gardenia, 25 años, heterosexual, junio 2021). De hecho, menciona que el poder poner ese límite con sus parejas casuales es algo que ha momentos le permite disfrutar del encuentro más que cuando está con una pareja formal, por el hecho de que con un novio tiene que ceder ese espacio y esa práctica íntima aunque no lo desee “no me gusta [dormir con alguien], pero como es parte del *show* y es parte del mismo ritual, se tolera, se va trabajando y lo aguantas” (Gardenia, 25 años, heterosexual, junio 2021). También es interesante pensar esto último como una de las “renuncias” que el amor romántico fomenta en aras de mantener feliz al amante. Entonces, según las entrevistadas el espacio íntimo es aún más profundo y personal que el espacio privado porque el primero es construido por y para una misma y se comparte de manera selectiva y consciente en momentos específicos. Esta breve introducción sobre la intimidad

³⁷ La “conexión” con la pareja sexual para la experiencia del placer sexual es un elemento que se analiza a fondo en el capítulo pasado.

es importante porque es un concepto que utilizaré continuamente para este argumento ya que la fachada es una de las herramientas que utilizan para la separación entre lo íntimo y lo social.

Esta es una idea que ya se puede vislumbrar en algunas de las entrevistas que he mencionado hasta el momento. Por ejemplo, esto es mencionado cuando Samantha habla de su “yo social” cuyas actitudes de “femme fatale”, segura y dominante, no necesariamente están en acorde con la actitud que toma en su vida sexual y que le da placer, como el ser “sumisa” en sus encuentros sexuales, una característica que ella relaciona con “la feminidad tradicional”. No obstante, menciona que los encuentros sexuales más placenteros, aquellos en donde se siente más cómoda de buscar esos elementos que le brindan placer, son en los que hay intimidad con su pareja “creo que me gusta más con intimidad, sobre todo ahorita que lo estoy volviendo a tener. Insisto, sin intimidad, tiene todo ese rollo de ‘¿Cómo va a ser este cuerpo y cómo me va a tocar y cómo vas a pasar?’, pero sí, con intimidad sientes más disfrutable” (Samantha, 39 años, bisexual, julio 2021). Es decir, si bien habla del placer de “la novedad” que tienen los encuentros sexuales casuales, reflexiona sobre cómo lo íntimo le resulta aún más placentero porque lo sexual se nutre de una conexión emocional “Justo sí sentir que tengo a alguien en quien [apoyarme] emocionalmente, además de también todo lo sexual” (Samantha, 39 años, bisexual, julio 2021). Esta reflexión es sugerente porque ella misma comenta que piensa que esta manera de disfrutar el placer sexual está en acorde a las expectativas sociales “tradicionales” con las cuales ha dialogado la mayor parte de su vida y de las cuales busca alejarse. No obstante, el explorar en la intimidad las prácticas que le brindan placer sexual, le han ayudado a cuestionar y legitimar simultáneamente su identidad como mujer femenina “Ya me gustan más los vestidos, o sea, como que también es el hacer las paces con el concepto de feminidad y aceptar de eso lo que a ti te gusta y adaptarlo a lo que tú eres” (Samantha, 39 años, bisexual, julio 2021).

Esta manera de diferenciar su persona “social” de la “íntima” está presente en otras entrevistas. Notoriamente, se puede ver en la voz de Catalina, una empresaria a nivel administrativo de 51 años y que actualmente está divorciada. En capítulos anteriores analizo de manera puntual algunos aspectos de su narrativa, pero para esta ocasión me parece

importante recordar que ella habla del peso que su educación sexual familiar tuvo para experimentar su vida sexual. En particular, habla del miedo que se le infundió a tener relaciones sexuales por el hecho de que sus hermanas mayores habían sido madres adolescentes, lo cual fue muy duro para una familia religiosa que se regía por el “qué dirán”; de hecho, explica que por esto sentía que hasta su matrimonio “su idea de sexualidad estaba completamente desasociada de placer” (Catalina, 51 años, heterosexual, julio 2021). Estos embarazos fomentaron la tensión entre su padre y sus hermanas y Catalina sentía que, por lo mismo, no era valorada como mujer en su hogar. Para lidiar con este rechazo, ella habla abiertamente de cómo se “masculinizó” ante su familia “me convertí en hombre muy fácil. Yo me masculinicé mucho porque mi papá no me veía. Para mi papá existían solo los varones y eso me pesaba mucho. Me dolía mucho porque yo adoraba a mi papá. [...] Siempre fui la que más salió adelante en ese sentido.” (Catalina, 51 años, heterosexual, julio 2021). Posteriormente, esta fachada le sirvió para introducirse exitosamente a su campo laboral:

En ese sentido me masculinicé en el sentido de borrar toda mi parte emocional y mi parte nutricional. Esa es la parte que la mujer más aporta a cualquier organización. No tenía que convertirme en un hombre. Entonces yo veía en todas las juntas, 80 hombres y yo la única mujer, y eso era un orgullo. Pero pues era una mujer que actuaba y pensaba como ellos para que me pudieran ver como ellos. Y totalmente agresiva, muy competitiva, no de colaboración. Sino más de competición. En eso he sentido que yo me masculinicé. (Catalina, 51 años, heterosexual, julio 2021).

En suma, Catalina creó una fachada en la que masculinizaba para poder cumplir con las expectativas de género que encontraba en ciertos círculos sociales como su familia y su trabajo. No obstante, esto cambiaba en sus espacios de intimidad. Así como comenta que para masculinizarse borró de su personalidad toda la parte emocional, explica que para ella el placer sexual que sintió con su exesposo estuvo completamente ligado a su intimidad y, por lo tanto con sus sentimientos, razón por la que se siente incapaz de llegar a tener relaciones sexuales casuales “Porque fue algo tan íntimo, tan personal de los dos, que para que yo pueda estar lista si tendría que ser alguien a quien yo diga... o sea yo así de un encuentro casual de una noche, no podría. No me considero así de "ay pues ya no más un *free*", no. Si creo que yo comprometo sentimientos.” (Catalina, 51 años, heterosexual, julio 2021). De hecho, más adelante explica que la razón por la cual se sintió cómoda explorando su vida sexual y su placer sexual fue gracias a la manera en la que su entonces marido fue

“caballeroso” y paciente con ella para poder trabajar los prejuicios con los que había crecido, es por ello que ella no pueda separar intimidad de placer sexual:

[Mi exesposo] fue un caballero en ese sentido, siempre fue caminando a mi paso, y siempre me permitió... ahí sí fue como tipo el Papalote [Museo del Niño] "Toca, juega y aprende", así me pasó y él siempre tuvo paciencia y ese llevarme de la mano o que camináramos ese camino juntos, eso sí siempre. No era una gente egoísta o que pensara sólo en él, siempre pensaba más en que yo tuviera placer y ya cuando aprendimos juntos fue mucho más sencillo para los dos. (Catalina, 51 años, heterosexual, julio 2021).

Además, es interesante como más allá de su fachada de “masculinización” ante ciertos círculos sociales, en muchas ocasiones se reafirma como mujer al separar la manera en la que las mujeres entienden el placer a comparación de los hombres, incluyéndose en el primer grupo y rechazando ciertas actitudes que asocia con lo masculino, como el presumir de sus conquistas sexuales:

Yo creo que para ellos es como un "valor de hombre", mientras que para ellos eso los hace más hombres y por eso lo pueden expresar y lo hablan y eso... tu no vas vociferando eso, como mujer, siento que yo no voy vociferando eso ni mucho menos, soy más reservada en ese sentido. Mientras que para los hombres ellos se cuelgan como medallas, como trofeos, como las estampitas del álbum de "esta ya la tengo y está ya la tengo". Yo siento que en mi caso soy más reservada en ese sentido, por eso creo que se expresa diferente. (Catalina, 51 años, heterosexual, julio 2021).

Recapitulando, es sugerente la manera en la cual entrevistadas como Samantha o Catalina remarcan la separación entre lo íntimo y lo social, separación que fomentan a través de la creación de fachadas para su “yo social”. No obstante, la manera en la cual se habla de cómo ciertos elementos placenteros en un encuentro sexual está en acuerdo (o desacuerdo) con expectativas de género, alude al hecho de que lo social estructura hasta el momento más íntimo de las personas. Aun así, es a través de los espacios de intimidad en donde las entrevistadas reproducen o cuestionan elementos de su identidad de género (como ciertas características que consideran femeninas, por ejemplo) gracias a la experimentación del placer sexual.

Para resumir, el ejercicio de creación de fachadas es importante para la experiencia del placer sexual porque, entre otros atributos, les ayuda a las entrevistadas a separar lo íntimo de lo social. De hecho, describen la intimidad como un espacio en donde se sienten emocionalmente seguras para poder expresar la vulnerabilidad que en muchos casos

encuentran esencial para tener encuentros sexuales (más) placenteros. Adicionalmente, es en estos espacios de verdadera intimidad en los que pueden explorar su placer sexual, inclusive si lo que resulta placentero contrasta con las expectativas de género socialmente impuestas. Por ello, se puede analizar la manera en la cual el placer sexual es un elemento que también participa en la construcción de la identidad de género, al ser una experiencia a través de la cual se reproducen o cuestionan elementos, como la feminidad, de dicha identidad. Así, se vislumbra la manera en la cual lo social y lo íntimo están fuertemente ligados, inclusive con los esfuerzos de las entrevistadas de separar ambas esferas de sus vidas.

5.4 Reflexiones finales

En conclusión, a lo largo de este capítulo he analizado la relación entre la experiencia del placer sexual y la identidad de género de las mujeres entrevistadas. En primer lugar, es importante señalar que estas mujeres están en diálogo con las expectativas de género de los distintos discursos sociales presentes a lo largo de sus vidas. Dichos discursos no son monolíticos ni estables al igual que las expectativas que imponen en los sujetos de género y se ven influenciados por otros fenómenos sociales como la clase social, siendo esta un elemento en común entre las participantes del estudio. Estas expectativas de género influyen en la manera en la que se vive la vida sexual y, por ende, en el cómo se vive el placer sexual para las entrevistadas. Una de las estrategias a través de las cuales las mujeres logran experimentar una vida sexual placentera en concordancia con las expectativas de género, es a través de la creación de fachadas que les permite dividir su “yo social” del “yo íntimo”. Así, pueden navegar entre ambos espacios y sus respectivas expectativas de género con las que negocian mientras exploran su placer sexual.

Adicionalmente, estas fachadas son una herramienta gracias a la cual las entrevistadas separan los espacios íntimo y social. Esta división es importante porque la intimidad es explicada como un elemento esencial para la experimentación del placer sexual. También, a través de la intimidad como un espacio emocionalmente seguro, sienten la comodidad de explorar prácticas que son sexualmente placenteras aunque éstas choquen con las prácticas que corresponden a las expectativas de género con las que dialogan en el espacio social; por

ejemplo, el sentir placer por la sumisión cuando esta práctica se considera “poco feminista” para alguien dentro de estos discursos o el sentir placer al ser “femenina” en contraste de la “masculinización” que vive en otras esferas públicas. Es decir, gracias a la experimentación del placer sexual en los espacios de intimidad, las entrevistadas cuestionan y reproducen elementos que componen su identidad de género. Así, se puede pensar al placer sexual como una experiencia compleja que es influida e influye la identidad de género de las mujeres. También, esto permite vislumbrar cómo tanto el placer sexual como la identidad de género no son naturales, sino que se construyen socialmente y a través de la experiencia, lo cual ilustra hasta qué punto lo social estructura hasta el punto más íntimo de nuestras vidas.

6. CONCLUSIONES

Como cierre de esta tesis realizaré una síntesis de los argumentos principales que he desarrollado a lo largo de esta investigación. Además, terminaré con una serie de reflexiones finales sobre los aportes de esta investigación en el campo de los estudios de género y de la sexualidad y mencionaré algunos de los cuestionamientos que surgen de mis interpretaciones y que abren posibilidad de continuar con este tema de estudio en otros proyectos.

Para la síntesis, me permito recordarles a mis lectores que el objetivo principal de esta tesis fue entender la manera en la que un grupo de mujeres mexicanas, de origen urbano (residentes de la Ciudad de México), de estrato socioeconómico medio y medio-alto, y entre los 23 y 55 años de edad, reproducen y cuestionan normas y expectativas de género a partir de la construcción y vivencia de significados del placer sexual. Así, para responder este cuestionamiento, en esta tesis desarrollé tres capítulos analíticos en los que escribí mis interpretaciones de las entrevistas que recopilé durante el trabajo de campo. A continuación, haré una síntesis de los argumentos más importantes a considerar.

En primer lugar, es importante recalcar en el hecho de que el placer sexual no es una cosa-en-sí. Por el contrario, esta investigación arroja luz en que se trata de una experiencia compleja que no puede ser caracterizada como natural, individual, meramente corporal, e inclusive, como meramente positiva. La manera en la que las mujeres que participaron en este proyecto narran sus experiencias invita a pensar en el placer sexual como una experiencia que es relacional, que se transforma y que está influida por aspectos sociales. Así, argumento que el placer sexual es relacional porque cuando las entrevistadas hablaron de experiencias sexuales placenteras se aludía a la pareja sexual y a la relación que se tuviera con esta. De hecho, algo que fue muy sugerente fue cómo las entrevistadas hablaban del vivir “diferentes tipos de placer” dependiendo del tipo de relación que se mantuviera con la pareja sexual: para muchas el estar en una relación romántica y formal les hacía tener encuentros sexuales que eran placenteros por el mero hecho de compartirse con la persona amada; para otras, el tener encuentros sexuales con “aventuras de una noche” era placentero por la adrenalina de estar con una persona desconocida. De hecho, aunque en un par de ocasiones se habló de la

masturbación, esta era descrita más bien como un ejercicio de “relajación” e, irónicamente, no como una práctica placentera en sí. En contraste, el centro alrededor del cual se construía el entendimiento de un encuentro sexual placentero, era la conexión que existiera con la pareja sexual. Esta interpretación me hizo reflexionar sobre el peso que la afectividad tiene en esta experiencia y, en algún momento, consideré hablar de “placer sexo-afectivo”. Sin embargo, habría cometido el error de volver a separar los binomios afecto y cuerpo como componentes opuestos de la sexualidad cuando, por el contrario, esta investigación apunta a que ambos elementos son igual de importantes para la construcción de “lo sexual” en la experiencia de las entrevistadas.

También, al describir al placer sexual como relacional y no individual, me refiero a la relación que tiene con dimensiones sociales, en particular, con el género y la feminidad. Aquí, cabe recalcar que la feminidad no es un concepto universalizable ni estable, sino que está histórica y culturalmente situado y sus expectativas no son necesariamente coherentes entre sí. En mi propia investigación se puede ver como las entrevistadas, al tener perfiles y experiencias de vida distintas, acotan o cuestionan diferentes discursos sociales sobre lo femenino. Tomar en cuenta esta relación es importante porque alude al hecho de que las expectativas sociales influyen y son influidas por los momentos más íntimos de la vida de las personas; por ende, el placer sexual es una experiencia generizada. Una característica interesante que surge de este análisis es el hecho de que el placer sexual no es una experiencia unidimensional. Es decir, en muchas ocasiones se habló de cómo el placer estaba influido por emociones negativas, como la culpa o el miedo, sobre todo cuando no se cumplía con una expectativa o mandato de la feminidad, como el mantenerse vírgenes antes del matrimonio, por ejemplo. Esto es importante porque alude a que el género es un factor que estructura lo que las participantes significan como placentero o no; por tanto, también cuestiona la idea de que el placer sea liberador para la mujer, argumento que está presente en muchas investigaciones feministas sobre la sexualidad.

El entender la manera en la cual los significados del placer sexual cambian según elementos como la pareja sexual o el contexto socio-cultural me llevó a reflexionar sobre el carácter transformativo del placer. Aunado a los elementos ya presentados, es importante

recaltar cómo el placer sexual es narrado como una experiencia que se transforma a lo largo de la vida de las entrevistadas. Es decir, conforme pasan experiencias y momentos de vida diferentes, como una separación amorosa, vivir en otro país, el embarazo, o inclusive entrar en la menopausia, la manera en la que significan el placer sexual también cambia. Cabe resaltar que todos estos elementos y cambios también están influidos por las expectativas de género con los que las mujeres negocian a lo largo de sus vidas. Por lo mismo, me pareció sugerente analizar cómo para tener un encuentro sexual placentero, se podría argumentar que las mujeres entrevistadas llevan a cabo una gestión emocional con el objetivo de negociar ciertas expectativas de la feminidad y la experiencia del placer sexual.

La gestión emocional es un concepto que recupero de Arlie Hochschild (2012). La investigadora argumenta que las emociones no son innatas, sino que las personas las personifican gracias a la actuación superficial y a la actuación profunda. En cuanto a las expectativas de género, explica que la feminidad es necesaria para concederle a las personas el estatus de “buena mujer” pero que tampoco son características naturales. Para cumplirlas en sus distintas esferas sociales y privadas llevan a cabo una gestión emocional que es exitosa cuando la feminidad aparenta ser natural³⁸. Así, argumenté que la seducción o el cortejo, gracias al cual las mujeres se convencen de tener relaciones sexuales, es un ejercicio de gestión emocional. Estas prácticas influyen en la experiencia del placer sexual porque también son descritas como uno de los elementos clave para que el encuentro sexual sea placentero. Adicionalmente, otra práctica que relacioné a la gestión emocional es la de fingir el orgasmo, lo cual todas las entrevistadas admitieron haber hecho en algún momento de sus vidas, puesto que no solo les permite controlar el encuentro, sino que fomenta un ambiente placentero y evita tensiones con la pareja sexual.

Por otro lado, me pareció importante discutir la manera en la que ciertos discursos de la feminidad pueden influir en las significaciones del placer sexual. Para esto, me limité a discutir la manera en la que un discurso en particular influye en la manera en la que se construyen significados del placer: el mito del amor romántico. Así, analicé la manera en la

³⁸ Hago una explicación más detallada de este concepto en el tercer capítulo de esta tesis.

que las experiencias del placer sexual de las mujeres están estructuradas por uno de los modelos de sociabilidad generizado de las relaciones sexo-afectivas más presente en las culturas occidentales. Este es un mito que refuerza características hegemónicas de la masculinidad y la feminidad, sobre todo al aludir a las relaciones de poder desiguales entre los géneros en los que las mujeres dependen y deben ser protegidas por los hombres proveedores. Por lo mismo, este es un modelo de relación que fomenta la norma de las relaciones heterosexuales; no obstante, al ser un discurso tan presente en la cultura popular, también influye en la manera en la que se configura el amor en relaciones afectivas de la comunidad LGBTQ+. Además, es interesante que este es un mito que está presente en muchas de las producciones culturales que se generan como un entretenimiento “femenino” y a través de las cuales las entrevistadas hablaron de haber aprendido sobre el amor, el sexo y el placer sexual.

Como ya mencioné previamente, en las narrativas de las participantes se hace un énfasis en el vínculo afectivo que se tenga con la pareja sexual como elemento clave para que el encuentro sexual sea placentero. De hecho, se habla de que en muchas ocasiones lo placentero del encuentro es el poder mantener o fortalecer esa conexión. La manera en la que se enaltece el vínculo como un elemento clave para el placer es similar a cómo en el mito del amor romántico lo más importante es la conexión afectiva que se tiene con el amante, siendo el sexo una manera de distinguir la relación romántica de otro tipo de amistades. No obstante, esta idea se puede matizar por el simple hecho de que no se deja de lado la importancia del placer corporal o, inclusive, del disfrute de encuentros sexuales con personas con las que no se tiene ni se pretende tener una relación romántica. Sin embargo, inclusive cuando se habla de estos encuentros casuales placenteros, las entrevistadas marcan límites para impedir que el tener relaciones sexuales placenteras se confunda con un interés romántico; es decir, aún fuera de relaciones sexo-afectivas románticas, se toma en consideración la relación entre el amor y el sexo para estructurar encuentros sexuales placenteros.

Después, es importante recalcar la manera en la que el amor romántico se ha vuelto normativo para la vida de las mujeres: tener una relación romántica es entendido como una necesidad. En ese sentido, este mito fomenta renuncias por parte de las mujeres como un

sacrificio necesario en la búsqueda del amor. Dichas renunciaciones están presentes en la vida sexual y en la manera en la que se construyen significados del placer por parte de las entrevistadas. Por ejemplo, el hecho de que aún en situaciones en las que no se desea tener encuentros sexuales estos se tengan con el afán de complacer a la pareja amorosa (recurriendo a la gestión emocional); inclusive, se puede pensar que el fingir un orgasmo para no hacer sentir mal a la pareja es una renuncia del placer sexual propio a favor del otro. Sin embargo, es importante remarcar que para las entrevistadas el orgasmo no es sinónimo de una relación placentera. En ese sentido, en ciertas narrativas el fingir el orgasmo no se entiende como una renuncia al placer, sino como una manera de proteger otros elementos placenteros como la conexión con la pareja sexual.

Por otro lado, fue sugerente analizar la manera en la que el amor romántico influye en la elección de la pareja sexual y la relación con la misma. En ese sentido, más allá de elementos como la edad o la orientación sexual, la mayoría de las entrevistadas describieron como características deseables en su pareja sexo-afectiva el que esta sea una persona protectora o proveedora, siendo estas una manera en la que se refuerza el binario femenino y masculino en el que la mujer femenina debe ser cuidada por el hombre masculino. Este binario está presente en elementos del encuentro sexual, como en la actitud “dominante o sumisa” de los involucrados. En muchas ocasiones, las entrevistadas aludieron a que encontraban placer en tomar una actitud sumisa en los encuentros sexuales, sobre todo por tener control y dominación en otras esferas de su vida y de su relación. No obstante, autoras como Hochschild invitan a cuestionar hasta qué punto ese “control” al que las entrevistadas aluden no es más que otra manera de reafirmar expectativas de género, sobre todo cuando el dominio es de cuestiones como los cuidados del hogar. Esto es un argumento que permite pensar en cómo las relaciones de poder entre los géneros no son unidireccionales ni estables en los distintos momentos de la vida de las mujeres. Además, esta idea permite vislumbrar la manera en la que las expectativas de la feminidad influyen en la construcción de significados del placer sexual y cómo, simultáneamente, este ejercicio les permite cuestionar y acotar esas expectativas de género.

Por ende, como último argumento principal, analicé la relación entre el placer sexual y la conformación de la identidad de género de las mujeres entrevistadas. Una vez más, es importante remarcar que las expectativas de género y de la feminidad de los distintos discursos sociales con los que las entrevistadas dialogan no son estables ni coherentes entre sí. Además, estas se ven influidas por otros fenómenos sociales como la clase social, siendo esta una característica en común entre las participantes de estudio quienes pertenecen a una clase media y media-alta, lo que las ha llevado a compartir ciertas experiencias de vida como el acceso a la educación superior o vivir en el extranjero, por ejemplo. Como ya he desarrollado previamente, estas expectativas sociales influyen en la manera en la que se experimenta la vida sexual y en la manera en la que significa el placer. Por lo mismo, argumento que una de las prácticas que les permite a las entrevistadas el experimentar encuentros sexuales placenteros en concordancia con expectativas de género es la creación de fachadas que les ayudan a crear una división entre lo social y lo íntimo.

Separar ambas esferas es importante porque la intimidad es descrita como un espacio emocionalmente seguro en el que las participantes de estudio se sienten cómodas para experimentar con prácticas sexualmente placenteras, inclusive si estas chocan con ciertas expectativas de la feminidad de los discursos sociales con los que dialogan. Por ejemplo, una entrevistada aludió al placer de tomar una actitud sumisa en sus encuentros sexuales lo cual ella relaciona con una feminidad “hegemónica y machista” que rechaza rotundamente. No obstante, la participante reflexionó sobre cómo el sentir placer en la sumisión la llevó a cuestionar la manera en la que entendía la feminidad como algo negativo cuando, en realidad, ella se siente femenina sin dejar de ser una mujer feminista. Es decir, gracias a las fachadas que les permiten separar sus espacios íntimos y sociales, las entrevistadas cuestionan y acotan elementos que componen su identidad de género. Por tanto, se puede pensar al placer sexual como una experiencia que es influida e influye simultáneamente en la construcción de la identidad de género de las mujeres. Esto permite entender que tanto el placer sexual como la identidad de género se construyen socialmente y a través de la experiencia.

El conjunto de estos argumentos invita a pensar en el placer sexual de las mujeres como una experiencia compleja, cambiante y generizada. Por lo mismo, invito a mis lectores

a alejarse de un entendimiento simplista del placer sexual. De hecho, con esta tesis no pretendo definir el placer sexual; por el contrario, escuchar la manera en la que esta particular experiencia era significada por un grupo de mujeres a partir de sus experiencias de vida me permitió entender que la riqueza de este objeto de estudio se encuentra en la incapacidad de brindarle un carácter estático, universalizable y ahistórico, puesto que este se constituye en las relaciones, el transcurso de la vida y en la dimensión social de los afectos. A través del análisis de sus entrevistas, se puede concluir que el placer sexual es una experiencia social que ilustra la complejidad con la que armamos nuestra realidad como sujetos de género.

Con esta investigación busco sumarme a la literatura de los estudios de género y de la sexualidad. Así, pretendo complejizar la discusión académica de este objeto de estudio al aportar mis interpretaciones sobre la manera en la que un grupo de mujeres significan lo sexual y al placer sexual. Me parece que este análisis es relevante justamente porque invita al estudio de estos temas, tan populares como importantes, a través de metodologías que se enfocan en las experiencias de las disidencias sexo-genéricas como sujetos de conocimiento válidos y valiosos que por mucho tiempo han sido relegados desde la academia. Es decir, investigaciones como esta pretenden trabajar con las ciencias sociales de manera empática y respetuosa hacia los sujetos de estudio gracias a los cuales surgen nuestros proyectos. Esta tesis es solo un ejemplo de la riqueza de conocimiento y discusiones que pueden surgir a partir de acercamientos como los que propongo.

Mis interpretaciones son tan solo una perspectiva de análisis de entre muchas posibles: yo me posicioné desde los estudios de género y los métodos de investigación cualitativos como ejes a partir de los cuales surgió mi investigación. No obstante, a lo largo de esta tesis se abrieron posibles futuras líneas de investigación sobre el placer sexual en intersección con el género. Entre aquellas que me resultan más sugerentes, encuentro que sería interesante el análisis de la influencia de ciertas representaciones mediáticas en la construcción de significados del placer sexual, sobre todo considerando el peso pedagógico que las propias entrevistadas les brindaron. Este análisis podría complementar aquellos que analizan la pornografía bajo el mismo argumento, pero tomando en cuenta que ese entretenimiento es mayoritariamente producido y consumido por la mirada masculina.

Asimismo, considero que sería interesante poder analizar este tema desde las teorías y herramientas planteadas por la sociología del cuerpo que se enfoca en la encarnación del orden de género, tomando en cuenta que lo corporal sigue siendo central en la significación de lo sexual para las entrevistadas. Por último, me parece importante ahondar en el alcance de la sociología de las emociones para abordar el tema de lo sexual como una perspectiva que desnaturaliza el género y las experiencias que acompañan a esta categoría, enfocándose en cuestiones como la afectividad, las emociones y la experiencia, que siguen siendo poco valorados en la academia y que están en el centro de las narrativas de los sujetos de estudio.

Dar por terminado esta tesis es un proceso difícil por el hecho de que cierra un ciclo de mucho aprendizaje, de crecimiento profesional y personal. Llevar a cabo este proyecto de investigación fue una experiencia que me retó como investigadora al obligarme a entender y cuestionar los prejuicios personales y académicos con los que comencé mi análisis sobre el tema. Este proyecto no solo me llevó a adentrarme en la intimidad de mis entrevistadas, sino que, también me hizo cuestionar la manera en la que mis interpretaciones me atraviesan de manera personal. Así, darle un punto final a este texto que me ha brindado más riquezas de las que puedo nombrar, es todo un placer.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Adrianson, L. (2001). Gender and computer-mediated communication: group processes in problem solving. *Computers in Human Behavior*, 17, 71-94. [https://doi.org/10.1016/S0747-5632\(00\)00033-9](https://doi.org/10.1016/S0747-5632(00)00033-9)
- Agud, D., Talavera, M., & Eulate, L. P. (2013). Las Competencias en Educación Sexual en el Currículo de la Educación Secundaria Obligatoria española. *IX Congreso Internacional sobre Investigación en Didáctica de las Ciencias*, 1525-1530.
- Álvarez Orozco, M. E., Rivera, R. A., Trujillo Martínez, K. A., & Gutierrez Rodriguez, C. P. (2019). Prevención de embarazos y educación sexual de alumnas de la Licenciatura en Enfermería de la Universidad Autónoma del Estado de México. *Revista Dilemas Contemporáneos: Educación, Política y Valores*, 7(1), 1-13
- Amuchástegui, A. (1998). Primeros acercamientos al estudio de las dimensiones sociales y culturales de la sexualidad en México. En I. Szasz & S. Lerner (Eds.), *Saber o no saber sobre sexo: los dilemas de la actividad sexual femenina para jóvenes mexicanos* (pp. 107–135). El Colegio de México.
- (2001). *Virginidad e iniciación sexual, experiencias y significados*. EDAMEX.
- Atwood, F. (2006). Sexed Up: Theorizing the Sexualization of Culture. *SAGE Publications*, 9(1), 77–94. DOI: 10.1177/1363460706053336
- Archibald, M. M., Ambagtsheer, R. C., Casey, M. G., & Lawless, M. (2019). Using Zoom Videoconferencing for Qualitative Data Collection: Perceptions and Experiences of Researchers and Participants. *International Journal of Qualitative Methods*, 18, 1-8. doi: 10.1177/1609406919874596
- Ashton, Sarah., McDonald, Karalyn., y Kirkman, Maggie. (2019). Pornography and women's sexual pleasure: Account from young women in Australia. *Feminism & Psychology*, 29(3), 409-432. doi: 10.1177/0959353519833410

- Álvarez-Gayou, J. L. (2003). Parte 1. En *Cómo hacer investigación cualitativa: fundamentos y metodología* (pp. 13-38). México, Buenos Aires, Barcelona: Paidós Educador.
- Austin, J. I. (2016). Dancing sexual pleasures: exploring teenage women's experiences of sexuality and pleasure beyond 'sex.' *Sex Education*, 16(3), 279–293. <https://doi.org/10.1080/14681811.2015.1087838>
- Balbontín, C. (2009). Mujeres, imaginario corporal y prácticas sexuales. Vivencias de la corporalidad y el erotismo. *Nomadías*, 9, 149–157. <https://doi.org/10.5354/n.v0i9.12307>
- Bianciotti, M. (2013). Género, erotismo y subjetividad: formas de clasificación estético-erótico-morales jerarquizantes entre mujeres jóvenes heterosexuales. *RBSE. Revista Brasileira De Sociologia Da Emocao*, 12(35), 594–616.
- Blair, K. L., Cappell, J., & Pukall, C. F. (2018). Not All Orgasms Were Created Equal: Differences in Frequency and Satisfaction of Orgasm Experiences by Sexual Activity in Same-Sex Versus Mixed-Sex Relationships. *J Sex Res*, 55(5), 719-733. DOI: 10.1080/00224499.2017.130343
- Bristow, J. (1997). *Sexuality*. Routledge.
- Butler, J. (1990). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- (1995). *Cuerpos que importan, Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*.
- (1999). *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. Routledge.
- Cerón Hernández, C. (2012, febrero). *Paradojas y extrañezas: Procesos de subjetivación a partir del placer sexual y erótico en mujeres universitarias de la Ciudad de México* (Tesis de maestría). Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco.

- Cobo, R. (2018). El imaginario pornográfico como pedagogía de la prostitución. *Oñati Socio-legal Series*, 9(1), s6-s26. <https://doi.org/10.35295/osls.iisl/0000-0000-0000-1002>
- Connell, R. W. (2003). La organización social de la masculinidad. En *Masculinidades* (pp. 103–122). Universidad Autónoma de México. Programa Universitario de Estudios de Género.
- Contreras Tinoco, K. A., & Silva-Segovia, J. (2018). Posiciones discursivas sobre sexualidad, deseo y placer sexual en jóvenes estudiantes chilenos y mexicanos. *Sexualidad, Salud y Sociedad (Rio de Janeiro)*, (30), 50-78. <https://doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2018.30.03.a>
- Chadwick, S. B., Francisco, M., & Van Anders, S. M. (2019). When Orgasms Do Not Equal Pleasure: Accounts of "Bad" Orgasm Experiences During Consensual Sexual Encounters. *Arch Sex Behav*, 48(8), 2435-2459. doi: 10.1007/s10508-019-01527-7
- Crutcher, E. E. (2012). *The Pleasure Gap: A sociological analysis of evaluating female pleasure in pornography* (Tesis de maestría). Universidad de California, Santa Bárbara, Estados Unidos.
- Echeverría-Lozano, A. (2017). Deseo sexual en jóvenes de la Ciudad de Mexico: Amor vs. placer. *Journal of Behavior, Health & Social Issues*, 9(2), 45-53. doi:10.1016/j.jbhsi.2017.10.001
- Enguix, B., & Núñez, F. (2015). Género, sexualidad y posfeminismo en 50 Sombras de Grey. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 10(1), 49–74. <https://doi.org/10.11156/aibr.100104>
- Espinoza, E. (2015). Entre el discurso religioso y las prácticas de sexualidad femenina en una iglesia pentecostal en Tijuana, México. *Culturales*, 3(2), 17-45.

- Emerson, R. M., Fretz, R. I., & Shaw, L. L. (2011). Processing fieldnotes: Coding and Memoing. En *Writing ethnographic fieldnotes* (pp. 142-199). University of Chicago Press.
- Farnworth, M. J. (2019). *It's more important that I serve someone else's needs. Or that I don't become the problem": emerging adult women on sexual communication* (Tesis de maestría sin publicar). Arizona State University, Tempe, Arizona.
- Fahs, Breanne. (2014). Coming to power: women's fake orgasms and best orgasm experiences illuminate the failures of (hetero)sex and the pleasures of connection. *Culture, Health & Sexuality*, 16(8), 974-988. doi: 10.1080/13691058.2014.924557
- Fiaveh, Daniel., Okyerefo, Michael., y Fayorse, Clara. (2015). Women's experiences of sexual pleasure in Ghana. *Sexuality & Culture*. doi: 10.1007/s12119-015-9290-5
- Fausto-Sterling, A. (2000). Dueling Dualisms. En *Sexing the body. Gender Politics and the construction of Sexuality* (pp. 1-29). NY: Basic Books.
- Foucault, M. (2011). *Historia de la Sexualidad. La voluntad del saber* (31st ed., Vol. 1). Siglo veintiuno Editores.
- Gallego Rodríguez, C., & Fernández-González, L. (2019). ¿Se relaciona el consumo de pornografía con la violencia hacia la pareja? El papel moderador de las actitudes hacia la mujer y la violencia. *Behavioral Psychology*, 27(3), 431–454.
- Haraway, D. (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575–599.
- Herbenick, D., Eastman-Mueller, H., Fu, T., Dodge, B., Ponander, K., y Sanders, . (2019). Women's sexual satisfaction, communication, and reasons for (no longer) faking orgasms: findings from U.S. probability sample. *Archives of Sexual Behaviour*. doi: /10.1007/s10508-019-01493-0

- Herrera, C. (2018). *Mujeres que ya no sufren por amor. Transformando el mito romántico*. Catarata.
- Hierro, G. (2003). *La ética del placer*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hochschild, A. R. (2012). *The managed heart: Commercialization of Human Feeling* [Libro digital Kindle]. University of California Press.
- Illouz, E. (2013). *Why Love Hurts*. Amsterdam University Press.
- (1997). *Consuming the Romantic Utopia: Love and the Cultural Contradictions of Capitalism* (First ed.). University of California Press.
- Jolly, S., Cornwall, A., & Hawkins, K. (Eds.). (2013). *Women, sexuality and the political power of pleasure*. Zed Books.
- Johnsdotter, S. (2011). “The Flow of her cum”: on a recent Semantic Shift in an Erotic Word. *Sexuality and Culture*, 15, 179-194. doi:10.1007/s12119-011-9089-y
- Johnson, E. (1993). Excess and Ecstasy: Constructing female pleasure in porn movies. *The Velvet Light Trap*, 32, 30–49.
- Justo, C. F., Ayala, E. S., & González-Jiménez, A. J. (2017). *La educación afectiva-sexual para adolescentes: El viaje para una sexualidad sana*. Octaedro.
- Karandashev, V. (2017). The concept of romantic love. En *Romantic love in cultural contexts* (Softcover reprint of the original 1st ed. 2017 ed., pp. 3–34). Springer International Publishing Switzerland. https://doi.org/10.1007/978-3-319-42683-9_1
- Kruks, S. (2014). The SAGE Handbook of Feminist Theory. En M. Evans, C. Hemmings, M. Henry, H. Johnstone, S. Madhok, A. Plomien, & S. Wearing (Eds.), *Women’s “Lived Experience”: Feminism and phenomenology from Simone de Beauvoir to the present* (1st ed., pp. 75–92). SAGE Publications Ltd.
- Lagarde Y De Los Ríos, M. (2015). *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas* (2nd ed.). Siglo XXI Editores.

- Lamas, M. (1986). La antropología feminista y la categoría género. *Nueva Antropología*, III (30), 173–198.
- Lamas, M. (Ed.). (1996). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. Ciudad de México, México: PUEG-UNAM
- . (1998). Sexualidad y género: la voluntad de saber feminista. En I. Szasz & S. Lerner (Eds.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales* (pp. 49–67). El Colegio de México.
- Leau, C. Y. (2015). Teorías de cambio y buenas prácticas en salud sexual y reproductiva de los adolescentes: una relectura. *Apuntes*, 62(76), 9-36.
- Llanos, G. C. (2006). Erotismo, violencia y género: deseo femenino, feminidad y masculinidad en la pornografía. *Investigaciones sobre Género y Violencia*, 2(1), 53-65.
- Marzano, M., & Rozier, C. (2005). *Alice au pays du porno. Ados: leurs nouveaux imaginaires sexuels*. Ramsay.
- Mejía, J. N. (2011). Problemas centrales del análisis de datos cualitativos. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, 1(1), 47-60. ISSN: 1853-6190
- Mejía Montes de Oca, P. (2010). Investigar cualitativamente es pensar cualitativamente. En Mejía Montes de Oca, P., Juárez Nuñez, J. M., & Comboni, S. S. (Eds.), *El arte de investigar* (pp. 235- 248). Ciudad de México, México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Muñiz, E. (1997). De la cuestión femenina al género: un recorrido antropológico. *Nueva Antropología*, XV(51), 119–131.
- Millet, K. (1970). *Política Sexual*. Doubleday and Company, Inc.

- Opperman, E., & Braun, V. (2013). It Feels so good it almost hurts”: Young adults’ experiences of orgasm and sexual pleasure. *The Journal of Sex Research*, 503-515. <https://doi.org/10.1080/00224499.2012.753982>
- Parrini R., R., & Hernández C., A. (2012). *La formación de un campo de estudios. Estado del Arte sobre Sexualidad en México 1996–2008*. Centro Latinoamericano en Sexualidad y Derechos Humanos.
- Pi Cholula, A. (2021). El poder estructurante del género, el amor y la sexualidad: Un análisis del espacio simbólico de “Feministlán.” *Revista Interdisciplinaria De Estudios De Género Del Colegio De México*, 7, 1–28. <https://doi.org/10.24201/reg.v7i1.693>
- Prada, N. (2010). ¿Qué decimos las feministas sobre la pornografía? Los orígenes de un debate. *La Manzana de La Discordia*, 5(1), 7–26.
- Ponce, A. B. (2019). *La búsqueda del placer sexual en Aguascalientes* (Tesis de doctorado). Universidad Autónoma de Aguascalientes, Aguascalientes, México. Recuperado de <http://hdl.handle.net/11317/1796>
- (2020). Abordajes socioculturales sobre prácticas y significados del placer sexual. *Iztapalapa. Revista de ciencias sociales y humanidades*, 41(88). <https://doi.org/10.28928/ri/882020/atc2/bravoponcea>
- Ramírez Salgado, R. (2012). Representación de las mujeres en la telenovela mexicana “Las Aparicio”. ¿Una mujer entera no necesita media naranja? *Revista de Investigación En Ciencias Sociales y Humanidades*, 1(1), 95–124.
- Reyes, D. D., & Menkes, C. (2017). *Educación sexual Y conductas sexuales en adolescentes escolarizados de Nuevo Leon*. Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Rivera, R., Santos, D., Cabrera, V., & Docal, M. C. (2016). Consumo de pornografía on-line y off-line en adolescentes colombianos. *Comunicar*, 26(46), 37-45. <http://dx.doi.org/10.3916/C46-2016-04>

- Rich, A. (1980). Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence. *Signs*, 5(4), 631–660. <http://www.jstor.org/stable/3173834>
- Rodríguez, C. G., & González, L. F. (2019). ¿Se relaciona el consumo de pornografía con la violencia hacia la pareja? El papel moderador de las actitudes hacia la mujer y la violencia. *Behavioral Psychology/Psicología Conductual*, 27(3), 431-454. <https://link.gale.com/apps/doc/A612030740/AONEu=colmex&sid=AONE&xid=36d81e30>
- Rowland, K. (2020). *The Pleasure Gap: American Women and the Unfinished Sexual Revolution*. Seal Press.
- Salazar, T. R., & Sánchez, I. P. (2014). La sexualidad femenina en discursos de la prensa popular y la ficción televisiva. *Nueva Época*, (21), 15-41. <https://link.gale.com/apps/doc/A409714666/AONE?u=colmex&sid=AONE&xid=70bf31c6>
- Salisbury, C. M., & Fisher, W. A. (2018). "Did you come?" A qualitative exploration of gender differences in beliefs, experiences, and concerns regarding female orgasm occurrence during heterosexual sexual interactions. *J Sex Res*, 51(6). DOI: 10.1080/00224499.2013.838934
- Scott, J. (1992). Experience. En J. Scott & J. Butler (Eds.), *Feminists Theorize the Political*. (pp. 22–40). Routledge.
- . (1996). El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (Ed.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265–302). PUEG.
- Segal, L. (1992). Sweet Sorrows, Painful Pleasures: Pornography and the Perils of Heterosexual Desire. En L. Segal & M. McIntosh (Eds.), *Sex Exposed: Sexuality and the Pornography Debate*. Virago Press.
- Shirazi, Talia., Renfro, Katlyn., Lloyd, Elisabeth., y Wallen, Kim. (2018). Women's experience of orgasm during intercourse: question semantics affect women's reports

and men's estimates of orgasm occurrence. *Archive of Sexual Behaviour*, 47(1), 605–613. doi: /10.1007/s10508-017-1102-6

Szasz, I. (1998). Primeros acercamientos al estudio de las dimensiones sociales y culturales de la sexualidad en México. En I. Szasz & S. Lerner (Eds.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales* (pp. 11–31). El Colegio de México.

Taormino, Tristan., Penley, Constance., Shimizu, Celine Parrenas., & Miller-Young, Mireille. (Eds.). (2020). *Porno feminista: Las políticas de producir placer*. Madrid, España: Editorial Melusina.

Taylor, S. J. y R. Bogdan, *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, Nueva York, Paidós, 1996, Capítulo 4 “La entrevista en profundidad”, pp. 100-132.

Weeks, J. (1998). Cap. 2. “La invención de la sexualidad”.En *Sexualidad* (pp. 23-46). México-Buenos Aires-Barcelona, NY: Paidós-UNAM-PUEG.

West, C., & Zimmerman, D. H. (1987). Doing Gender. *Gender & Society*, 1(2), 125-151.

Young, I. M. (2005). *On female body experience*. Oxford University Press.

Ziga, I. (2009). *Devenir perra*. Melusina, S.L.